Los Hollister



EN UNA AVENTURA ESPACIAL

9

JERRY WEST

La familia Hollister va de viaje a Cabo Cañaveral, donde se verán inmersos en otro misterio que deberán resolver.





Jerry West

Los Hollister en una aventura espacial

Los Hollister - 9

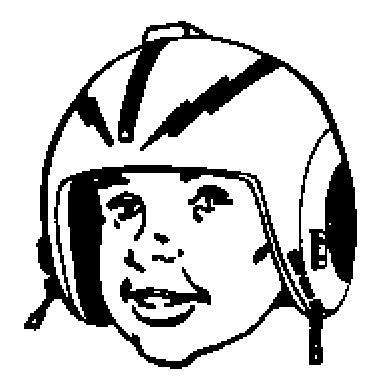
ePub r1.2
nalasss 14.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Mystery at Missile Town*
Jerry West, 1961
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell & Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



CUENTA HASTA CERO



Ricky Hollister se hallaba sentado en un objeto de madera, en forma de cono, en el que se leía «Explorador X». Este cono estaba clavado en el extremo de un poste de casi dos metros, próximo al garaje de los Hollister. Colocados en otros puntos estratégicos estaban el hermano y dos de las hermanas del pecoso Ricky.

—¡Hombre del cohete lunar! ¿Estás preparado? —preguntó Pete.

Era una clara mañana de julio, muy apropiada para el lanzamiento de un cohete.

—Estoy preparado.

—¿Torre de control?

—Todo listo —repuso Pam, desde el tejado del garaje.

—Entonces, empieza a contar hasta cero, Holly —ordenó Pete, el hermano mayor.

El emocionante juego de los niños Hollister estaba en su mejor momento y el pelirrojo Ricky, de ocho años, hacía las veces de astronauta. Sobre la cabeza llevaba un casco espacial que le cubría la mitad de la cara. Sus ojillos traviesos chispearon mientras miraba a Pete, de doce años, agazapado tras un montículo de arena.

Pete, rubio y robusto, sostenía un viejo transmisor de radio en una mano y con la otra hacía girar el disco a izquierda y derecha.

Junto a él estaba sentada Holly, una niña de seis años, con el cabello recogido en trencitas. La pequeña levantó la vista hacia Pam, su hermana de diez años, de cabello castaño.

—Son las diez menos diez minutos —anunció con voz cantarina Holly, consultando su reloj de pulsera.



—¡Eh! ¡Esperad! —gritó una voz que llegaba de cierta distancia —. ¿Qué pasa aquí?

Joey Brill y Will Wilson, dos chicos que eran amigos y tenían ambos doce años, avanzaron por el patio.

—¡Vaya! ¡Ya tenemos lío! —susurró Pete junto a Holly—. No cuentes todavía.

Joey Brill, muy poco apreciado por los Hollister, porque siempre estaba ideando travesuras con las que molestarles, llevaba sin cesar el ceño fruncido. Will, un chico flaco, solía ser compañero inseparable del forzudo Joey.

—¿Qué estúpido juego de niñas es éste? —preguntó Joey.

—Estamos jugando a Cabo Cañaveral —repuso Pete, poniéndose en pie.

—¿Y por qué habéis metido en esto a las chicas? Sólo los hombres lanzan cohetes —declaró el chicote.

—Ya veo que no sabes nada de eso —gritó Ricky desde lo alto de su cohete—. Hay muchas mujeres trabajando en las instalaciones donde se lanzan cohetes. Nos lo ha dicho nuestro tío Walt, que trabaja allí.

Pete explicó que su tío estaba encargado de una instalación de

proyectiles que a menudo lanzaban al espacio, impulsados por cohetes.

—Es un trabajo importante y estamos muy orgullosos de él —declaró Holly con entusiasmo.

—Y yo seré astronauta cuando crezca —hizo saber Ricky, echándose hacia atrás el casco.

—¡Astro-lata! ¡Ja, ja, ja! Eso eres. O astro-tonto, porque debéis de ser tontos cuando se os ocurre jugar con una birria como esto —declaró el pesado Joey, dando un fuerte puntapié al poste, lo que hizo que el «cohete» en el que se sentaba el pecoso se tambaleara.

—¡Basta! —ordenó Pete, avanzando hacia Joey sin dejar de vigilar a Will.

—Pues claro. ¡Si no nos interesa jugar a este juego de tontos! Vámonos, Will.



Sin olvidarse de dar otro puntapié al poste, Joey se alejó, corriendo, seguido de su amigo. Cruzaron a toda prisa el sendero del jardín y desaparecieron por la calle.

—Dios quiera que estos pesados no vuelvan —murmuró Holly, con un suspiro de alivio.

Desde su asiento en el «cohete» Ricky contempló los terrenos de «lanzamiento». Ahora la blanca y acogedora casa de los Hollister, situada a orillas del Lago de los Pinos, no le parecía que pudiera ser otra cosa más que el Edificio Central de Control. La reluciente extensión de agua era el océano Atlántico y la barca de remos atada

el amarradero de los Hollister era un buque de urgencia, preparado para hacer cualquier rescate que pudiera ser necesario.

Pete había vuelto a colocarse agazapado tras el montículo de arena y estaba haciendo girar otra vez los discos de la radio.

—¿Cómo va todo por los terrenos bajos? —pregunto gravemente a Pam.

Su hermana oteó el horizonte y quedó contemplando el lago con los gemelos.

—Buen tiempo —informó—. Van desapareciendo las nubes. Que se reanuden las operaciones.

—Menos nueve —dijo Holly, mientras el pecoso volvía a ajustarse el casco, preparándose para el lanzamiento.

Los ojos de Holly no se apartaban de las manecillas de su reloj.

—… Menos ocho…, siete…, seis…, cinco…, cuatro…, tres…

Antes de empezar el juego, los Hollister habían practicado varias veces el ruido ensordecedor que produce un cohete al salir disparado. Por tanto, todos iban preparándose para el momento en que la cuenta de Holly llegase a cero.

—¡Dos!… ¡Uno!… —siguió diciendo Holly, a quien la emoción le hacía ir levantando la voz cada vez más.

En aquel mismo instante la puerta trasera de la casa se abrió y una niñita pequeña, de cabello muy rubio, gritó:

—¡Pete, Pam! ¡Ricky, Holly! ¡Venid en seguida a casa!

—¡Se suspende el lanzamiento! —ordenó Pete a su equipo de «lanzadores de proyectiles»—. Sue nos ha estropeado el juego.



La pequeñita no les prestó atención, y corrió por el prado a toda la velocidad que le permitían sus piernecitas regordetas. Con cuatro años, Sue era la menor de los cinco hermanos y todos la querían mucho.

La pequeña llegó junto a Pete y, tomándole por una mano, tiró de él, mientras decía:

—Venid. ¡Venid todos!

—¿Ha pasado algo? —preguntó Pete.

—Ya lo veréis. Es un secreto.

—¡Eh! ¡Que yo quiero saberlo también! —gritó Ricky.

—¡Y yo! —declaró Pam, descendiendo hasta el borde del tejadillo inclinado para bajar por la escalera de mano por la que había subido hasta su torre de control.

Mientras, Ricky había bajado por el poste. Juntos, los cinco hermanos corrieron a la casa. Encontraron a su madre, una señora guapa y delgada, sentada en el sofá de la sala, muy sonriente y con una carta abierta entre las manos.

—¿Qué cosa tan importante tiene esa carta? —preguntó Ricky, casi malhumorado, a su hermana menor.

—Es de tía Carol —repuso la pequeña— y ha venido por avión, ¿verdad, mamita? —Sin esperar contestación, Sue siguió explicando con entusiasmo—: Y por detrás Randy y Sharon has escrito SCUB.

Pam sonrió a su hermana, diciéndole que también ella utilizaba las iniciales de la frase «sellado con un beso» en las cartas que escribía a sus primos de Florida.

Mientras los niños se arremolinaban a su lado, la señora Hollister sacó del sobre la carta de su hermana, la señora Davis. Dentro había una fotografía.

—¿Es de Sharon y Randy? —preguntó Holly, poniéndose de puntillas, para mirar por encima del hombro de Ricky.

—No —repuso la señora Hollister, sosteniendo en alto la fotografía para que todos los niños pudieran verla.

—¡Si es la foto de un monito!…

—¡Qué lindo!

—¿Quién es?

—¿Es para tenerla en casa como un perrito?

La señora Hollister leyó el reverso de la fotografía: «Ésta es

“Lady Rhesus”, que ha sido lanzada una vez al espacio en un cohete».

—¡Canastos! ¿Y de quién es? —quiso saber Ricky.

—Os leeré la carta —dijo la madre, con los ojos resplandecientes de alegría.

«Queridos Elaine, John e hijos:

»¿Qué os parece si os decidís a hacernos una visita? Cuanto antes mejor. Nos alegrará veros a todos.

»Sé que os gustaría presenciar el lanzamiento del gran proyectil y a los niños les encantaría jugar con “Lady Rhesus”. Os adjunto fotografía de la mona. Se la ha retirado de los viajes espaciales y ahora la tiene en su casa la señorita Mott, una amiga mía.

»Walter y yo, así como Sharon y Randy, os enviamos cariñosos abrazos.

»Tía Carol.»

—¡Qué bien! —exclamó Pam.

—¡Zambomba! ¡Un viaje a Cabo Cañaveral[1]! —gritó Pete.

Holly se apresuró a rodear con sus brazos el cuello de su madre, diciendo:

—Tenemos que ir. Yo quiero jugar con «Lady Rhesus».

—Y yo quiero ver un cohete que salga volando a la Luna o a Marte —añadió Ricky.

—Hay muchas cosas en qué pensar, antes de poder hacer un viaje así —dijo la madre.

—Sí —concordó Pam—. Por lo menos tendríamos que buscar a alguien que cuidase de nuestros animalitos.

Los felices Hollister tenían un hermoso perro de aguas, llamado «Zip», una gata llamada «Morro Blanco» con cinco preciosos hijitos y un burro al que habían puesto el nombre de «Domingo». El burrito vivía en un rincón del garaje, donde le habían instalado un pesebre.

—Si hiciéramos ese viaje, ¿cuándo sería, mamá? —inquirió Pam.

—Tu padre y yo tenemos que hablarlo antes. Puede que…

La señora Hollister dejó la frase sin terminar al oír un sonoro rebuzno que llegaba del garaje.

—Es «Domingo» —dijo Pete, asomándose a la puerta.

El burrito solía rebuznar de aquel modo cuando entraba alguien en el garaje.

—¿Qué apostáis a que ya vuelve a estar aquí Joey? —gritó Ricky, indignado.

Él y Pete corrieron al patio y miraron a su alrededor. No se veía a nadie. Cuando los dos hermanos miraron en el interior del garaje, «Domingo» asomó la cabeza y volvió a rebuznar.

—¿Qué ocurre, amigo? —preguntó Pete, acariciando al animal —. ¿Es que ha entrado alguien?

El burro escarbó en la paja que cubría el suelo y Pete le ofreció un puñado de grano, diciendo:

—Gracias por el aviso. Pero el que haya entrado no ha hecho ningún daño, por ahora.

Ya habían salido de la casa los demás niños y todos hablaban del viaje a Cabo Cañaveral.

—Pero yo sigo teniendo ganas de ser un astronauta. ¿Por qué no seguimos con el juego? —propuso Ricky.

—¡Sube al cohete! —ordenó Pete—. ¡Todo el mundo a sus puestos!

Cada uno de los hermanos corrió a ocupar su lugar y Holly repitió su cuenta hasta cero.

—¡Cero!

Al instante, los Hollister prorrumpieron en zumbidos y siseos sonoros. Sue empezó a palmotear, diciendo:

—¡Viva! ¡Ya se va el «cuhete»!

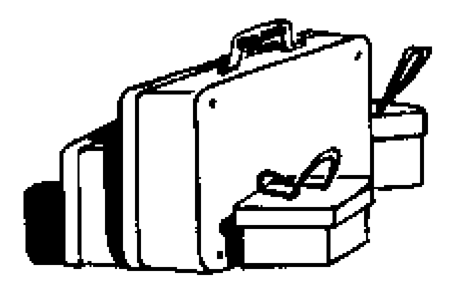
—¡Oh! ¡Cómo sube hasta las nubes! —dijo Holly, jubilosa.

Por un momento, Ricky estuvo tan convencido de su papel de hombre del espacio que se puso en pie sacudiendo las manos, para despedirse de todos. Pero mientras lo hacía, el «proyectil», repentinamente, se ladeó.

—¡Cuidado! —advirtió Pete.

Se produjo un ruido de madera al chasquear, mientras el objeto de madera, en forma de cono, se desprendía del alto poste. ¡Ricky, empujado fuera de la cápsula, se precipitó al suelo!

PERRO DE CABO CAÑAVERAL



—¡Oh! —exclamó Pam, al ver que su hermano quedaba inmóvil en el suelo.

Pete y Holly corrieron junto a Ricky, temiendo que pudiera haberse hecho alguna herida grave, y Pam bajó en volandas las escalerillas para ayudar en lo necesario al pecoso, mientras Sue acudía a llamar a la madre.

—¡Ricky! ¡Ricky! ¿Estás bien? —preguntó Holly, a gritos.

El pequeño entreabrió los ojos.

—¡Canastos! ¡He visto tantas estrellas que creí que había saltado al espacio! —siseó el pecoso.

En aquel momento la señora Hollister llegó desde la casa; preguntó en seguida si el niño se había golpeado la cabeza y quedó muy tranquilizada cuando le dijeron que había caído sobre un hombro.

Ricky se levantó, diciendo, con una sonrisa tristona:

—Estoy bien, pero no he llegado a la luna.

—Esto ha podido ser un accidente muy grave —dijo la señora Hollister, preocupada—. Pete, yo creí que habías sujetado ese armatoste firmemente.

—Lo estaba, mamá. Voy a ver qué ha ocurrido.

Pete examinó el astillado «proyectil». No había quedado en ello ninguno de los clavos. Apoyando la escalera de mano en el poste, el muchachito subió a lo alto. Una hora antes había estado clavando el

artefacto de madera con tres largos clavos. ¡Sólo un clavo quedaba ahora en la madera!

—Ya sé lo que ha pasado —anunció Pete—. ¡Alguien ha sacado dos de los clavos!

—¿Quién puede haber hecho eso? —preguntó la señora Hollister, que recordó entonces que tenía algo en el horno y se marchó a cuidarlo.

Mientras ella se alejaba, Joey Brill y Will Wilson aparecieron en el patio.

—¿Qué ocurre? —inquirió Joey—. ¿Ha habido un accidente?

—Ricky se ha caído del cohete —explicó Holly.

—Qué lástima —dijo Will que, en seguida se echó a reír, añadiendo—: Vuestro proyectil ha fallado.

—Esa porquería de invención vuestra no debía de ser muy resistente —declaró Joey.

Se inclinó, entonces a coger un trozo del astillado «cohete» y al hacerlo uno de sus bolsillos quedó entreabierto. ¡Dentro había dos largos clavos!

—¡Oh! Has sido tú quien ha estropeado nuestro cohete —acusó Pam, indignada.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el chicazo, mirando con ojos llameantes a la niña.

—Los clavos que faltan en la madera están en tu bolsillo.

Joey se puso rojo hasta las orejas y gritó:

—¡A ver cómo lo pruebas!

Pete, que había bajado a toda prisa de la escalera, asió al chico por un brazo y sin perder tiempo, sacó con la mano izquierda los clavos del bolsillo de Joey.

—¡Aquí tienes la prueba!

Cuando el otro quedó libre de las manos de Pete, masculló:

—¡Te crees muy listo!

Y lanzó su puño con fuerza contra Pete. Éste retrocedió para defenderse con un sólido puñetazo en la barbilla de Joey.

—¡Ayyy! —chilló el chicazo, retrocediendo—. ¡Me has pegado cuando estaba distraído! ¡Me vengaré de esto!

Él y Will se alejaron corriendo hacia la calle.

A última hora de la tarde llegó el señor Hollister en su

furgoneta, desde el Centro Comercial, su tienda de Shoreham, en donde se vendían artículos de ferretería, de deportes y juguetes.

Holly, que estaba esperándole, corrió hacia el vehículo.

—¡Papaíto! ¡Papaíto! ¿Podremos ir a visitar al mono del cohete? —preguntó sin poder dominar su nerviosismo.

El padre salió de la furgoneta, tomó a la niña por la cintura y la hizo dar una vertiginosa vuelta. El señor Hollister era un hombre alto y atlético, de cabello oscuro y ojos alegres y brillantes.

—¿De qué estás hablando, «Trencitas»? —preguntó, haciendo un guiño a Pete y Pam que habían llegado ya a saludar a su padre.

—Mamá ya te lo ha dicho —exclamó Pam.

—Pues claro que sí —repuso el señor Hollister, dirigiéndose ya a la casa—. ¿De verdad tenéis muchos deseos de ir?

—¡Sí, sí!

Durante la cena los niños hablaron sin cesar sobre la invitación de sus tíos. Por fin, cuando todos empezaron a comer las espléndidas porciones de pastel de manzana, Pam dijo:

—Papá, aún no has dicho que sí.

El señor Hollister miró directamente a su esposa.

—Elaine —dijo, empezando a sonreír—, estamos en la era de los proyectiles. Me temo que estos jóvenes astronautas no quedarán satisfechos hasta que hayan visitado la Ciudad de los Proyectiles en los Estados Unidos.

—A mí también me gustaría llevarles —declaró la señora Hollister—. Me alegraría mucho ver a Walter, a Carol y a los niños.

—Claro, claro —concordó Holly, con una risilla—. ¡Hace cien años que no vemos a los primos!

—Sólo hace cinco años, boba —rió Pam.

—Ya me acuerdo —dijo muy seria, Sue.

—Si tú no habías nacido —repuso Ricky.

Sin apurarse, la chiquitina preguntó a su madre:

—¿Verdad que yo era un angelito que volaba por el cielo?

La señora Hollister sonrió y Ricky empezó a bromear con la pequeña.

—¿Veías muchos proyectiles en la tierra de los ángeles?

—Basta de tonterías, niños —intervino la madre, que se volvió a su marido para preguntar—: ¿Cuándo podrás conseguir unos días

libres, John?

El señor Hollister suspiró, contestando:

—Yo no voy a poder dejar ahora la ciudad. Hay demasiado trabajo. Pero deseo que vayáis vosotros.

—¡Qué bueno eres, papá! —exclamó Pam.

Todos los niños dieron las gracias al señor Hollister y le dijeron cuánto sentían que él no pudiera acompañarles.

En los días que siguieron todo fue bullicio y alboroto en el hogar de los Hollister. La madre y los cinco niños irían en tren y saldrían a recibirles los Davis.

—¡Caramba, cuánto equipaje vamos a llevar! —exclamó Pete, viendo a su madre que hacía las maletas.

—Si hay algo especial que quieres llevar, dilo ahora, hijo —pidió la señora Hollister.

—Todas las cosas especiales las tengo ya preparadas, mamá —sonrió Pete.

Fue a su habitación y volvió con una gran maleta. Allí había guardado ya los lentes submarinos, las aletas de goma y todo el equipo de buceador necesario para los cinco hermanos.

Al día siguiente todo estaba listo y la familia marchó a la estación.

—No te olvides de dar comida a «Morro Blanco» y sus hijitos —dijo Holly a su padre, cuando se detuvieron ante la estación.

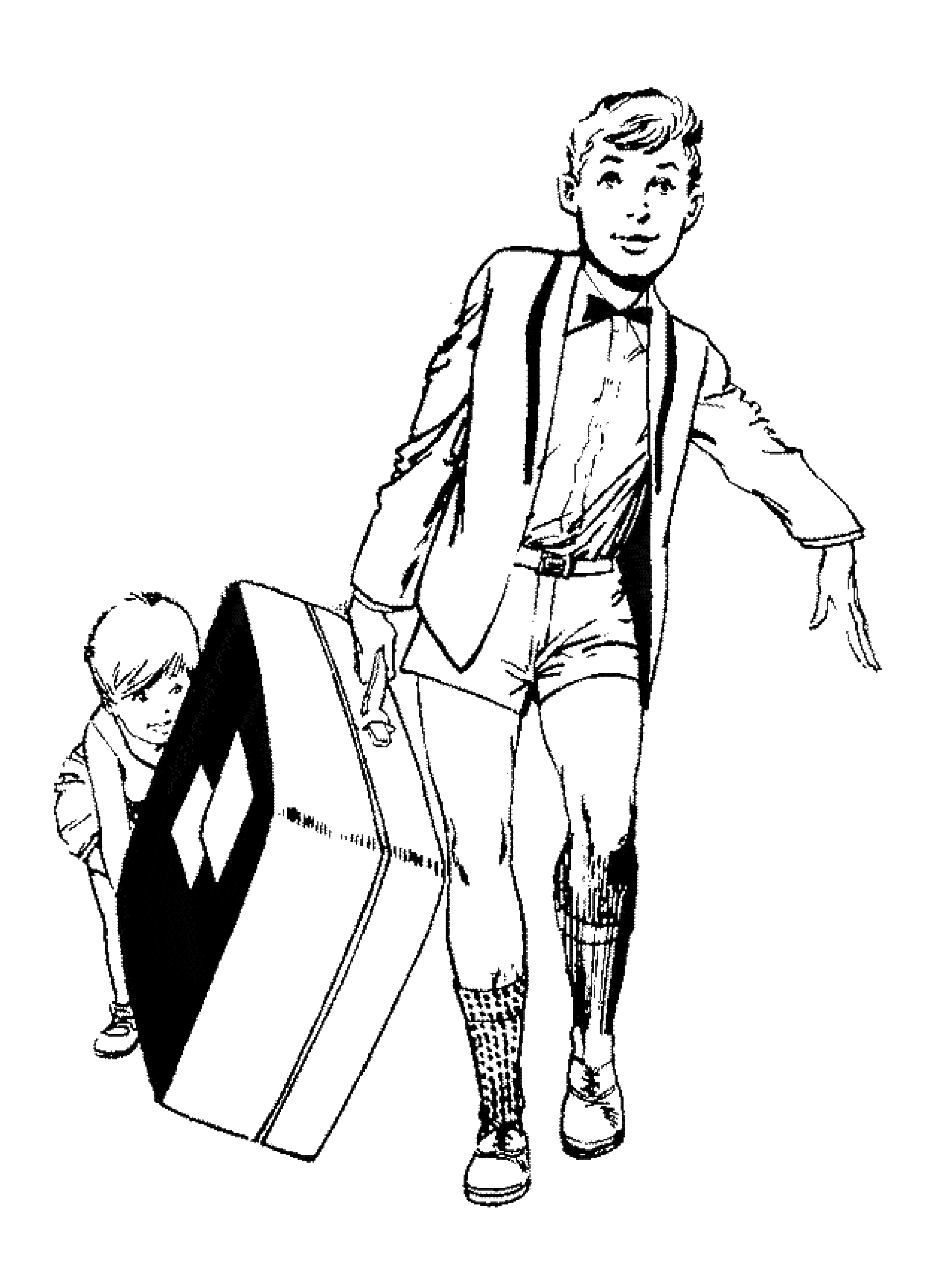
—Y «pónele» agua limpia a «Zip» todos los días —recomendó Sue, al tiempo que cogía la maletita donde iban sus juguetes.

—Por las noches cierra las puertas del garaje, para que Joey no moleste a «Domingo» —añadió Pete.

El señor Hollister sonrió, preguntando:

—¿No tienes tú nada que encargarme, Elaine?

—Sí. No te olvides de hacer tres buenas comidas al día —recomendó la señora Hollister, despidiéndose de su marido con un beso.



Vino un mozo de estación que cargó todas las maletas en una carretilla para llevarlas al andén. Llegó el tren y todos los equipajes fueron subidos a los vagones correspondientes. Los cinco niños abrazaron y besaron a su padre antes de subir al vagón con la señora Hollister.

—Tened cuidado de que Ricky no se meta en un cohete, por equivocación, y vaya a parar a Marte —dijo, riendo, el señor Hollister, mientras el tren se ponía en marcha—. ¡Qué os divirtáis mucho!

La familia fue a ocupar sus asientos en el Pullman; Ricky y Holly se sentaron juntos, frente a Sue y la señora Hollister. Pete y Pam fueron al otro lado del pasillo y se ocuparon en repasar el horario de viaje.

—¿En dónde bajaremos? —preguntó Pam a su hermano.

—Aquí —repuso Pete, señalando con el dedo un nombre de la lista de estaciones—. Se llama Cocoa Rockledge. Está a orillas del río Indian.

A las cuatro de la tarde el tren se detuvo en Washington. Mientras los viajeros se asomaban a las ventanillas, se acercó un mozo para decir:

—Pueden salir a dar una vuelta, si lo desean. Ha ocurrido algo en los frenos de uno de los vagones y tendremos que quedarnos aquí una hora.

—¡Qué suerte! —exclamó Pam—. Vamos a ver la cúpula del Capitolio.

—Tengo mucha sed, mami —se lamentó Sue, tomando de la mano a la señora Hollister—. ¿Puedo ir a beber?

—Sí, hijita.



La madre llevó a Sue hasta una fuente y la levantó en vilo para que pudiera beber la espumeante agua. Los demás aguardaban para refrescarse, también.

—Gracias, mamita —dijo Sue, yendo a sentarse a un banco cercano.

Después que hubieron bebido Pete, Pam y Ricky, la señora Hollister buscó a Holly. La pequeña de las trencitas no estaba allí…

—¿Dónde ha ido Holly? —preguntó la madre a los niños mayores.

Pero nadie lo sabía.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Hollister, empezando a apurarse—. Tenemos que encontrarla en seguida.

Pete hizo chasquear los dedos cuando se le ocurrió una idea.

—Iré a pedir que llamen a Holly por el altavoz —propuso.

El muchachito acudió, corriendo, al mostrador de información y explicó a la empleada que su hermana había desaparecido. La joven cogió el micrófono y al momento por toda la estación resonaron las palabras:

—Se ruega a Holly Hollister que se reúna con su familia, que la espera junto a la fuente.

—Muchas gracias —dijo Pete antes de volver junto a su madre.

—Así Holly vendrá en seguida —dijo la madre, sonriendo.

Pero Holly no se presentaba.

Sue, que acababa de oír las palabras que repetían por los altavoces, se acercó a la señora Hollister para preguntar:

—¿Es que estáis buscando a Holly?

—Sí. ¿Sabes tú dónde está?

—Claro. Holly se ha ido a ver al Presidente.

—¡No es posible!

—Sí. Se ha ido por aquella puerta. Pero no te asuste, mamaíta. Holly me ha dicho que vendrá en seguida.

Entre tanto, Holly Hollister había cruzado la puerta principal y salido a la acera, donde se detuvo a esperar que pasasen los veloces vehículos. Pudo ver que el Capitolio se encontraba a cierta distancia. Tenía que ir y volver muy de prisa, si quería ver al Presidente, antes de que saliera el tren.

Holly giró a la izquierda y anduvo un rato hasta llegar a un cruce. Cuando se encendió la luz verde, la niña cruzó, corriendo, y siguió avanzando en dirección al Capitolio. Llegó al fin ante un gran edificio y creyendo que era el que buscaba, entró.

«¿Cómo encontraré al Presidente?», se preguntó Holly.

Mientras se detenía, pensativa, un señor muy bien vestido, con un maletín, se acercó a ella.

—Hola. ¿Estás buscando a alguien?

—Sí. El Capitolio.

El señor sonrió a la graciosa Holly, explicándole:

—Es el edificio de al lado. Pero toma el tren subterráneo. Te gustará. El tren llega hasta el Capitolio.

—Muchas gracias —dijo Holly, mientras el señor le acompañaba hasta los rieles.

La niña se encontró ante un blanco y resplandeciente túnel. Allí había un vehículo detenido, que recordaba el de las montañas rusas de una feria. Empezó a entrar gente y Holly hizo lo mismo, yendo a sentarse entre un señor y una señora que le sonrieron, mientras el vehículo se ponía en marcha.

—¡Qué divertido! —rió Holly entre dientes, irguiendo los hombros, muy ufana.

—Sí. Lo es —asintió la señora, que después de dirigir una mirada por todo el coche, preguntó—: ¿Están tus padres contigo?

—No, no. Mamá está en la estación.

La señora pareció preocupada y preguntó al señor:

—¿Va con usted esta niña?

—No, señora. Creí que iba con usted. —El hombre miró fijamente a Holly, e inquirió—: ¿Adónde vas, jovencita?

—A ver al Presidente.



—Es una lástima, porque el Presidente no está en la ciudad. Tardará varias semanas en regresar.

—¡Qué pena! —murmuró Holly con desencanto, mientras el vehículo se detenía en los bajos del Capitolio.

—¿Sabe tu mamá en dónde estás? —preguntó a Holly la señora.

—No. Pero lo sabe Sue. Ella se lo dirá a mamá.

Mientras los demás pasajeros salían, la señora rodeó a Holly por los hombros y explicó:

—Soy senador, pero mis asuntos pueden esperar hasta que te

haya devuelto a tu familia.

—Muchas gracias —dijo Holly, empezando a retorcerse una de las trencitas—. Dios quiera que mamá no esté preocupada por mí.

El vehículo se puso en marcha hacia el edificio de donde había llegado. Cuando Holly y la señora senador salieron, llegó un policía corriendo, seguido por la señora Hollister y los demás niños.

—¡Está aquí! ¡Gracias a Dios! —dijo la señora Hollister, corriendo a abrazar a su hija.

—Esta señora me ha acompañado, porque el Presidente no está —explicó Holly.

Su madre dio las gracias a la señora senador y explicó que habían recorrido aquella calle, preguntando a todos los transeúntes, hasta descubrir en dónde había entrado Holly.

—Nunca debéis alejaros, cuando estemos en una ciudad desconocida —dijo la señora Hollister, mientras miraba su reloj—. El tren sale dentro de diez minutos. Si nos damos prisa aún podremos tomarlo.

Apresuradamente llamaron un taxi, que les llevó a la estación. Llegaron al tren en el mismo momento en que el revisor decía:

—¡Señores viajeros, al tren!

—Estoy contenta de que hayamos llegado a tiempo —murmuró Holly, que se sentía avergonzada de lo que había hecho.

Los niños cenaron con muy buen apetito y cuando volvieron a su vagón encontraron los asientos convertidos en camas. Arriba también habían aparecido literas.

—Los chicos dormiréis arriba —indicó la señora Hollister—. Tú, Pete, en la parte de fuera, y ten cuidado de no caerte.

Toda la noche estuvo en marcha la potente máquina que iba arrastrando los vagones a través de los estados del sur. Por la mañana, cuando los Hollister estaban desayunando en el coche-cama, el paisaje les pareció a los niños muy distinto a Shoreham y sus alrededores. Espesos pinares y pequeñas y lindas poblaciones parecían pasar corriendo ante las ventanillas.

Unas horas más tarde, cuando el sol caía perpendicular sobre la tierra, un mozo se acercó a decir:

—La próxima estación es Cocoa Rockledge.

—Espero que tía Carol, Sharon y Randy hayan venido a

esperarnos —dijo Pam—. Tengo unas ganas locas de verles a todos…

Ricky anunció:

—Yo necesito ver, en seguida, un proyectil saltando al espacio.

El tren redujo la marcha y pronto se detuvo. Los Hollister, ya en pie ante la portezuela, asomaron las cabezas hacia la pequeña estación de madera. En cuanto bajaron, Pam miró a lo largo del andén, buscando a sus parientes.

—¡Ahí vienen! —anunció, viendo una furgoneta que acababa de detenerse.

Las dos puertas se abrieron a un tiempo; por una salieron un niño y una niña y, por la otra, una señora muy guapa, de cabello rubio rojizo.

—¡Sharon! ¡Randy! ¡Tía Carol! —gritaron los cinco Hollister, corriendo a besar a su tía y sus primos.

A Randy le dieron abrazos y golpecitos en la espalda. La señora Hollister besó y abrazó muy fuerte a su hermana y sus sobrinos. Sharon, de once años, se parecía mucho a su prima Pam. Randy, de ocho, tenía el cabello oscuro y los ojos negros y traviesos.

—¿Dónde está «Lady Rhesus»? —preguntó Sue, tirando de la ropa de tía Carol.

—En casa de la señorita Mott. Veremos a la mona más tarde.

De repente, Sharon preguntó a Randy:

—¿Dónde está «Proye»?

—En el coche. En la parte trasera. Yo iré a buscarlo.

Randy volvió a los pocos segundos con un perro longaniza en sus brazos.

—Mirad. Ésta es «Proye». Es el diminutivo de Proyectil.

El niño dejó a la perra en el suelo y Pam se inclinó para acariciarla. «Proye» empezó a estremecerse.

—¡Oh, la pobre se ha asustado! —murmuró, compasiva, Pam.

—No. No está asustada —repuso Sharon, sonriendo.

«Proye» empezó a aullar. Los niños Hollister se mostraron preocupados, pero sus primos se echaron a reír y empezaron a gritar:

—¡Proyectil! ¡Proyectil! ¡Mirad!

Los recién llegados miraron con asombro el cielo, hacia la parte

oriental, pero no pudieron ver nada.

—¡Seguid mirando! —pidió Randy.

—¡Ya lo veo! —anunció Ricky, un momento después.

Un estrecho proyectil, con llameante cola, se elevó majestuosamente por el cielo azul.

—¡Oh! —exclamó Pam—. ¡Es maravilloso!

Un momento después los espectadores oían en la distancia un gran estruendo, como si estuvieran pasando un centenar de trenes de carga. El proyectil continuó elevándose en línea recta. Pero cuando inició una desviación hacia el sudeste, se produjo un rayo cegador y en seguida se formaron mil nubecillas de humo blanco.

¡El proyectil había explotado en infinidad de pedazos!

Todos ahogaron un grito, mientras Randy exclamaba:

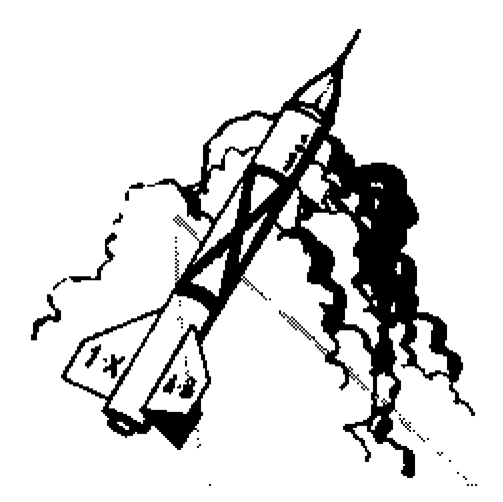
—¡El pobre «Thuzzy» se ha deshecho!

A Sharon empezaron a temblarle los labios y un momento después los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Vamos, vamos —murmuró tía Carol, enjugando los ojos de su hija—. Estoy segura de que el siguiente «pájaro» tendrá más suerte.

—¿«Thuzzy»? ¿Pájaro? —exclamó Pete, atónito—. ¿De qué estáis hablando?

LA MONA DEL PROYECTIL



—«Tuzzy» —explicó tía Carol— es el diminutivo que vuestro tío Walt da a todos los proyectiles. En general los llama «Thuzzenelda».

Los niños rieron, aunque Pam dijo en seguida que era una lástima que el lanzamiento de aquel proyectil hubiera resultado un fracaso. Luego, la niña preguntó cómo «Proye» había sabido que iba a ser lanzado un cohete. Sharon le contestó:

—«Proye» ha nacido en la base de Cabo Cañaveral. Como todos los perros, tiene el oído muy sensible, de modo que sabe cuándo va a ser disparado un cohete, antes de que se den cuenta los humanos, y se pone tan excitada que se estremece y aúlla.

—¿Es que la perra no es vuestra?

—Sí, sí —contestó Randy—. A su dueño le trasladaron de esta base a una de California y nos regaló a «Proye».

Sue palmoteo.

—Me alegro de que esté aquí. Así podré jugar con la mona y la perra de «Cañaperal».

—Ca-ña-ve-ral —corrigió Pam.

Entre todos los niños subieron el equipaje de los Hollister a la furgoneta. Luego todos se acomodaron en el vehículo. La señora Hollister, con Sue en el regazo, se sentó delante con su hermana.

—¿Por qué habéis hablado de «Thuzzy» como si fuera un pájaro? —preguntó Pam a Randy, cuando iban ya de camino.

—Aquí todo el mundo llama «pájaros» a los proyectiles —repuso el primo.

—¿Sabéis una cosa graciosa? —dijo Sharon—. Cuando el lanzamiento de un proyectil fracasa, los empleados de la base dicen que el proyectil «ha sido barrido».

—Tiene gracia —rió Holly.

La señora Hollister sonrió, explicando:

—Una vez, cuando Pete era pequeñito, le regalé un canario. Un día se le ocurrió darle un baño y puede decirse que también barrió al pobre pájaro.

—¿Es que fracasó el pajarito, mamá? —preguntó Sue, desorientada.

—Casi —sonrió la madre—. Pero, por suerte, se puso bueno.

—Ya me acuerdo —declaró Pete—. ¡Estuve más asustado!…

Los Hollister se enteraron de que la estación de ferrocarril se encontraba en las afueras de la ciudad de Cocoa, en donde vivían los Davis. Tía Carol condujo hasta el centro de la ciudad, luego viró a mano derecha para llevarles a la zona residencial, que estaba situada a orillas de una amplia extensión de agua.

—Es el río Indian —informó Sharon.

—He visto ese nombre en las naranjas que envían al norte —recordó Pam.

Muy pronto tía Carol detuvo la furgoneta ante una gran casa, de una sola planta, estilo rancho. Dos altas palmeras crecían frente a ella y muchos lechos de flores adornaban la propiedad. A un lado de la casa se levantaba un gigantesco roble, en cuyas ramas y estrecho tronco se enrollaban hermosas enredaderas.

—Es nuestra casa. Bien venidos todos —dijo la tía.

—¡Qué sitio tan estupendo! —exclamó Pete, admirado.

Cuando todas las maletas hubieron sido llevadas a la casa, los Davis mostraron a los Hollister cuáles eran las habitaciones que les habían destinado. Ricky y Pete dormirían en la habitación de

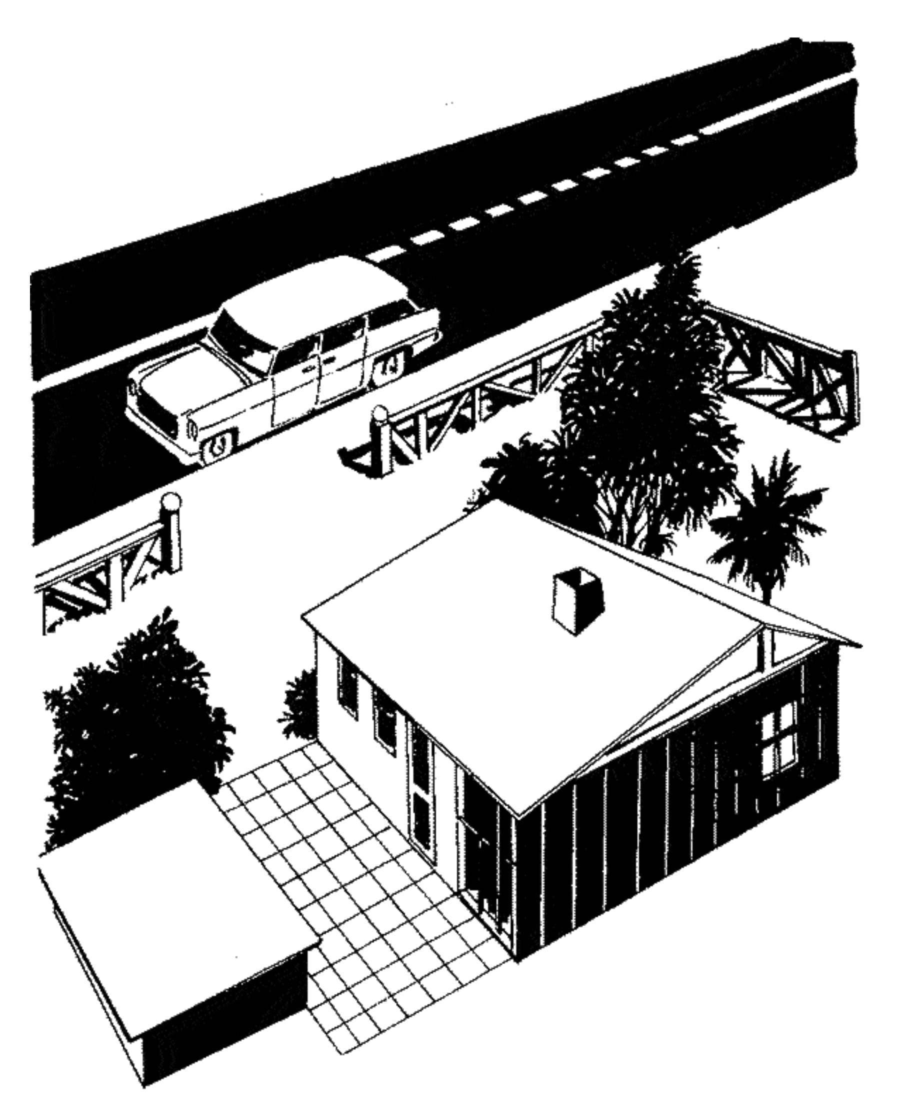
Randy, donde había una camita y dos literas.

—¡Canastos! ¿Podré dormir en la litera de arriba? —preguntó Ricky, que ya estaba trepando a la parte alta con la agilidad de un mono.

—Por mí sí, con tal de que no te vayas a caer a medianoche —le contestó Pete.

—No me caí en el tren —se defendió el pequeño.

Entre tanto, Sharon había llevado a su dormitorio a las primas. Las paredes estaban pintadas de color rosa y las ventanas habían sido adornadas con vaporosos visillos blancos. Había dos camas iguales y un mueble, con camas plegables, más pequeñas, que Sharon dijo eran para Holly y Sue.



Pam se asomó a la ventana, para contemplar el agua mientras exclamaba:

—¡Qué bien lo vamos a pasar, Sharon! ¡Qué embarcadero tan bonito tenéis!



—¿Les gusta pescar a los chicos? —preguntó su prima.

—Ya lo creo —afirmó Holly—. Y a mí también.

Sue se puso de puntillas para mirar por la otra ventana.

—¡Pam, ven aquí! —llamó en seguida.

—¿Qué pasa?

—Mira aquella señora en bicicleta, con un mono al hombro.

—Es la señorita Mott con «Lady Rhesus» —informó Sharon.

Todas las niñas corrieron a la salita y salieron a la puerta para recibir a la señorita Mott.

Ésta era una señora de mediana edad, con el cabello largo, algo canoso, peinado en cola de caballo, lo que le hacía parecer mucho más joven. En uno de sus hombros iba sentada, tranquilamente, una minúscula monita.

—Hola, Sharon —saludó la señora alegremente, aparcando la bicicleta junto al bordillo y encaminándose a la casa.

—Señorita Mott —dijo Sharon—, le presento a mis primas.

Las niñas dijeron, muy corteses:

—¿Cómo está usted?

Pero ninguna de ellas podía apartar los ojos de la graciosa monita. El animal movía incesantemente las manos de un lado a otro y parecía que quisiera ocultar la cara a las miradas de las niñas.

—Pues ésta es «Lady Rhesus», la mona espacial —dijo la señorita

Mott, mientras entraban en la casa—. Yo ayudé a entrenarla para la prueba en el proyectil y cuando regresó me la devolvieron.

—Es adorable —declaró afectuosamente Pam.

De pronto la monita saltó desde el hombro de su dueña y fue a sentarse en el hombro de Pam.

—¡Eh! —gritó Pam, poniéndose muy rígida.

—No te asustes —dijo la señorita Mott—. «Lady Rhesus» no te hará daño. La verdad es que puedes considerar un honor el que haya saltado a tu hombro. Eso demuestra que le resultas simpática.

Pam bajó a la mona de su hombro y la llevó a la sala, en el mismo momento en que los chicos salían de su habitación.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿De dónde has sacado ese mono, Pam?

Antes de contestar a esa pregunta, Pam presentó a toda su familia a la señorita Mott. Luego, los niños se hicieron cargo de «Lady Rhesus», para jugar con ella.

—Es muy divertida —informó la señorita Mott, que luego pidió a la mona que jugase al circo.

Obedientemente, «Lady Rhesus» apoyó las manos en el suelo y dio una voltereta. Por fin quedó muy quieta en el suelo, patas arriba.

—Está aparentando ir en un proyectil —explicó la propietaria de la mona—. Iba sujeta por correas y con varios instrumentos conectados a su cuerpo.

Mientras los demás miraban la mona, Sue exclamó:

—Yo también sé dar volteretas.

Y tranquilamente se echó al suelo para hacer girar todo el cuerpo, apoyándose en la cabeza.

¡Cras!

Todos se volvieron a tiempo de ver que el aparato de televisión estaba tambaleándose. Dando un salto, Pete llegó a tiempo de sostenerlo. Mientras Sue se ponía en pie, con carita de susto, empezó a sonar la música y en la pantalla apareció una escena de baile. Todos se echaron a reír.

—Eres una verdadera artista de circo, Sue —declaró tía Carol.

La única que no encontró gracioso el accidente fue «Lady Rhesus». Asustada por la conmoción, la mona saltó al hombro de su

dueña, a quien se sujetaba con fuerza.

—Siento mucho lo que ha pasado —dijo Sue, hablando a un tiempo con la mona y con tía Carol.

—No ha ocurrido nada —repuso la tía, sonriendo.

—Tengo que irme —dijo la señorita Mott—. Sólo he venido a decirte, Carol, que la reunión del club artístico ha sido aplazada. —Dirigiéndose a los niños Hollister, añadió—: Vivo en el río Banana. Hay muy buena pesca. Tengo una embarcación y, si queréis que os la preste alguna vez, no tenéis más que decírmelo.

—Muchas gracias. Nos gustará que nos la preste —contestó Pete.

Ricky sonrió malicioso, diciendo:

—Ya sé por qué vive usted en el río Banana, señorita Mott. Así «Lady Rhesus» tendrá muchos plátanos que comer.

Todos seguían riendo cuando la señorita Mott se marchó. Con la mona al hombro, se alejó calle abajo, pedaleando.

Poco después el tío Walt Davis llegaba del trabajo y aparcaba su coche en el camino del jardín.

—¡Papá! —llamó Randy—. ¡Ya han venido!

Tío Walt era algo más bajo que el señor Hollister, delgado, con la mandíbula inferior cuadrada y casi siempre sonriente. Sin embargo, en aquel momento parecía cansado y desilusionado. Acudió a saludar a sus parientes y dijo que se alegraba mucho de que hubieran decidido ir a Florida.

—Hemos visto estallar a «Thuzzy» —dijo Ricky—. Ha sido una pena.

—Me he llevado una desilusión —admitió tío Walt.

—¿Cuál ha sido la causa de la explosión? —se interesó Pete.

—No se sabe, pero estamos intentando averiguarlo.

Tío Walt siguió diciendo que el proyectil se había elevado perfectamente del campo de lanzamiento, pero algo había sucedido justamente cuando el «pájaro» estaba a punto de pasar por la Zona de Proyectiles del Atlántico.

—Cuando se recojan los restos del proyectil espero que encontremos la respuesta al misterio. Los proyectiles cuestan tres millones de dólares y estoy deseoso de averiguar lo que ha pasado.

—¿Para utilizarlo otra vez? —preguntó Pete.

—No tanto como eso —repuso el tío—, pero no queremos que

caiga en malas manos.

—¿Estás pensando en espías extranjeros? —inquirió, sagazmente, Ricky.

—Algo de eso —sonrió el tío.

—Entonces, te ayudaremos a encontrarlo —se ofreció inmediatamente Holly.

—Eso está bien —dijo tío Walt, que explicó que parte de los restos del proyectil habrían caído en las playas y otra parte en el océano.

—Buscaremos los restos ahora mismo —decidió Randy.

Tía Carol sonrió, al ver el entusiasmo que demostraba su hijo, pero le hizo saber que la cena estaba servida, y propuso que los niños empezaran sus trabajos detectivescos por la mañana temprano.

Pete y Ricky se mostraron muy interesados en el pequeño cochecito de sus tíos; era un sedán extranjero de sólo cuatro plazas y Randy y su hermana lo llamaban siempre el «Insecto».

—¿Podemos dar un paseo en el «Insecto»? —preguntó Ricky a su tío.

—Mañana, sí. Puesto que queréis buscar los restos del proyectil, mañana por la mañana os llevaré a los tres muchachos conmigo a la playa de Cocoa.

El día siguiente amaneció alegre y soleado. Después del desayuno, los tres niños se instalaron en el cochecito. Tío Walt les llevó por un largo terraplén, a través de Merrit Island, hacia una extensa playa, a un extremo de la cual estaba situado Cabo Cañaveral.

Randy explicó a sus primos que aquella playa se extendía varios kilómetros al sur.

—Patrick está en el otro extremo.

—¿Qué Patrick? —preguntó Ricky.

Riendo alegremente, Randy contestó:

—La Base Patrick de las Fuerzas Aéreas.

Tío Walt les informó de que allí estaba instalada la zona administrativa de la base de proyectiles.

—Las oficinas y laboratorios están allí —dijo—. Y también hay un aeropuerto.

Cuando llegaron a la playa de Cocoa, tío Walt dejó a los tres muchachitos, después de dar dinero a Randy para que pudiesen comer algo.

—Tía Carol vendrá a buscaros esta tarde —dijo a Pete—. Estad en este extremo de la playa alrededor de las tres.

Pete y Ricky dieron las gracias a su tío y corrieron a la orilla del agua, donde las olas acariciaban suavemente la arena. Los niños Hollister observaron con sorpresa que los coches iban y venían constantemente sobre la fina arena de la playa.

—¡Canastos! ¡Cómo me gusta! ¿Podremos hacerlo también nosotros alguna vez, Randy?

—Claro. Todo el mundo lo hace.

Mientras caminaban a lo largo de la playa, los niños pudieron ver que otras muchas personas miraban a uno y otro lado, buscando los restos del proyectil.

—Espero que encontremos algo —dijo Pete, buscando entre las conchas marinas, llevadas a la arena por las olas—. Nos gustaría mucho ayudar a que tu padre averiguase por qué ha explotado el «pájaro».

Al poco, otro niño que caminaba descalzo por la arena, se aproximó a ellos.

—¡Eh, Randy! —llamó desde lejos—. ¿Quiénes son estos chicos?

En voz baja, Randy dijo a sus primos:

—Es Marshall Holt. Le llamamos Marsh. Siempre está molestando. Vive en la playa.

Cuando Marshall estuvo junto a ellos, Pete le miró atentamente. Era un chico rubio, alto y fuerte, de trece años, con el ceño siempre fruncido.

—Hola, Marsh —saludó Randy—. Te presento a mis primos, Pete y Ricky Hollister, que vienen del norte.

—¿Qué hay? —contestó el otro, mirando a un extremo de la playa—. Todo el mundo anda buscando trozos del proyectil. Supongo que vosotros habéis venido a lo mismo.

—Sí —asintió Randy.

—¿Y habéis tenido suerte?

—No. Acabamos de llegar.

—Bueno. Pues si encontráis algo, no dejéis de decírmelo.

—¿Por qué? —preguntó Pete.

—Para que yo pueda llevarlo a Patrick —repuso Marsh—. Todos los chicos de aquí me entregarán lo que encuentren.

—Pues nosotros no —contestó Randy.

—No tienes por qué hacerte el listo, total porque estén aquí tus primos —dijo Marsh, furioso—. Acuérdate de lo que te he dicho.

Sin más, el chico se alejó corriendo, con los ojos fijos en la arena.

—Es un pesado —se lamentó Randy—. Siempre quiere mandar en todo el mundo.

—Sí. Es como Joey Brill, un chico de Shoreham —asintió Pete, comprensivo.

Después de recorrer una milla a orillas del agua, los tres niños se encaminaron a las dunas bajas que bordeaban la playa. Crecía la maleza a intervalos y había trozos de madera diseminados por diversos lugares en donde los excursionistas habían encendido hogueras para preparar su merienda.

Ricky levantó con el pie varios trozos de madera y, de pronto, su pie tropezó con algo duro y brillante.

—¡Eh, Pete! ¡Mira esto! —gritó.

Poniéndose de rodillas, el pecoso escarbó en la arena hasta que pudo sacar una pieza de metal brillante. Su hermano se echó a reír, diciendo:

—¡No es más que el tapa-cubos de un coche!

En aquel mismo momento, Marsh corrió hacia ellos con los brazos en alto. Llegó sin aliento, preguntando:

—¿Qué habéis encontrado? ¡Dádmelo!

—No te lo daré —declaró Ricky, ocultando la pieza metálica a sus espalda.

—De todos modos, no es nada —añadió Pete, con una risilla.

—No os creo.

—Enséñaselo, Ricky.

Cuando el pelirrojo dejó a la vista el tapacubos, la cara de Marsh se sonrojó de ira y vergüenza.

—¿De modo que queríais tomarme el pelo? —masculló.

Lleno de rabia dio un fuerte manotazo al tapacubos que cayó de la mano de Ricky y aterrizó sobre los pies del pequeño.

—¡Huy! —gritó Ricky, empezando a saltar a la pata coja, para soportar mejor el dolor.

—Eres muy nervioso, ¿verdad? —preguntó Pete, indignado.

—No me gusta la gente como vosotros —replicó Marsh que sin más explicaciones dio a Pete un empujón, haciéndole caer sobre la arena.

Pete se puso en pie de un salto, apretando los puños. Pero Marsh había dado media vuelta y se alejaba corriendo. Pete corrió tras el camorrista, seguido por Ricky y Randy. Dieron la vuelta alrededor de una duna, detrás de la cual había una vieja cabaña, a la que daban sombra unas ruinosas palmeras. Detrás de la cabaña había un sendero que se perdía entre un bosquecillo de pinos enanos. Cuando Pete llegó allí, Marsh había desaparecido.

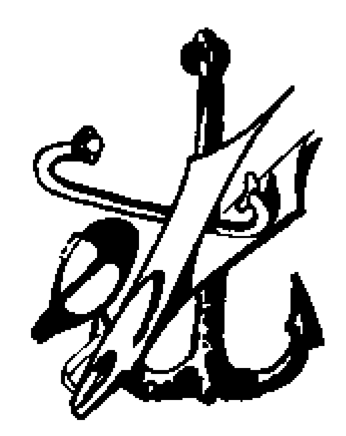
En aquel momento, la puerta de la cabaña se abrió y un hombre flaco, de espesas cejas, se enfrentó a los chicos. Llevaba pantalones oscuros y una descolorida camisa del mismo color azul que sus ojos bizcos.

—¡Fuera de aquí! —ordenó con voz de trueno.

—Lo siento —se disculpó Pete—. Sólo queríamos…

—¡He dicho que os larguéis! —gritó el hombre, echando a correr tras los chicos, con los puños levantados amenazadoramente.

OJO POR OJO



Asustados por aquel hombre con tal mal genio, Pete, Ricky y Randy dieron media vuelta y corrieron a la playa. Al cabo de un rato se volvieron a mirar. El hombre había entrado en la cabaña, cerrando la puerta.

—¡Canastos! Creí que nos haría daño —exclamó Ricky.

Y Pete afirmó:

—Debe de estar loco. ¿Quién es, Randy?

—Es la primera vez que le veo.

Los tres muchachitos continuaron su paseo por la playa, buscando restos del proyectil. A lo lejos surgió un cochecito bajo, con una gran figura blanca que adornaba el morro. Pete, que lo miraba aproximarse, con la mano en la frente para proteger sus ojos del fuerte sol, preguntó:

—¿Qué es eso?

—Un «jeep» con un perro blanco, sentado delante —informó Randy.

Los niños rieron al contemplar al animal, sentado como una estatua sobre el morro del vehículo. El conductor redujo la marcha para ir a detenerse junto a los niños. Era un hombre de aspecto

amable, que vestía un mono y un jersey. Tenía los brazos muy tostados por el sol y el cabello gris lo llevaba cortado a cepillo.

—¡Hola, chicos! —saludó, alegremente.



—Hola —respondió Pete—. Perdone que nos hayamos reído. Pero es que nunca habíamos visto usar un perro como adorno.

—Para «Blanco» no hay otro modo más agradable de pasear en coche —dijo el hombre—. Y, si no le habéis visto antes, estoy seguro de que sois nuevos aquí.

Pete se presentó a sí mismo, a Ricky y a Randy, y luego explicó al hombre que los Hollister estaban de visita en Florida.

—Me llamo George Hoffman —dijo el hombre, estrechando a los tres la mano—. Pero todo el mundo me llama señor Jeep.

—Nos alegra conocerle —repuso muy cortés, Pete—. ¿Está usted de vacaciones?

El señor Jeep les explicó que era oficial de la policía, ya retirado, y que empleaba su tiempo libre en remolcar los coches que a veces quedaban atascados en la arena de la playa.

—Os sorprendería saber el gran número de vehículos que se atascan en la arena.

—Usted debe de conocer muy bien esta zona —comentó Ricky.

—Sin duda alguna.

—Entonces, podrá usted decirnos quién es el hombre que vive allí —dijo Pete, señalando la cabaña.

—Se llama Alec Ferguson —contestó Jeep—. Se dedica a pescar cangrejos. Es nuevo en esta playa. No le gusta que la gente se acerque a su casucha.

—¡Ya lo hemos visto! —informó Ricky, y contó al señor Jeep lo que les había sucedido.

Mientras los demás hablaban, «Blanco» permanecía inmóvil sobre el morro del coche; la brisa del océano erizaba su esponjosa pelambre.

—Lamento que os hayáis llevado un susto —dijo el señor Jeep —. ¿Qué tal si damos un paseo en el coche, para que olvidéis el incidente?

—¡Estupendo! —exclamó Pete.

—Todos arriba.

Ricky y Randy subieron a la parte trasera, mientras Pete iba a sentarse al lado del conductor.

—¡Es divertidísimo! —comentó Pete, mientras recorrían millas y millas sobre la arena. Y un momento después exclamaba—: ¡Mire

allí! Creo que alguien está en un apuro.

Un sedán rojo y blanco estaba detenido al borde del agua, y junto a él había un hombre sacudiendo los brazos, como pidiendo ayuda.

El señor Jeep llevó hasta allí su vehículo y se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

El otro hombre repuso que la rueda delantera de su sedán se había hundido en un hoyo.

—No puedo sacar el coche de aquí y está subiendo la marea.

El señor Jeep explicó que era frecuente que los niños hiciesen grandes hoyos en la arena y luego se olvidasen de volver a llenarlos.

—Son muchos los coches que se atascan en la playa por esa causa —añadió el señor Jeep, saltando de su vehículo—. Vamos, amigos echadme una mano.

Dirigidos por el señor Jeep, Ricky y Randy sacaron una gruesa cuerda del interior del «jeep». Pete ató un extremo de la cuerda al eje del coche accidentado y el otro extremo a la parte posterior del «jeep». El pequeño vehículo del policía retirado se movió lentamente por la playa, tirando del otro coche, hasta dejarlo libre.

—Muchas gracias —dijo el conductor, muy satisfecho.

—No hay de qué. La próxima vez, cuidado con los agujeros —repuso el señor Jeep—. Vamos, muchachos, todos arriba.

Mientras regresaban en el vehículo, Pete contó al señor Jeep que habían ido allí para buscar restos del proyectil.

—Pues no creo que tengáis mucha suerte en la playa —dijo el señor Jeep—. Por aquí ha buscado ya mucha gente. Os sugiero que miréis en las aguas vadosas.

—Pero ¿cómo vamos a ver el fondo? —preguntó Randy.

Pete chasqueó los dedos al contestar:

—Ya sé cómo.

Y dijo a su primo que había llevado, de Shoreham, el equipo de buceador de él y cada uno de sus hermanos.

—Llevando el tubo de respiración y los lentes de buceador podremos buscar estupendamente por dentro del agua —dijo Ricky, con entusiasmo.

—Y las aletas nos servirán para nadar mejor —añadió Pete. Jeep despidió a los tres muchachitos, que bajaron del vehículo.



—Muchas gracias por el paseo —gritó Pete, mientras los tres despedían al hombre con alegres sacudidas de las manos.

—Buena suerte, amigos —dijo el señor Jeep.

—Me gustaría tener ahora mismo el equipo de bucear —suspiró Ricky.

Los tres continuaron la búsqueda a pie, y sin ningún éxito, hasta las tres de la tarde, cuando acudió a buscarles tía Carol. Al llegar a casa Pete habló con las niñas de su plan de ir a buscar los restos del proyectil por el agua con el equipo de buceador.

—¿Y nosotras no podremos ayudar también? —preguntó Pam.

—Claro que sí.

Pete fue a su habitación y volvió con la maleta donde guardaba el equipo.

Tía Carol sugirió que continuasen la búsqueda después de hacer una cena temprano. La marea habría bajado y el hombre del tiempo había informado que haría buena noche.

—Pero yo creo que es mejor que Holly y Sue se queden en la arena —declaró la señora Hollister.

Tío Walt telefoneó diciendo que tendría que trabajar hasta bastante tarde, por lo cual se adelantó la cena de los niños. Poco después de las seis, la señora Hollister y su hermana acompañaron a los niños a la playa de Cocoa. Los niños salieron de la furgoneta, preparados ya con sus trajes de baño, y corrieron a la orilla del agua. Sharon y Randy tenían sus propios equipos de buceador y tanto ellos como los tres Hollister mayores se pusieron las aletas y los lentes.

—No os vayáis a sumergir demasiado —advirtió Pete a Pam y a Ricky—, porque el agua entraría en el tubo de respiración.

Los cinco niños parecían una escuela de ballenitas, buscando lentamente por el fondo arenoso y dejando tras sí montañas de espuma que levantaban con las aletas. Vieron muchas clases diferentes de conchas y caracolas, pero nada que pareciera haber pertenecido al proyectil que explotó. De repente, a poca distancia de él, Pete descubrió unos pies, pero antes de haber tenido tiempo de apartarse, tuvo un encontronazo con el dueño de los pies.

Pete se irguió y se quitó los lentes, encontrándose frente a frente con Marshall Holt.

—¡Ah, eres tú!

—Sí. ¿Qué pasa?

En aquel momento también Ricky asomó la cabeza y al ver al

otro chico, bromeó:

—¡Pero si es «Marshalmeja»!

Inmediatamente Randy empezó a canturrear alegremente:

—¡«Marshalmeja»! ¡«Marshalmeja»!

A Pam le hizo reír el nombre, pero reprendió a los chicos, diciendo:

—No debéis poner motes a las personas.

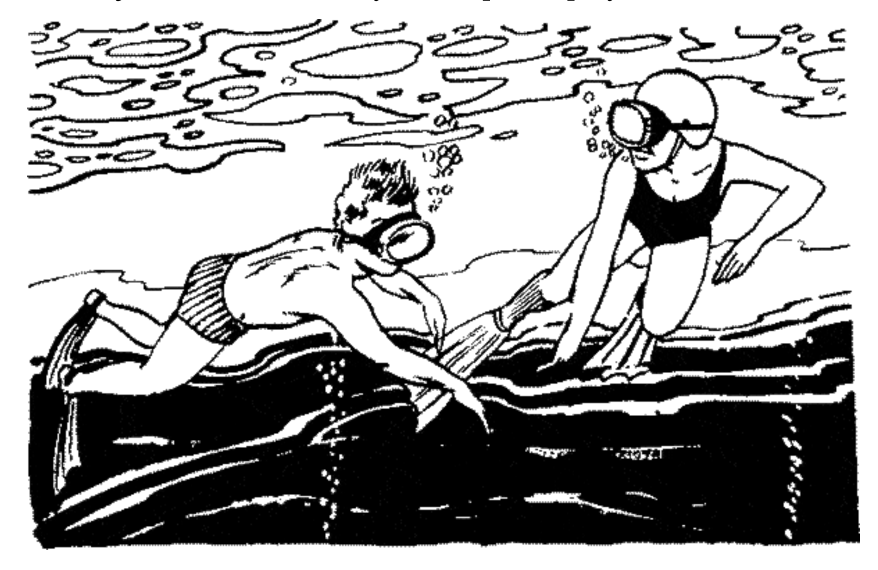
—Vaya. Tenéis buenos equipos —comentó Marsh, cambiando de conversación.

—Los usamos para buscar los restos del proyectil —contestó amablemente Pam.

—¡Bah! Yo veo muy bien el fondo sin llevar lentes —declaró, despreciativo, el chico—. Ven y te lo demostraré.

Pam descendió al interior del agua y Marsh la siguió, a distancia. De pronto, sin previo aviso, el chico aferró los lentes de Pam y se los quitó. A la pobre Pam le entró agua salada por los ojos la nariz y la boca. Tosiendo y atragantándose, la niña salió inmediatamente a la superficie.

—¡No vuelvas a hacer nunca una cosa así! —gritó Pete, mientras Marsh dejaba caer los lentes y corría por la playa.



Inmediatamente el mayor de los Hollister los recogió para devolvérselos a su hermana.

—Ha sido una broma —contestó Marsh, desde lejos—. ¿No sabéis aguantar una broma?

El camorrista siguió en la playa, pero a buena distancia de los Hollister y los Davis, que continuaron la búsqueda.

Unos minutos después, Ricky sacaba la cabeza del agua y decía a su hermano:

—Ven aquí, Pete. ¡Mira lo que he encontrado!

Al oírle, Marsh se acercó a Ricky, lleno de curiosidad.

—¿Es un pedazo de proyectil? —preguntó.

Ricky hizo un guiño a Pete y contestó:

—¡Mira, mira! ¡Está aquí mismo!

El camorrista se acercó más, indagando:

—¿Dónde?

—¿Es que no lo ves? —insistió Ricky, señalando al fondo.

Marsh acercó más la cabeza al agua. Rápidamente Ricky le dio un empujón, hundiéndole la cara en el agua. Marsh salió a la superficie escupiendo agua y jadeando.

—¡Me vengaré de esto! —aseguró, mientras se alejaba a toda prisa.

Cuando se puso el sol, tía Carol llamó a los niños y regresaron a casa.

—¡Qué birria! —se lamentó el pecoso—. No hemos encontrado ni un tornillo de proyectil.

—No os desaniméis y seguid buscando —le alentó su madre—. Puede que acabéis encontrando algo.

Cuando la furgoneta se aproximaba a casa de los Davis, Sue advirtió que había una bicicleta junto al bordillo.

—¡Ahí está la señora de la mona! —anunció, jubilosa.

—¡Qué bien! ¡Yo quiero jugar con «Lady Rhesus»! —dijo Holly.

Los niños corrieron a la casa y encontraron a la señorita Mott hablando con tío Walt. En el hombro de la señora no estaba la graciosa monita y Pam advirtió que la amiga de tía Carol estaba triste.

—¡La señorita Mott está muy disgustada porque se le ha perdido «Lady Rhesus»! —anunció el tío, poniéndose en pie.

EN BUSCA DE UNA MONA



La desaparición de «Lady Rhesus» impresionó mucho a todos.

—¡Pobrecita mona! —se compadeció Pam—. ¿Cree usted que la habrán robado?

—Estaba jugando en casa —explicó la señorita Mott—. La persiana estaba un poco subida y «Lady» puede haberse marchado por ahí.

—¿No se habrá escondido por el jardín? —apuntó Pete—. ¿Hay árboles en su jardín, señorita Mott?

—Hay cerca un naranjal.

—A lo mejor «Lady Rhesus» se ha subido a un árbol —dijo Sharon, esperanzada.

—¡Mamita! —exclamó Sue con expresión de susto—. ¿No se habrán llevado otra vez a la pobrecita «Lady Rhesus» en un «cuhete»?

—No lo creo —contestó su madre, queriendo tranquilizarla.

Pero no consiguió gran cosa, pues la chiquitina siguió murmurando:

—¡Pobrecita «Lady Rhesus», tan preciosa! ¡No quiero que te hayan llevado a la luna!

Todos los niños se ofrecieron para ayudar a la señorita Mott, al día siguiente, en la búsqueda de la mona. La dueña del animal les dio las gracias y se despidió, diciendo que debía volver a casa antes

de que se hiciera más de noche.

Cuando ya se había marchado, Pete dijo:

—Creo que lo mejor será telefonear al señor Jeep. Él conoce a mucha gente que puede ayudar a encontrar la pista de «Lady Rhesus».

Marcó el número y, por suerte, encontró al ex policía en su casa.

—Con mucho gusto os ayudaré a buscar a la mona —dijo el hombre—. Mañana, mientras pasee por la playa, iré preguntando por ella a todo el mundo.

Al día siguiente, después del desayuno, tía Carol llevó a su hermana y a los niños a ver a la señorita Mott, que tenía una casa de campo al otro lado de la ciudad. «Proye», que con frecuencia acompañaba a los niños Davis, salió de la furgoneta en su compañía.

La señorita Mott saludó a los visitantes y les hizo pasar a una coquetona salita.

—¿Tiene usted noticias de la mona? —preguntó, en seguida, Pam.

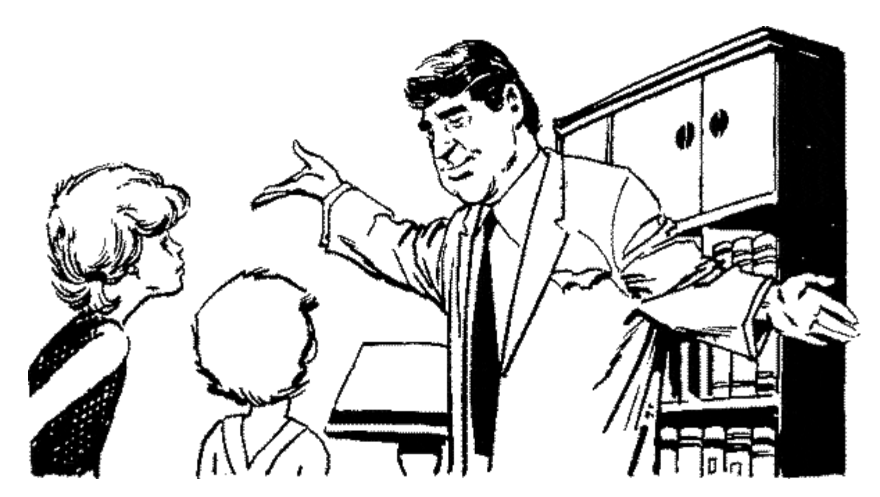
—Por desgracia, no. Y no podéis imaginar lo triste que me siento. Sólo consigo distraerme con la pintura —dijo la artista.

En un rincón de la sala había varios caballetes con lienzos en los que había escenas marinas a medio acabar.

—Son muy bonitos —observó Sharon.

—Me gusta pintar el agua —respondió la señorita Mott—. Su colorido es hermoso y cambia continuamente.

Después de mirar también las pinturas, los chicos salieron al verde prado que se extendía a orillas del río Banana.



—Este río pasa por Cabo Cañaveral —informó Randy, señalando al norte—. Estamos muy cerca de donde se disparan los proyectiles.

—¡Eh! ¿Dónde está «Proye»? —preguntó Ricky, mirando a su alrededor—. A lo mejor ella nos dice si va a lanzarse pronto otro proyectil.

El perrito longaniza no estaba a la vista, pero en cuanto Randy le llamó con un silbido, el animal llegó inmediatamente desde una esquina de la casa.

—¿Qué te parece, «Proye»? —preguntó Randy—. ¿Habrá hoy lanzamiento?

«Proye» miró hacia el Cabo Cañaveral y movió la cola.

—Eso quiere decir que no —explicó Randy—. Lo siento.

—Bueno. Pues busquemos a «Lady Rhesus» —dijo Pete.

Volvieron a la casa para pedir a la señorita Mott que les indicara dónde estaba el naranjal. La señorita había pedido permiso a los dueños del naranjal para que los niños entrasen a buscar a la mona.

—¡Qué suerte! —exclamó Holly—. ¿Podremos comer naranjas, señorita Mott?

—Sólo las que encontréis caídas en el suelo —contestó, sonriendo, la artista.

Las mujeres se quedaron en casa, mientras los niños, acompañados por «Proye», buscaban a la monita.

Todos corrieron entre los árboles, que formaban hileras perfectas. Todos estaban cargados de fruta y algunas ramas se encontraban muy dobladas, a causa del peso de las naranjas.

—«Lady Rhesus», ¿dónde estás? —llamó Sharon, mirando entre las ramas cargadas de hojas, de los naranjos.

—¡Vuelve, por favor! —rogó Holly, a gritos.

Los niños buscaron mucho rato entre los árboles, pero no encontraron el menor rastro del animalito. Sue se detuvo bajo un árbol donde encontró una naranja madura que peló y se comió glotonamente.

—¡Humm! Es «eliciosa» —declaró la pequeña al acabar, apresurándose a coger otra fruta.

—No comas demasiadas —le advirtió Pam.



—Pero si están llenas de vitaminas, tonta. Mami lo ha dicho —declaró Sue.

Buscaron durante más de una hora hasta quedar cansados.

—Ya hemos recorrido todo el naranjal y «Lady Rhesus» no está por ninguna parte —dijo Pete.

De regreso a casa de la señorita Mott, Sue iba extrañamente silenciosa. Marchaba detrás de Pam con la cabeza inclinada y una expresión tristona.

—No hemos tenido suerte —explicó Pete—. «Lady Rhesus» no aparece por ninguna parte.

—Pero seguiremos buscando —declaró Holly—. Y encontraremos a «Lady». No se preocupe, señorita Mott.

—Gracias por vuestro interés. ¡Ojalá la hallemos pronto! —dijo la señorita Mott.

Luego, al darse cuenta de que la pequeña Sue permanecía a un lado, quieta y triste, le preguntó:

—¿Qué te ha pasado, querida?

Sue intentó sonreír, pero sólo consiguió torcer la boquita.

—¿No te encuentras bien? —preguntó tía Carol.

La niñita movió negativamente la cabeza, sacudiendo los negros rizos, mientras declaraba:

—Estoy buenísima. Pero he quedado llena de vitaminas.

Holly puso en claro las cosas, diciendo:

—Lo que pasa es que ha comido muchas naranjas.

—¡Cielo santo! ¿Cuántas han sido? —preguntó la madre.

Antes de que Sue pudiera hablar, Holly anunció:

—Yo llevo la cuenta, mamá. Han sido seis.

—No me extraña que tengas aspecto de enferma, hijita —dijo la señora Hollister, asiendo a la pequeña por una mano—. Entra y túmbate un poco, hasta que te sientas mejor.

—Llévela a mi habitación —ofreció en seguida la señorita Mott, entrando en la casa con la señora Hollister.

Al cabo de un rato la artista preguntó a los niños si tenían apetito. Cuando le dijeron que sí, ella anunció:

—Os tengo comida preparada, de modo que entrad todos.

Después de lavarse las manos, las tres señoras y todos los niños, menos Sue, se sentaron a la mesa donde ya habían sido colocados

platos con bocadillos y vasos de leche.

—¡Zambomba! ¡Qué apetitoso parece todo, señorita Mott! —exclamó Pete.

Mientras comían, la artista les explicó cosas sobre los alrededores de Cabo Cañaveral.

—Éste es el condado de Brevard —dijo—. Tiene una historia muy interesante.

—¿Y por qué a Cocoa le dieron ese nombre? —preguntó Pam—. ¿Es que había cocoteros por aquí?

—No. No es eso —repuso la señorita Mott—. La historia de eso es algo muy cómico.

La dueña de la casa contó a los niños que las primeras casas de Cocoa se habían construido en 1881. Por entonces el lugar se llamaba Ciudad del río Indio.

—Ese nombre me gusta —declaró Ricky.

—Pero era demasiado largo para imprimirlo en los sellos de correos. Por lo tanto, los jefes de correos decidieron que la ciudad cambiase de nombre. Por entonces llegó aquí un cargamento de botes de cacao. Alguien, al ver en uno de los cajones la palabra Cocoa, el nombre inglés del cacao, propuso: «¿Por qué no llamamos "Cocoa" a la ciudad?». Y eso fue lo que hicieron.

Los Hollister rieron mucho y Pete preguntó:

—¿Y cómo se dio el nombre que lleva a Cabo Cañaveral?

Cañaveral, explicó la señorita Mott, era una palabra española con que se denominan los campos de caña de azúcar.

—Al cabo, le dio este nombre Méndez, el primer gobernador español de Florida.

—Entonces, debe de haber mucha caña de azúcar por aquí —dijo Pam.

—Hubo mucha caña de azúcar, querida. En el poblado de Ays los indios cultivaban la caña de azúcar. Ellos fueron los primeros habitantes del cabo.

En aquel momento sonó una vocecilla desde la puerta del dormitorio de la señorita Mott. Era Sue que anunciaba:

—Mamita, el dolor de las vitaminas ya se ha ido. ¿Puedo comerme un bocadillo?

Todos se echaron a reír y Sue se apresuró a ocupar un lugar en

la mesa.

—Y hay algo que podréis contar a vuestros maestros cuando volváis a Shoreham —prosiguió la señorita Mott—. Ya se menciona el Cabo Cañaveral en mapas que datan del 1574. Y Ponce de León ya conoció esta tierra. La utilizaba como puerto de refugio en las épocas de tormenta.

Acababa Sue de beber la leche cuando llamaron a la puerta. La señorita Mott fue a abrir.

—¿Preguntas por los Hollister? —le oyeron contestar—. Sí. Están aquí. ¿Quieres entrar?

La puerta se abrió de par en par y por ella entró Marshall Holt.



—¡Marsh! —exclamó Randy, levantándose. Después de presentar

al chico a su madre y su tía, el niño preguntó—: ¿Cómo has sabido que estábamos aquí?

—Encontré al señor Jeep en la playa —repuso Marsh—. Él me dijo que estabais buscando una mona, de modo que fui en seguida a veros a casa de los Davis.

Tía Carol sonrió, al decir:

—Y allí has visto la nota que dejé en la puerta para que mi marido supiera que estábamos en casa de la señorita Mott.

—Sí. Y si sus niños están buscando un mono, sé que no está aquí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la señorita Mott—. ¿Es que tú sabes dónde está?

—Claro que lo sé.

—¿Dónde está? —preguntaron todos a coro.

—En el gran roble cubierto de enredaderas que está detrás de la casa de los Davis.

—¡Vamos ahora mismo a verlo! —exclamó Sharon, muy nerviosa.

Después de dar las gracias a Marsh por su descubrimiento, y a la señorita Mott por la apetitosa comida, los niños corrieron a la furgoneta y en compañía de tía Carol y la señora Hollister regresaron a casa.

—La telefonearemos si encontramos a «Lady», señorita Mott —prometió Pam.

Diez minutos más tarde todos los niños llegaban al pie del viejo árbol, y miraban las altas ramas, cubiertas de musgo.

—¡«Lady Rhesus», si estás ahí, baja en seguida! —ordenó Pam.

Pero no se oyó nada, ni se vio la menor huella del animalito.

—Yo treparé para buscarla —se ofreció Holly.

Tía Carol miró inmediatamente a su hermana, pero la señora Hollister sonrió, diciendo:

—No hay que preocuparse, Carol. Holly trepa a los árboles igual que un mono.

—Y como es pequeña puede meterse entre las ramas más espesas —añadió Pam, viendo que Pete y Ricky también se ofrecían a trepar.

Pete alzó en vilo a su hermanita para que ella alcanzase una de

las ramas bajas y Holly principió a ascender. A los pocos instantes se encontraba en las ramas más altas.

—¿No ves a «Lady Rhesus»? —preguntó Sharon.

—Todavía no —contestó Holly, que un momento después gritaba—: ¡Esperad! ¡Ya veo algo! ¡Creo que es «Lady Rhesus»!

Todos los que estaban abajo levantaron hasta lo increíble las cabezas, deseosos de traspasar con la vista el espeso ramaje que ocultaba a la niña.

—La monita saltará sobre tu hombro si tú la llamas —dijo tía Carol.

Y en aquel momento la vocecita de Holly exclamó:

—¡Ooh! ¡Qué broma más tonta!

—¿Qué pasa? —quiso saber Ricky.

—¡Ese malote de «Marshalmeja»! —contestó Holly—. Ha dejado aquí un trozo de piel para reírse de nosotros.

Entonces cayó algo al suelo. Era un viejo y apolillado cuello, hecho de piel de ardilla.

—Seguramente la madre de Marsh lo tiró a la basura —reflexionó Pam con disgusto—. ¿Por qué se empeñará Marsh en meterse tanto con nosotros? No será por lo del remojón en el agua.

—¡Ya bajo! —anunció Holly.

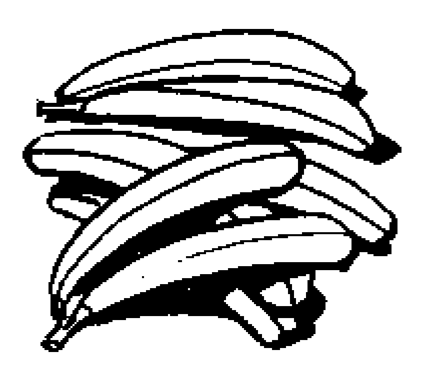
Todos la oyeron descender lenta y cuidadosamente, de rama en rama. De repente, la niña exclamó:

—¡Ay! ¡Me he enredado!

—¿Qué ocurre, hijita? —preguntó la señora Hollister.

—¡Mamá, he quedado atrapada con esta enredadera de una rama y no puedo soltarme!

HUELLAS DE UNOS PIES PEQUEÑOS



—¡Espera a que yo te ayude a bajar! —dijo Pete.

—Yo te ayudaré —se ofreció Sharon a su primo.

Los dos primos subieron a la rama más baja del roble.

—Desde aquí ya veo a Holly —anunció Pete a los que esperaban abajo.

Pronto estuvo en la rama inmediata a la de Holly. Era fácil comprender lo que había ocurrido. Una enorme enredadera había caído sobre la cabeza de la niña, quien, en su deseo de desprenderse de aquello a toda prisa, lo había sacudido con ambos brazos, los cuales le quedaron trabados por el largo tallo. Pete indicó a Sharon cómo debía trepar a un lado de Holly, mientras él iba a situarse al otro costado.

—Tú quita la enredadera, mientras yo sujeto a Holly —siguió diciendo Pete a Sharon.

—Muchas gracias —dijo Holly, no sabiendo si decidirse por llorar o reír.

En seguida bajó del árbol, seguida por sus salvadores. Ya en el suelo, la niña dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Ay, cuando vuelva a ver a ese «Marshalmeja»! —exclamó, apretando los labios.

—Yo creo que debéis manteneros apartados de él —aconsejó tía

Carol que en seguida propuso—: Entrad en casa. Seguramente un vaso de refresco os sentará bien.

Poco después de que los niños acabasen la bebida llegó tío Walt en el «Insecto». Sharon le contó en seguida todas las aventuras de aquel día y luego preguntó:

—¿Tienes alguna buena noticia de «Thuzzy»?

El tío Walt movió negativamente la cabeza. Todavía no se tenía el menor indicio de las causas de la explosión.

—Se ha intensificado la búsqueda de los restos —añadió—. Casi no hay una persona en el Condado de Brevard que no ande buscando residuos del proyectil.

—Pues nosotros tampoco nos hemos dado por vencidos —declaró resueltamente Pete.

—¡Tengo una idea! —exclamó Randy—. Mañana podemos salir a hacer una doble caza. Buscaremos pistas de la mona y del proyectil y nos servirá de juego.

El morenito Randy opinó que Pete, Ricky y Holly podían volver a buscar en la playa, con sus equipos de buceadores, mientras Sharon, Pam, Sue y él seguían buscando a «Lady Rhesus».

—Nosotros ganaremos —aseguró Sue.

—¡Nada de eso! Ganaremos nosotros —repuso Ricky, sonriendo.

Después de la cena sonó el teléfono. Era el señor Jeep que llamaba a Pete.

—Buenas noches —saludó el chico—. ¿Hay noticias de la mona?

—Muy buenas noticias —fue la respuesta.

Ya continuación el señor Jeep informó de que en la playa de Cocoa había sido vista una mona, cerca del lugar en donde él había encontrado a los muchachos.

—No puedo saber con seguridad si será o no la mona de la señorita Mott, pero puede que convenga buscar en la playa por esa zona.

Pete dio las gracias al señor Jeep y colgó.

—Va a ser divertidísimo, Randy —dijo, muy nervioso—. Todos iremos mañana a la playa y haremos la doble búsqueda allí. La mitad de nosotros para buscar los restos del proyectil, y la otra mitad a la mona.

Provistos de tres equipos de buceador, a la mañana siguiente, los

niños subieron a la furgoneta y tía Carol les llevó a la playa de Cocoa, prometiendo ir a buscarles más tarde.



—Ricky, Holly, yo quisiera seguir buscando en el agua —dijo Pete—, mientras los otros buscan a «Lady Rhesus».

—Y a la mona, ¿cómo la hallaremos? —preguntó Randy.

—Buscando huellas de pies —repuso Pam.

Los hermanos Hollister habían jugado a los «detectives» ya muchas veces. Buscar huellas de pisadas era una de las primeras cosas que un buen detective hacía cuando intentaba localizar a un animal o una persona.

—Tengo otra idea —dijo Randy.

—¿Qué idea? —preguntó Pete.

Los ojos traviesos de Randy brillaron mientras el niño contestaba:

—Os lo diré luego, cuando vuelva.

—¿Adónde vas? —preguntó su hermana.

Randy señaló un gran motel y restaurante situado a varios centenares de metros de donde ellos se encontraban.

—Esperad aquí y veréis —repuso el pequeño, echando a correr para desaparecer detrás de una duna.

Mientras tanto, los jóvenes buceadores se pusieron su equipo y avanzaron hasta la orilla del agua. Muy poco después, Pete, Ricky y Holly respiraban a través de los tubos de goma, mientras buscaban con interés en el fondo arenoso.

Pam, Sharon y Sue aguardaron el regreso de Randy. Cinco minutos después vieron aparecer sobre la duna la cabecita del niño que corría hacia ellas, con una bolsa de papel oscuro en la mano.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Sharon a su hermano, que llegaba sin aliento.

Cuando su primo abrió la bolsa, Sue exclamó:

—¡Plátanos! ¿Vamos a comérnoslos?

—¡Nada de eso! —replicó gravemente Randy—. ¿Cómo va a encontrar un detective a un mono si no lleva plátanos con que atraerle?

—Muy buena idea, Randy —aplaudió Sharon—. Vamos. Hay que empezar a buscar huellas de pies de mono.

Los cuatro anduvieron lentamente hasta que Sue gritó:

—¡Mirad! ¡Mirad!

Una larga hilera de huellas diminutas les llevó hasta un grupo de fúlicas que avanzaban entre la espuma dejada por las olas.

—¡Tonta! Eso no son monos —dijo Randy.

Sue rió, divertida, y se volvió a contemplar a tres pelícanos de aspecto tristón que se posaban en las crestas de las olas.

—¿Están haciendo un juego? —preguntó la pequeñita.

—No. Buscan peces —respondió Sharon.

En aquel momento uno de los pelícanos desapareció entre las olas, para quedar a la vista un momento más tarde, con un pececillo plateado retorciéndose en su pico. Al instante el pez fue a parar al gaznate del pelícano.

—¡Pobre pececín! —se compadeció Sue, mientras proseguían la búsqueda de la mona.

Los niños caminaron de un lado a otro de la amplia extensión arenosa, con la vista fija en el suelo.

—No creo que a ningún mono le guste estar cerca de la orilla —opinó Sharon—. Vamos a mirar allí, por aquella cabaña que hay entre los árboles.

—Hay que ir con cuidado —dijo Randy—. Allí es donde vive Alec Ferguson. A ese hombre no le gustan los niños.

—No nos acercaremos a la casa —repuso Pam—. Sólo miraremos entre esas palmeras.

—Supongo que así quedaremos bastante lejos —murmuró

Randy, preocupado—. Ni quiero que ese pescador de cangrejos nos pesque a nosotros.

Los niños se aproximaron para mirar hacia las ramas más altas de las palmeras.

—¡Escuchad! ¿Qué es eso? —preguntó Pam.

—Es sólo el viento que sopla entre las hojas —repuso Sharon.

Y Randy añadió:

—Si «Lady Rhesus» estuviera allí, bajaría a buscar los plátanos, ¿no os parece?

El niño levantó a la altura de su cabeza la bolsa de los plátanos, bien abierta, mientras decía:

—¡«Lady Rhesus», ven que aquí tienes comida!

Pero la mona no dio muestras de vida y Randy suspiró.

—Vámonos —dijo, malhumorado.

Al volverse rápidamente, el chico tropezó con un madero que había estado oculto por la arena.

—¡Ayyy!

Randy fue a parar al suelo y cayó sobre la bolsa de plátanos.

¡PLASSS!



Randy se puso en pie y, con aire tristón, abrió la bolsa de papel. Los plátanos se habían despanchurrado y formaban una masa de aspecto lamentable.

—Ya no me parece una comida muy apetitosa para «Lady» —declaró su hermana.

—Tienes razón. ¿Y qué haremos ahora con esto?

Pam propuso enterrar la bolsa en la arena, para no ensuciar la playa.

Randy se inclinó y empezó a cavar un hoyo. De repente se detuvo, señalando algo.

—¡Mirad! ¡Mirad!

A muy poca distancia de él se veían dos huellas de pies muy

pequeños.

—¡Oooh! ¡Qué descubrimiento has hecho, Randy! —exclamó Pam.

Todos se echaron al suelo, apoyándose en manos y rodillas, para examinar las minúsculas pisadas. El viento las había cubierto de arena, hasta casi hacerlas desaparecer.

—¡Estamos sobre la pista! —declaró Sharon, con aires de detective—. Hay que buscar más pisadas.

Todavía a cuatro pies, Sharon, Pam y Sue continuaron buscando, mientras Randy enterraba los plátanos. En cuanto acabó, fue a unirse a las niñas.

Sharon hizo, entonces, otro descubrimiento. Un nuevo par de pisadas. Pam estudió la distancia que separaba los dos pares de pisadas.

—La mona iba corriendo —calculó la niña—, y se dirigía a la cabaña.

Llena de admiración hacia su prima, Sharon declaró:

—Eres muy buena detective, Pam. Vamos a ver hasta dónde llegan las pisadas.

—Estamos demasiado cerca de la cabaña —advirtió, inquieto, Randy, mirando hacia la puerta de la vieja cabaña.

Pero el malhumorado pescador no se veía por parte alguna.

—No puedo encontrar más pisadas —declaró Sharon.

—Ni yo —añadió Pam, muy extrañada.

—¿Adónde se habrá ido «Lady»? —preguntó Sue.

Sharon declaró:

—La mona no puede haber desaparecido.

Antes de que los niños tuvieran tiempo de hacer más reflexiones, oyeron retumbar en el interior de la cabaña una extraña voz.

—¡Huy, huy! —exclamó Sue—. ¡Vámonos corriendo!

La niñita emprendió la carrera y los otros se vieron forzados a seguirla. Sue corría hacia la playa y no se detuvo hasta hallarse a mucha distancia de la casucha.

—¡Qué lástima! ¡Con lo que me habría gustado seguir esa pista!… —se quejó Pam—. ¡Era una pista tan buena!…

—¿Por qué no se lo decimos a Pete? —propuso Sharon—. A lo mejor, si vamos todos…

—Por allí viene Pete —anunció Randy, mirando a la orilla del agua.

Cuando Pete, seguido de Ricky y Holly, estuvo más cerca, Pam pudo oírle cómo decía a gritos:

—¡Mirad! ¡Mirad lo que he encontrado!

—¿Qué es?

—Un tesoro —aseguró Holly.

Pete llevaba en la mano una pieza de metal plateado.

—¡Yo creo que es una pieza del proyectil que se quemó! —declaró el chico, sin poder contener su entusiasmo.

UNA VOZ MISTERIOSA



El «tesoro» que Pete sostenía en su mano era de la medida de un plato de sopa. Su color era de un blanco grisáceo y sus bordes estaban dentados.

—¡Es maravilloso! —declaró Pam—. ¿Dónde lo habéis encontrado?

Pete dijo que el pedazo de metal se encontraba enterrado en la arena, bajo el agua, y que sólo un pequeño borde quedaba a la vista.

—Parecía una concha. Casi paso de largo.

—Puede que sea un gran descubrimiento —declaró Randy, orgulloso—. Vamos a llevárselo en seguida a papá.

—¡Esperad! Nosotros también tenemos noticias —dijo Sharon, apoyando una mano en el hombro de Pete.

Ya continuación habló a todos de las pequeñas huellas de mono que habían visto y de la voz misteriosa que oyeron sonar en la cabaña del pescador.

—Entonces, ¿creéis que ha sido la mona quien ha dejado esas huellas? ¡Canastos! —gritó Ricky.

Pete estaba indeciso, no sabiendo si sería mejor ir inmediatamente a telefonear a su tío, o examinar las huellas

encontradas. Al fin decidió:

—Ya que estamos aquí, enseñadnos antes esas huellas.

—Ya veréis —murmuró Sharon, unos momentos más tarde—. Esas huellas pequeñitas están por aquí.

—No las veo —anunció Holly, después de buscar con interés.

—Ni yo —concordó Ricky, poniéndose a cuatro pies, para buscar mejor.

También Pam se arrodilló en la arena, buscando las pisadas. Un momento después la niña anunciaba tristemente:

—Ya no están.

—¿Cómo habrá pasado esto? —preguntó Randy—. Si hace un momento estaban aquí…

Pete frunció el ceño. No podía comprender aquello. Miró en todas direcciones, diciendo:

—Puede que Alec Ferguson os haya visto aquí y haya salido a borrar las huellas, mientras vosotros os alejabais.

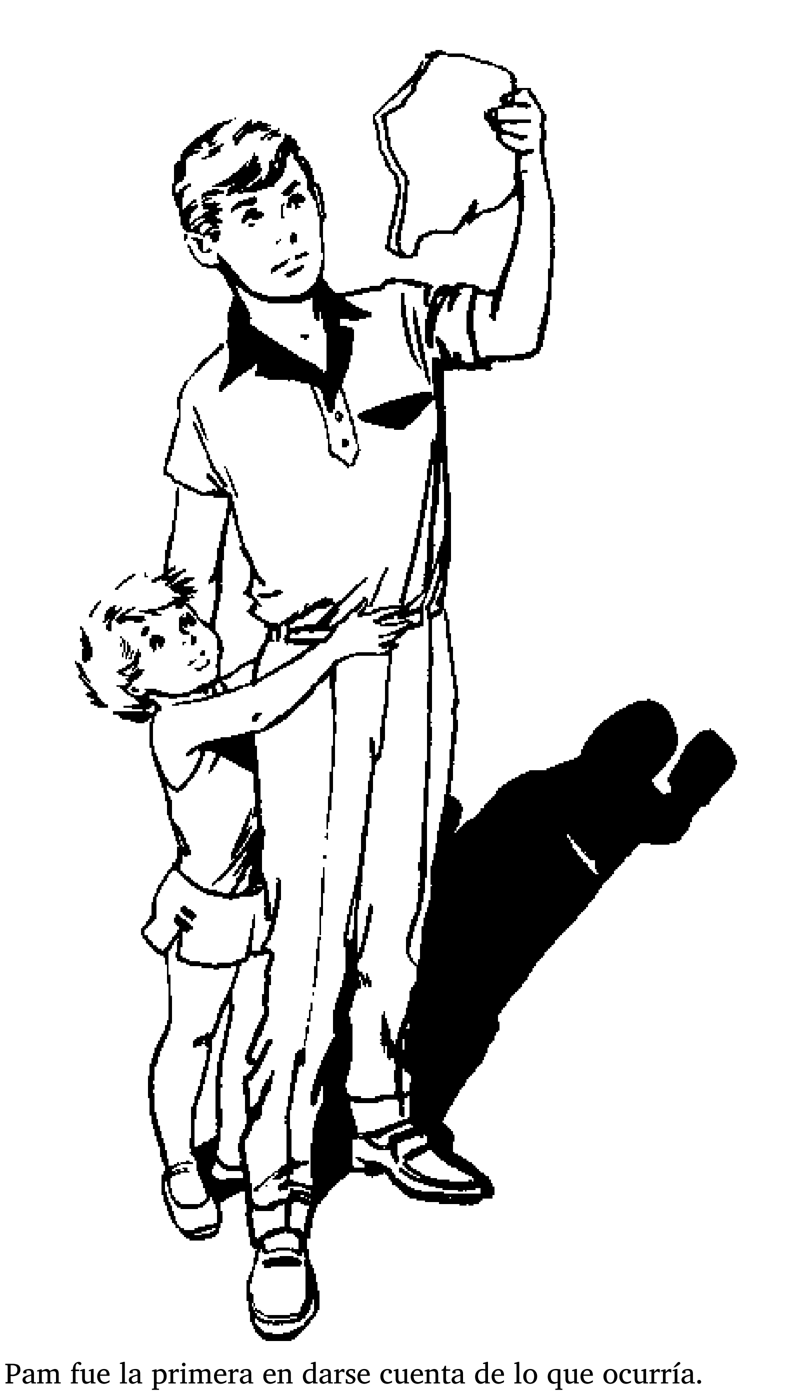
—¿Como una de esas personas malas que quisieran hacer desaparecer todas las pruebas? —preguntó Sharon.

—Eso es. ¿Quién iba a hacerlo, si no?

—A lo mejor lo ha hecho «Marshalmeja» —sugirió Holly—. No sabemos si nos estaría vigilando.

—Es verdad —concordó Pam—. ¿Veis esto? Parece que alguien ha estado aplastando la arena con los pies.

Mientras los mayores hacían comentarios, deseosos de resolver el misterio, Sue fue acercándose a la cabaña. Sin que los demás la vieran, la pequeñita se acercó de puntillas a una de las ventanas bajas, con la esperanza de ver dentro a «Lady Rhesus».



Pam fue la primera en darse cuenta de lo que ocurría.

—¡Oh! ¡Mirad dónde está Sue!

En aquel mismo momento la morenita Sue se separó de la

ventana y corrió desesperadamente a reunirse con los demás niños. Tropezó y cayó al suelo, pero volvió a levantarse sin pérdida de tiempo.

—¡Huy! ¡Todo es misterioso! —dijo sin aliento—. ¡Hay una cosa que da saltos! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto!

—¿Qué era? —preguntó Pete.

—Era la sombra de un mono.

¿Sería todo imaginaciones de Sue? ¿O sería cierto que la monita estaba dentro de la cabaña, saltando de un lado a otro?

—Lo mejor será que vayamos todos a ver —propuso Pete.

—Pero ¿no te acuerdas de Alec Ferguson? —dijo Randy, asustado—. ¡Yo no quiero ver otra vez a ese hombre malo!

—Hay que arriesgarse —declaró gravemente Pete—. No podemos desperdiciar una pista tan buena.

Pete hizo situar a los demás en puestos estratégicos, para que pudieran servir de vigilantes, sin quedar cerca de la cabaña. Luego él volvió hacia la playa para esconder la preciosa pieza de metal entre unas plantas. Al volver habló con Pam, a media voz:

—Voy a acercarme y miraré por la ventana. Tú grita si alguien abre la puerta o viene hacia la cabaña.

—Muy bien. Pero date prisa.

Pete avanzó con sigilo hacia la casucha. De repente dio un salto y quedó acurrucado tras unos matorrales. Esperó un rato y como no se oía nada se arrastró unos pasos hasta la ventana y fue levantándose lentamente, hasta que sus ojos quedaron a la altura del repecho de la ventana.



Los ojos del chico inspeccionaron el sombrío interior de la cabaña. Todo lo que pudo ver fue un catre, una mesa vieja, dos sillas desvencijadas y una lámpara con la pantalla rota. En el suelo había una alfombra deshilachada y varios periódicos. Pero no se advertía el menor signo de personas o animales.

Podían haber sido imaginaciones de Sue. Apenas acababa Pete de hacerse esa reflexión cuando oyó una voz sonora.

—¿Qué? ¿Tiro este pájaro?

A Pete empezó a latirle con fuerza el corazón. Debía de haber un empleado de la base de proyectiles en la cabaña del pescador. Pero ¿dónde? Pete se preguntó si debía marcharse o quedarse a oír más.

—¿Quién hay ahí? —preguntó la voz profunda.

Pete retrocedió inmediatamente, muy apurado, y en seguida echó a correr, al mismo tiempo que hacía señas a los demás para que se alejasen de allí. Cuando estuvieron lejos de la cabaña, Pam preguntó sin aliento:

—¿Qué has visto, Pete?

—No he visto a nadie. Pero había una persona. Algún empleado de la base de proyectiles. Le he oído hablar.

—A lo mejor Alec Ferguson comparte su casa con alguno de los hombres de Cabo Cañaveral —dijo Sharon—. He oído decir a mamá que es difícil encontrar apartamentos para alquilar.

—No creo que un empleado de la base viva en esa cabaña tan vieja —declaró Pete.

—¿Qué le ha pasado a «Lady Rhesus»? —se interesó Sue—. ¿La has visto?

—No —repuso Pete—. Debe haberte parecido a ti que era la mona, pero no creo que lo fuese.

Sue se sintió muy ofendida al ver que nadie la creía y valerosamente se tragó las lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

—Pues yo «sabo» que «Lady Rhesus» está allí —afirmó—. Y el hombre de la base la meterá en un cohete y la mandará a la luna.

Mientras Pam abrazaba a la pequeña, deseosa de consolarla, Pete se encaminó a los matorrales en donde había escondido la pieza metálica. Muy nervioso, el muchachito fue apartando el verde ramaje, pero todo resultó inútil.

—¡No está! —gritó—. ¡Se lo han llevado!

Pete miró a un extremo y otro de la playa. A lo lejos vieron un chico que corría.

—¡Ése es quien lo ha atrapado!

—¡Parece Marsh! —dijo Randy.

—¡No hay que dejarle escapar! —gritó Pam, echando a correr

tras el chico.

Impulsado por los deseos de recobrar aquella importantísima pista, Pete corrió por la arena tan veloz como un antílope. Pronto pudo ver claramente que el chico que corría delante era Marshall Holt.

—¡Párate! ¡Devuélveme eso! —ordenó Pete a gritos.

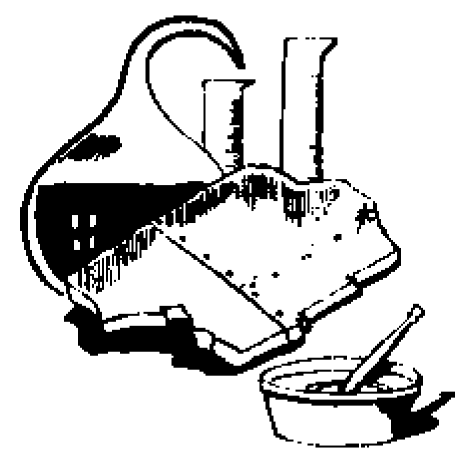
Marsh volvió un momento la cabeza y en seguida reanudó la carrera, a más velocidad. Un momento después se desviaba de la playa y embocaba un sendero arenoso.

A poca distancia pudo ver Pete una bicicleta apoyada en el tronco de una palmera. Marshal saltó al sillín. Pete estaba a sólo unos palmos del chico.

—¡He dicho que te detengas! —gritó Pete, mientras Marsh empezaba a pedalear.

Sin saber cómo detenerle, Pete se lanzó de un salto hacia la rueda trasera. ¡Por sólo unos centímetros de distancia no alcanzó la bicicleta, y cayó de bruces en el camino!

FELICITACIONES PARA PETE



Tras ponerse en pie a toda prisa, Pete volvió a correr detrás de Marshall que pedaleaba furiosamente, descendiendo por el sendero arenoso. El chico llevaba el manillar con una sola mano, pues con la otra sostenía la pieza de metal.

De pronto la rueda delantera de la bicicleta se hundió en un hoyo lleno de arena y la máquina quedó inmóvil, lo que hizo saltar a Marsh por encima del manillar. Con gran estrépito, el chico cayó al suelo, donde quedó tendido de costado.

—¡Ahora podremos atraparle! —gritó Ricky con entusiasmo.

El pecoso corría detrás de Pete, seguido de cerca por los demás niños. Un momento después todos rodeaban al caído, que se levantó lentamente, cogiéndose con la mano izquierda el brazo derecho. Y Pete se inclinó a recoger la pieza metálica que había quedado junto a la bicicleta.

—¡Ya te tenemos! —gritó Randy, triunfante.

Al notar que Marsh hacía muecas de dolor, Sharon preguntó:

—¿Te has hecho daño?

El chico movió afirmativamente la cabeza, mientras decía:

—Me he golpeado sobre una piedra puntiaguda.

Pam vio que Marsh tenía el codo desollado y algo inflamado y dijo amablemente:

—Deja que te ayudemos.

—Lo que habría que hacer es darle un puñetazo —protestó Ricky.

—¡Chist! —reprendió Pam—. Si se ha hecho daño, debemos ayudarle. Pete, ¿tienes un pañuelo limpio?

—Sí —contestó su hermano, sacando del bolsillo un pañuelo limpio y planchado.

Pam lo tomó y vendó con él el codo herido de Marsh, que viéndose tratado tan amablemente se sintió algo aturdido.

—Muchas gracias —dijo.

—Yo sigo pensando que se necesita mucha frescura para querer quitarnos esto —declaró Pete.

—Yo sólo quería ayudaros —replicó Marsh, tímidamente.

—¿Llamas ayudar a estar espiándonos? —gruñó Ricky.

Marsh agachó la cabeza y confesó que, efectivamente, había estado observando a los niños y vio cuando Pam descubrió las huellas de la mona.

—Creí que borrar las huellas era una manera de vengarme.

—Si vuelves a hacernos más jugarretas, lo lamentarás —advirtió Pete—. Holly estuvo a punto de herirse cuando trepó al roble, buscando a «Lady Rhesus».

—Lo siento mucho —afirmó Marsh, que parecía hablar sinceramente—. Creí que sería Pete, y no Holly, quien subiría.

—¿Y cómo pensabas ayudarnos, llevándote la pieza de metal? —preguntó Sharon.



Marsh explicó que deseaba ser ayudante de los hombres que trabajaban en los proyectiles.

—Espero llegar a ser un astronauta.

—Pues ésa no es manera de hacerlo —reprendió suavemente Pam.

Luego, la amable niña levantó del suelo la bicicleta y Pete la sostuvo mientras Marsh subía al sillín.

—Hasta la vista —dijo Marsh, muy avergonzado.

Pam estuvo mirando al chico hasta que desapareció en la carretera principal.

—Yo creo que Marsh está arrepentido de verdad —dijo.

—No estoy tan seguro yo —repuso Pete, moviendo la cabeza—. Tendrá que demostrarme que es sincero.

Los niños se encaminaron al motel más próximo y desde allí Pete telefoneó a su tía. Después que el muchachito le habló de su descubrimiento, la tía dijo:

—Buen trabajo. Pete. Voy a llamar a tu tío. Seguramente irá en seguida a recoger esa pieza de metal para llevarla al laboratorio. Pero no cabréis todos en el «Insecto». Esperadme donde estáis que yo iré también.

Tía Carol, en la furgoneta, y tío Walt, en el «Insecto», llegaron casi al mismo tiempo.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Pete a su tío, tendiéndole la pieza de metal—. ¿Puede ser importante?

Tío Walt dio vueltas a la pieza en sus manos, estudiándola con suma atención.

—Pete, no cabe duda de que esto es una pieza del viejo «Thuzzy». ¡Puede que con esto resolvamos el misterio de por qué se incendió! Llevaremos la pieza al laboratorio.

Al oír a todos los niños pedir que tío Walt les dejase ir con él, tía Carol dijo:

—Los más pequeños vendréis conmigo.

Holly, Sue y Ricky obedecieron sin protestar.

Pete, Pam, Sharon y Randy entraron en el «Insecto». Diciendo adiós a los demás, se encaminaron al sur, en dirección a la Base Aérea Patrick.

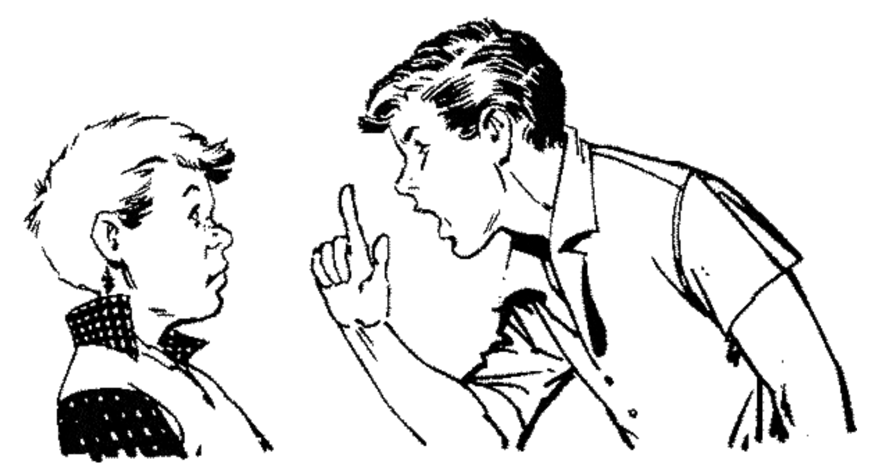
La carretera avanzaba bordeando el océano que se encontraba a la izquierda. A la derecha había grupitos de casas y detrás de ellas podía verse brillar, de vez en cuando, el agua del río Banana. Diez minutos más tarde empezaron a aparecer los edificios de la base.

—¡Zambomba! ¡No creí que esto fuese tan grande! —exclamó Pete.

Barracas bajas y altos edificios ocupaban una amplia extensión, y tras todo esto, a lo lejos, se elevaban los hangares de un aeropuerto.

—Es como una ciudad de verdad —comentó Randy, mientras su padre conducía a través de las puertas, penetrando en los terrenos del puesto militar.

Se detuvieron junto al bordillo, ante un gran edificio blanco.



—Quedaos aquí hasta que yo vuelva —dijo tío Walt—. No tardaré.

—Sí, papá —repuso Randy, yendo a colocarse en el asiento del conductor.

Tan pronto como el empleado de la base hubo desaparecido en el interior de los laboratorios, Randy se volvió a Pete, que se sentaba tras él, proponiendo:

—Vamos a jugar a las carreras de autos.

—Sí, Randy. Tú serás el conductor y yo tu mecánico.

Entusiasmado, Randy se agarró al volante.

—Que todo el mundo se sujete con fuerza y se imagine que estamos en la playa de Daytona, donde se celebran carreras de autos.

Pam y Sharon se hicieron guiños risueños, mientras Randy declaraba que él sabía ir tan de prisa como quería, mientras no hubiera coches que le cerrasen el paso.

—¡Raaamf! ¡Raaamf! ¡Raaamf! —decía el pequeño, procurando imitar el ruido de los coches de carreras. Al mismo tiempo se ladeaba a un costado y a otro, haciendo girar el volante a izquierda y derecha.

—¡Paso, paso! ¡Tengo que abrirme camino entre ese embotellamiento!

Randy estaba divirtiéndose tanto, que los demás rieron alegremente.

—¡Da más marcha, Randy! —aconsejó Pete, siguiendo el juego —. ¡A ver si pasas a ése que va delante de nosotros!

—No querrá quitarse del paso —rezongó Randy—. Voy a tocar la bocina.

El niño apoyó el dedo en el claxon, que resonó con fuerza sobresaltando a los que pasaban. Pero cuando Randy separó la mano, el ruido continuó. El pequeño se mostró preocupado.

—¡No deja de sonar! —se lamentó.

Pete se inclinó por encima del respaldo del asiento delantero y estuvo manipulando en el botón, pero no consiguió nada. Varias caras asomaron por las ventanas del laboratorio y la gente de la calle miró con fijeza al «Insecto».

Un grupo de hombres subía por la acera y Pete vio que en la

solapa llevaban una chapita de plástico donde se leía: «PRENSA». Seguramente eran reporteros. Uno de ellos corrió al coche y preguntó a Pete:

—¿Os ocurre algo?

—No podemos conseguir que deje de sonar la bocina.



—Yo os ayudaré —se ofreció el hombre—. Abrid la cerradura de la cubierta del motor.

Randy lo hizo en seguida, el hombre levantó la cubierta y desconectó unos hilos. La bocina dejó de sonar.

—Muchas gracias —dijo Pete.

—Me alegro de haber podido ayudaros —repuso, sonriendo—. Me llamo Willard, del «Globo» de Chicago.

—Nosotros somos los hermanos Hollister —dijo Pete, señalando a su hermana—. Y éstos son nuestros primos, Sharon y Randy Davis.

—Mi padre trabaja en los proyectiles —hizo saber orgullosamente, Randy.

—En ese caso, él sabrá arreglar la avería del claxon —dijo el señor Willard—. Hasta la vista, niños.

Mientras el hombre iba a unirse a los otros reporteros, Sharon dijo:

—¿Sabes una cosa, Pam? Creo que estos periodistas están aquí por un motivo especial.

—¿A qué te refieres?

Sharon se acercó más a Pam para decirle al oído:

—Seguramente va a ser lanzado un gran proyectil y estos hombres han venido para poder dar la noticia a sus periódicos.

Antes de que Pam hubiera podido contestar, tío Walt salió de los laboratorios y se acercó al coche, preguntando:

—¿Era nuestra bocina la que he oído sonar?

—Sí, papá —confesó Randy, avergonzado—. Creo que he roto algo.

—No te preocupes —contestó el padre, riendo—. Eso ha sucedido ya otra vez.

Cuando Pete dijo que el señor Willard había desconectado los hilos, tío Walt levantó la cubierta y manipuló unos minutos en las conexiones.

—Prueba ahora, Randy.

El pequeño oprimió la bocina.

—Bien… Ahora va bien —dijo el padre, yendo a ocupar su puesto ante el volante.

—Tío Walt, ¿qué les ha parecido esa pieza de metal? —preguntó Pete, mientras el motor se ponía en marcha.

—Tenemos que felicitarte, Pete —sonrió el tío, y añadió que los técnicos habían considerado la pieza metálica como una buena pista —. ¡Ahora podremos averiguar por qué se hizo pedazos el pobre «Thuzzy»!

—¡Qué suerte! —exclamó Randy.

Mientras el «Insecto» se alejaba de la base de las Fuerzas Aéreas y tomaba la carretera principal, Pam se inclinó hacia el asiento delantero para decir:

—Tío Walt, ¿va a lanzarse otro pájaro al espacio, esta noche?

En el primer momento el tío quedó asombrado, pero se echó a reír.

—¿Quién te lo ha dicho? Quiero decir que cómo se te ha ocurrido pensar eso, Pam.

—Como hay tantos periodistas… Sharon ha creído que sería por eso.

Tío Walt se limitó a sonreír y quedó silencioso durante varios minutos. Al fin murmuró:

—No puedo comunicaros los secretos oficiales. Pero ¿qué os parece si celebramos una fiesta en la playa esta noche?

UNA TRAVESURA



Sharon abrazó a su padre, diciendo:

—¡Gracias, papaíto! Son tan divertidas las cenas en la playa…

—Mamá ya está enterada —dijo tío Walt a su hija.

Sharon explicó a sus primos que en aquellas fiestas en la playa de Cabo Cañaveral se reunían cientos de personas. En cuanto se corría la voz de que iba a lanzarse un nuevo proyectil, las familias de los empleados de la base se reunían a orillas del mar para contemplar el resplandeciente espectáculo que surgía en el cielo.

—¿Será lanzado otro «Thuzzy» esta noche? —preguntó Pete, nerviosísimo.

—Puede ser.

Cuando los ocupantes del «Insecto» llegaron a casa, el resto de la familia se encontraba ocupada, preparando una cena fría. La mesa de la cocina estaba cargada de hamburguesas, panecillos, aperitivos y frutas que tía Carol iba colocando en una cesta de merienda. Holly ayudaba a su madre a poner las botellas de refresco en una nevera portátil, mientras Ricky doblaba una gran toalla de playa

que llevó a la furgoneta.

—Hemos pasado un día muy emocionante —dijo Pam, acercándose con paso cansado.

—Verdaderamente, la cabaña del señor Ferguson parece muy misteriosa —declaró tía Carol, mientras metía en la cesta un tarro de pepinillos y otros aperitivos en vinagre—. ¿Cómo podríamos averiguar si «Lady Rhesus» está dentro?

—¿Por qué no probáis el sistema de la aproximación directa? —propuso tío Walt.

—¿A qué te refieres, Walter? —preguntó su esposa.

—Podéis ir, llamar a la puerta y preguntar al hombre si ha encontrado la mona. Tal vez sea totalmente inocente.

—Un mayor sí puede ir a preguntar, pero los niños no —dijo Randy—. Al señor Ferguson no le gustan los niños.

—¿Y si vas tú a llamar a la puerta, papá? —insinuó Sharon.

—Lo siento, niños, pero yo no os acompañaré a la cena en la playa —dijo tío Walt, conteniendo la risa.

—¡Entonces es que vais a lanzar un proyectil! —advirtió Randy.

Su padre no replicó, pero la madre dijo:

—Vuestro padre se muestra siempre muy misterioso respecto a los proyectiles, ya lo sabéis.

—Son mis bebés y tengo que cuidar de ellos —repuso el empleado de la base.



Luego se despidió de todos, les deseó que se divirtieran y marchó en el «Insecto» a Cabo Cañaveral.

Ricky se sintió desilusionado al ver marchar a su tío, pero comprendió que el trabajo en la base era más importante que una cena en la playa. El pecoso se volvió a su madre, diciendo:

—Entonces, ¿quién llamará a la puerta de Alec Ferguson?

—Me ofrezco como voluntaria —repuso la señora Hollister.

—¡Oooh! ¡Mami no tiene miedo! —se asombró Sue—. Si la monita está dentro, mamá la encontrará.

Muy pronto estuvieron todos preparados. Después que los chicos hubieron llevado la cesta y demás utensilios a la parte trasera de la furgoneta, Sharon llamó:

—¡«Proye», «Proye»…! ¡Nos vamos a la playa!

Un morrito oscuro apareció entre unas flores y la graciosa perrita longaniza corrió en dirección a su dueña.

—No debes quedarte sola en casa cuando va a ser lanzado un proyectil. Además, tú nos avisarás antes de que nosotros oigamos la

explosión.

Había mucho movimiento por la playa y una larguísima hilera de coches avanzaba por la carretera que bordeaba el Atlántico.

Al aproximarse a la playa, Pam miró hacia Cabo Cañaveral. Los últimos rayos del sol arrancaban reflejos en las altas torres metálicas que, en la distancia, parecía altas torres petroleras.

—Son las grúas —informó Randy—. El cohete tiene varias plataformas.

—¡Pero qué «flacas» son! —declaró con asombro Holly.

—Te lo parece porque están a muchas millas de aquí —explicó tía Carol—. En realidad son muy altas y poderosas.

La tía siguió explicando a los Hollister que los proyectiles se situaban a más de treinta metros del suelo en el momento del lanzamiento.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Cómo me gustará verlos de cerca alguna vez!

Tía Carol repuso que lo sentía de verdad, pero que no se permitía a los niños entrar en los terrenos de lanzamiento, más que en casos muy especiales. Uno de estos casos ocurrió cuando se permitió la entrada a la familia de la reina holandesa para que vieran un proyectil muy de cerca.

—También se permite la entrada a los hijos del Presidente de los Estados Unidos.

Cuando los Hollister y sus primos llegaron a la playa, había muchos coches que penetraban incluso en la arena. Sharon orientó a su madre para que llevase a aparcar la furgoneta cerca de la cabaña de Alec Ferguson. Tía Carol detuvo el vehículo de manera que quedase de frente al agua e inmediatamente todos bajaron al suelo.

—Aquí hay un buen sitio para encender una hoguera —anunció Pete, señalando una hondonada en la arena.

Ricky y Randy marcharon en busca de ramitas y madera seca y pronto volvieron con los brazos llenos. Entre tanto, Pete y Pam extendieron la gran toalla y Pete sacó la comida y bebida de detrás del vehículo.

«Proye» parecía tan nerviosa como los niños. Meneaba el rabo y corría en círculo, levantando con las patas rociadas de arena.

La alegría y la emoción reinaban en toda la playa, donde otras familias estaban preparando su cena.

—Esta noche el lanzamiento será muy importante. Seguramente enviarán otro «Thuzzy» al espacio —reflexionó Sharon.

A medida que las sombras de la noche iban envolviendo la playa, brillaban nuevas hogueras que daban a la extensión arenosa un alegre y festivo aspecto.

—Tal vez debamos visitar a Alec Ferguson antes de que sea más tarde —decidió la señora Hollister.

—Buena idea —concordó su hermana—. Randy, tú y Ricky podéis cuidar la hoguera, mientras los demás vamos a hablar con ese pescador.

—Sí, mamá.

Las dos señoras, seguidas de sus hijos, avanzaron entre dunas, camino de la cabaña. Sin dudar, la señora Hollister llamó a la puerta, que se abrió al cabo de un momento, con un crujido. Pete vio asomar la cara del pescador de cangrejos que preguntó, malhumorado:

—¿Qué quiere?

—Soy la señora Hollister. Una amiga nuestra ha perdido una monita y, como vimos huellas del animal en la arena, hemos pensado que tal vez se habría refugiado en su casa.

Aún no había tenido Ferguson tiempo de responder cuando otra voz preguntó, desde dentro:

—¿Qué es lo que quiere esa gente?



El pescador cerró la puerta un momento y cuando volvió a abrir fue únicamente para anunciar entre gruñidos:

—Aquí no tenemos ninguna mona.

Y sin más explicaciones, cerró de un portazo.

—¡Qué hombre tan mal educado! —se quejó Pam, mientras regresaban al lugar en que tenían dispuesta la cena.

—Al menos sabemos que no tiene a «Lady Rhesus». Pero podía haber contestado con mejores modos —comentó la señora Hollister.

Mientras caminaban juntos, Pete dijo a Pam:

—Yo creo que el señor Ferguson no ha dicho la verdad… ¡Mira! ¡Ahí llega el señor Jeep!

El amable ex policía conducía lentamente entre la aglomeración de familias reunidas en la playa. Al ver a los Hollister y a los Davis se detuvo y les saludó alegremente con la mano.

—¡Hola, señor Jeep! ¡Nos gustaría presentarle a mamá y a nuestra tía Carol! —dijo Pete.

—¿Cómo están ustedes? —preguntó el hombre a las dos señoras. Y con un guiño a los niños, añadió—: ¿Cómo siguen los jóvenes detectives?

—Hechos un lío —confesó Pete—. A lo mejor usted puede ayudarnos.

—Si puedo, lo haré con gusto.

—¿Alec Ferguson vive solo?

—Que yo sepa, sí.

—Pues hay alguien con él en la cabaña.

—Puede ser algún amigo —repuso el señor Jeep, encogiéndose de hombros—. Bueno, tengo que irme. Esta noche voy a tener mucho trabajo. Que se diviertan y encuentren a la mona.

Cuando los otros regresaron, Ricky y Randy tenían una llameante hoguera y «Proye» estaba olfateando las bolsas de las hamburguesas.

—Tienes que esperar, «Proye» —dijo Sharon—. Cenaremos más tarde.

La perrita ladró sonoramente antes de alejarse corriendo.

—¿No se perderá? —preguntó Pam, preocupada.

—No —contestó Sharon, riendo—. A «Proye» le gusta corretear por la playa. Ya verás como vuelve.

Tía Carol dio a cada niño parrillas individuales, con largos mangos de alambre. Luego la señora Hollister colocó la conveniente ración de hamburguesas en cada parrilla y los niños las acercaron a las brasas. Pronto el aire se llenó del apetitoso aroma que despedían las parrillas. El rumor de las olas y el chisporroteo de las hogueras se unía a la alegría de aquella cena en la playa.

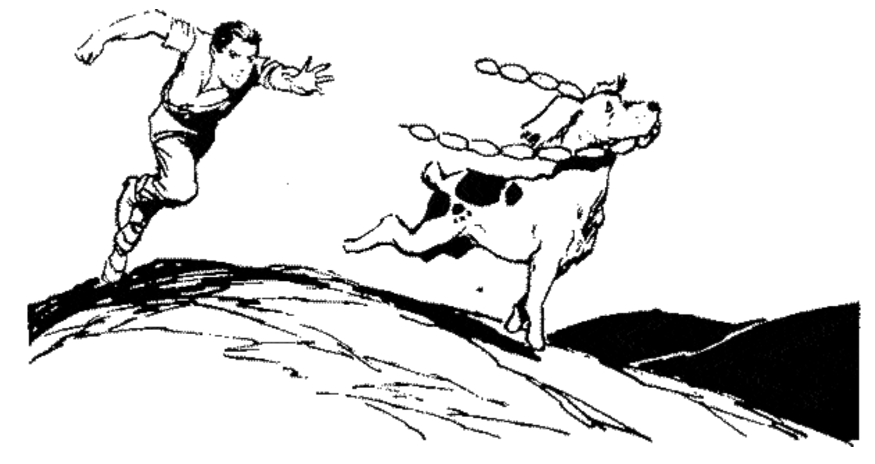
—¡Esto es divertidísimo! —afirmó Pam, mientras colocaba las hamburguesas entre las dos mitades de un panecillo.

—¿Qué quieres, Ricky? —preguntó tía Carol—. ¿Salsa de tomate, vinagreta o mostaza?

—De todo, gracias —repuso el pecoso, sirviéndose una buena cantidad de cada cosa.

Sharon, entre tanto, fue sirviendo refresco en los largos vasos de cartulina que iba entregando a cada uno de los reunidos. Mientras cenaban se hizo totalmente de noche. Las hogueras resultaban más brillantes sobre la arena cubierta por las sombras.

—Ahora, una sorpresa —anunció tía Carol—. ¡Para postre, pastel y helado!



Abrió una bolsa de papel encerado que contenía una gran cantidad de mantecado y fue sirviendo porciones en platitos de cartulina. Estaba la familia acabando el postre cuando «Proye» llegó junto a la hoguera. En la boca llevaba un paquete pequeño.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó tía Carol.

—¡Es un paquete de salchichas! —anunció Pam.

—¡«Proye», has sido muy traviesa! —reprendió Sharon—. ¿De

dónde las has sacado?

La perrita dio media vuelta, sacudiendo la cabeza.

—¡Suelta ese paquete! —ordenó severamente Randy, corriendo hacia el animal.

Pero, en lugar de obedecer, «Proye» empezó a correr en círculo. Al fin, Sharon dio a la perra un trocito de hamburguesa y «Proye» soltó el paquete de salchichas para saborear el regalo de su ama.

Randy tomó el paquete y vio que, por suerte, los dientes de la perra no habían roto el envoltorio. Con un suspiró, la señora Hollister comentó:

—Si no encontramos a los dueños de estas salchichas, habrá alguna familia que se quede sin parte de la cena.

—Yo procuraré encontrar a esas personas —se ofreció Pam, levantándose.

—Yo la acompañaré —dijo Pete.

Los dos hermanos echaron a andar por la playa, en la dirección por donde había llegado «Proye». Se detenían ante cada grupo de comensales para preguntar si habían perdido el paquete de salchichas. Todos fueron contestando negativamente.

Por fin llegaron ante un grupo de tres personas que rodeaban una moribunda hoguera. Al aproximarse, Pam ahogó una exclamación de asombro.

—¡Mira, Pete, ahí está Marsh Holt!

—Entonces ésos deben de ser sus padres —opinó Pete.

Cuando estuvieron junto a la hoguera, Pete dijo:

—Hola, Marsh. El perro de los Davis ha cogido a alguien estas salchichas. ¿Son vuestras?

—Sí, sí —replicó el chico, tomando el paquete—. Muchas gracias.

Un poco aturdido, Marsh presentó a Pete y Pam a sus padres, un matrimonio muy amable.

—Me alegra conoceros —dijo la señora Holt que, después de una pausa, añadió—: Me gustaría que os hicieseis buenos amigos de Marsh.

—Creo que no empezamos bien, ¿verdad Marsh? —repuso Pete, con una afable sonrisa.

—Siento mucho haberos hecho tantas jugarretas —repuso

Marsh.

Luego, el chico tomó las salchichas, las ensartó en un largo espetón de metal y las colocó a poca distancia de las brasas.

—Marshall nos ha contado que todos vosotros sois una familia de detectives —dijo, sonriendo, la madre de Marsh.

Pete y Pam contestaron que les gustaba resolver misterios, y Pam añadió:

—Es muy divertido ayudar a los demás.

—Me gustaría ayudaros a solucionar misterios —dijo Marsh—. ¿Podré hacerlo?

—Desde luego —repuso Pete—. Ahora nos vamos. Ya volveremos más tarde.

Los dos hermanos se alejaron corriendo.

—¿Verdad que Marsh está cambiando? —comentó Pam.

—Sí. Después de todo, no es mal chico. Puede que acabe siendo un buen amigo.

—Pete, no puedo dejar de pensar en «Lady Rhesus» —dijo Pam, preocupada—. Si está en la cabaña del señor Ferguson, estará a salvo. Pero ¿y si se le ha ocurrido irse a la base y esconderse cerca del lugar de lanzamiento? Puede estar en un gran peligro.

—¡Zambomba! ¡Dios quiera que te equivoques!

Al volver con el resto de la familia, Pam dijo:

—¿A que no sabéis quiénes eran los dueños de las salchichas?

Luego contó a todos lo amables que se habían mostrado Marsh y sus padres.

De repente, «Proye», que había estado descansando en brazos de Sharon, empezó a aullar y a estremecerse.

—¡Proyectil! ¡Proyectil! —gritaron los niños a coro.

Al momento toda la gente de la playa imitó los gritos de los niños y a la altura de Cabo Cañaveral el cielo se iluminó.

—¡Allí va «Thuzzy»! —exclamó Randy, dando saltos de entusiasmo.

—¡Es igual que un millón de fiestas del catorce de julio! —declaró Ricky.

El cohete se elevó en la noche, en medio de un gran penacho de humo y de llamaradas color naranja.

Todos los que se encontraba en la playa se pusieron en pie

aplaudiendo, mientras el cohete ascendía arriba, arriba. Pero Pam seguía pensando en «Lady Rhesus». Incluso después de haber desaparecido el proyectil, la niña se volvió para mirar, esperanzada, hacia la cabaña del pescador. Se veía luz por las ventanas. ¿Estaría la pobre «Lady Rhesus» encerrada en la casucha de Alec Ferguson?

La noche seguía llena de gritos y palmoteos de los que observaban el lanzamiento del proyectil, cuando Pam quedó asombrada al ver salir una ranura de luz por la puerta de la cabaña, que acababa de abrirse tan sólo unos centímetros. Luego, algo pequeño y oscuro salió, y la puerta volvió a cerrarse.

El corazón de Pam latía con fuerza.

«No puede ser», pensó la niña, pareciéndole imposible tanta suerte. «¡Sí, sí, es “Lady Rhesus”!».

Tras separarse de su familia, sin que nadie lo advirtiera, mientras el proyectil desaparecía en el cielo oscuro como un terciopelo negro, la niña llamó:

—¡«Lady»! ¡«Lady»! ¡Ven con Pam!

Por fin, a menos de diez pasos de ella, la diminuta figura de la mona surgió de las sombras y se acercó, lentamente, a Pam.

—¡Eres tú, «Lady»! —exclamó Pam, inclinándose lentamente para no asustar al animalito—. ¡Ven, ven conmigo!

«Lady Rhesus» se mostró indecisa y dio un paso atrás. ¿Podría Pam alcanzarla?

TERRENO VEDADO



«Lady Rhesus» no acababa de decidir si prefería dejarse atrapar por Pam o seguir errando por la playa. El diminuto animal quedó inmóvil, parpadeando y rascándose la cabeza.

Pam siguió hablando dulcemente a la mona.

—Anda, ven conmigo —suplicó, inclinándose y permaneciendo con los brazos abiertos.

«Lady Rhesus» avanzó unos pasos. Luego, de un salto, se plantó en el hombro de Pam, que se apresuró a volver con su familia.

—¡La mona! —gritaron todos.

Sue empezó a palmotear y dar alegres grititos:

—¡Menos mal que «Lady» no ha volado al cielo!

Pam contó cómo había recobrado a la monita.

—¡La tenía Alec Ferguson!

—Me alegro de que ese hombre haya dejado en libertad al animal —dijo la señora Hollister—. Así se ha solucionado un problema.

—¿Por qué te escapaste? —regañó muy seria Sharon a la mona.

La mona articuló unos gritos incomprensibles, al tiempo que parpadeaba, y acabó por saltar al otro hombro de Pam. Entonces fue cuando la niña se fijó en algo negro que iba adherido a la mano del animal.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Pam.

Como si comprendiera las palabras de la niña, «Lady Rhesus» abrió su diminuta mano y de ella cayó al suelo una pluma negra.

Pam se inclinó a recogerla y se la enseñó a Pete, diciendo:

—Es una pluma de cuervo.

—Pues yo no he visto cuervos por aquí —declaró el muchachito, perplejo.

—A lo mejor Alec Ferguson tiene en su casa un cuervo disecado y la mona ha jugado con él —opinó Ricky.

—Si la pluma fuese verde, roja o azul, yo habría creído que había un loro en la cabaña.

—Tienes razón —concordó Pete—. Los marineros y pescadores tienen, a veces, loros y periquitos, pero nunca he oído que existan periquitos negros.

—Si fue Alec Ferguson quien robó la mona, ¿por qué la habrá dejado libre, precisamente ahora?

—Él sabía que sospechábamos de él y para devolver la mona habría tenido que comunicar con la policía. Y a lo mejor no quiere tratos con la policía —insinuó Pam.

—Ese Alec es un hombre sospechoso —concordó tía Carol. Y mientras echaba a la hoguera los platos de cartulina, añadió—: Ya nos hemos divertido bastante por hoy. Iremos a devolver la mona a la señorita Mott y regresaremos a casa.

Cuando las brasas se consumieron, se echó arena sobre las cenizas calientes, entre todos los niños llevaron la cesta, toallas y demás utensilios a la furgoneta y tía Carol se sentó al volante.

—A lo mejor la mamá de la mona ya se ha metido en la cama —dijo Sue, que estaba medio dormida y bostezaba sin cesar.

Los demás rieron y Pam dijo:

—¿Estás hablando de la señorita Mott? De todos modos las buenas noticias no se deben retrasar.

Tía Carol y la señora Hollister opinaba de igual modo, por lo que se dirigieron directamente a la casita campestre del río Banana. Cuando llegaron aún había luces encendidas en la casa.

Cuando el coche se detuvo, Sue se había dormido en brazos de Pam. Con lentitud, para no despertarla, Pete colocó a la chiquitina tumbada en el asiento trasero, mientras los demás se alejaban de puntillas, hacia la casa. La mona empezó en seguida a dar gritos y

saltos. Tanto alboroto armó que la artista reconoció a su animalito y corrió a la puerta.

—¡«Lady Rhesus»! ¡Qué alegría que estés bien! —Mientras la mona saltaba a su hombro, la señorita Mott se dirigió a los niños, exclamando—: ¡Es maravilloso! ¿Dónde habéis encontrado a esta picarona?

Después de oír contar a Pam todo lo relativo al encuentro de la mona, la señorita Mott corrió a la cocina para volver con un plátano. «Lady» peló la fruta y la, comió, llena de contento.

—¿Qué podría hacer para compensaros por este gran favor? —preguntó la señorita Mott, acariciando a su mona. Luego, sus ojos centellearon—. ¡Ya sé! ¿Qué os parece si mañana salís a dar un paseo en mi embarcación?



—Muchas gracias —repuso Pam—. Pero las chicas tenemos que salir mañana a comprar vestidos.

En cambio, Pete aceptó la oferta, diciendo que le gustaría mucho

explorar el río, por si podía encontrar el cono del proyectil que había explotado días antes.

—¡Carambita! Y al mismo tiempo podremos pescar —exclamó Ricky.

—¡Yo también quiero ir! —declaró Randy con entusiasmo.

—Mi embarcación estará preparada para vosotros mañana por la mañana.

Los niños dieron las gracias a la señorita Mott y después de dar las buenas noches volvieron a la furgoneta. Cuando llegaron a casa de los Davis, Pete llevó a Sue en brazos hasta dentro. Sue despertó entonces, se frotó los ojos cargados de sueño y fue caminando hasta su habitación para desvestirse.

En aquel momento apareció tío Walt, con pijama y bata.

—¿Qué os ha parecido la demostración? —preguntó.

—¡Ha sido estupendo!

—Una preciosidad —añadió Ricky.

—¿El «pájaro» ha quedado volando a poca altura? —indagó Randy, muy enterado de los asuntos espaciales.

Tío Walt miró al techo y levantó un dedo, respondiendo:

—El querido «Thuzzy» está ahora en el espacio exterior, camino de Marte.

—¡Es maravilloso! Supongo que estás muy contento —dijo Pam.

—Puedes estar segura de que lo estoy.

Tío Walt dijo que las cámaras fotográficas que iban en el cono del proyectil estaban enviando ya fotografías.

—Éste es nuestro mayor festín, hasta la fecha —añadió—. Me alegra que los Hollister estuvieran aquí para presenciarlo.

El tío se mostró también muy contento al enterarse de que la monita había sido encontrada y que los chicos tenían planeado para el día siguiente un paseo por el río Banana con la idea de buscar el morro del proyectil desaparecido.

—En la Base Aérea se cree que esa pieza ha caído en el océano Atlántico —les dijo el tío—. Pero nunca se puede predecir a dónde van a parar los restos de una explosión. Una parte de los destrozos puede haber caído en el río Banana.

—Entonces, lo mejor será que nos llevemos el equipo de bucear y cañas de pesca —decidió Pete.

—Buena idea —aprobó tío Walt, que al igual que los otros opinó que Alec Ferguson resultaba sospechoso y añadió—: Tal vez pueda yo conseguir que la policía investigue.

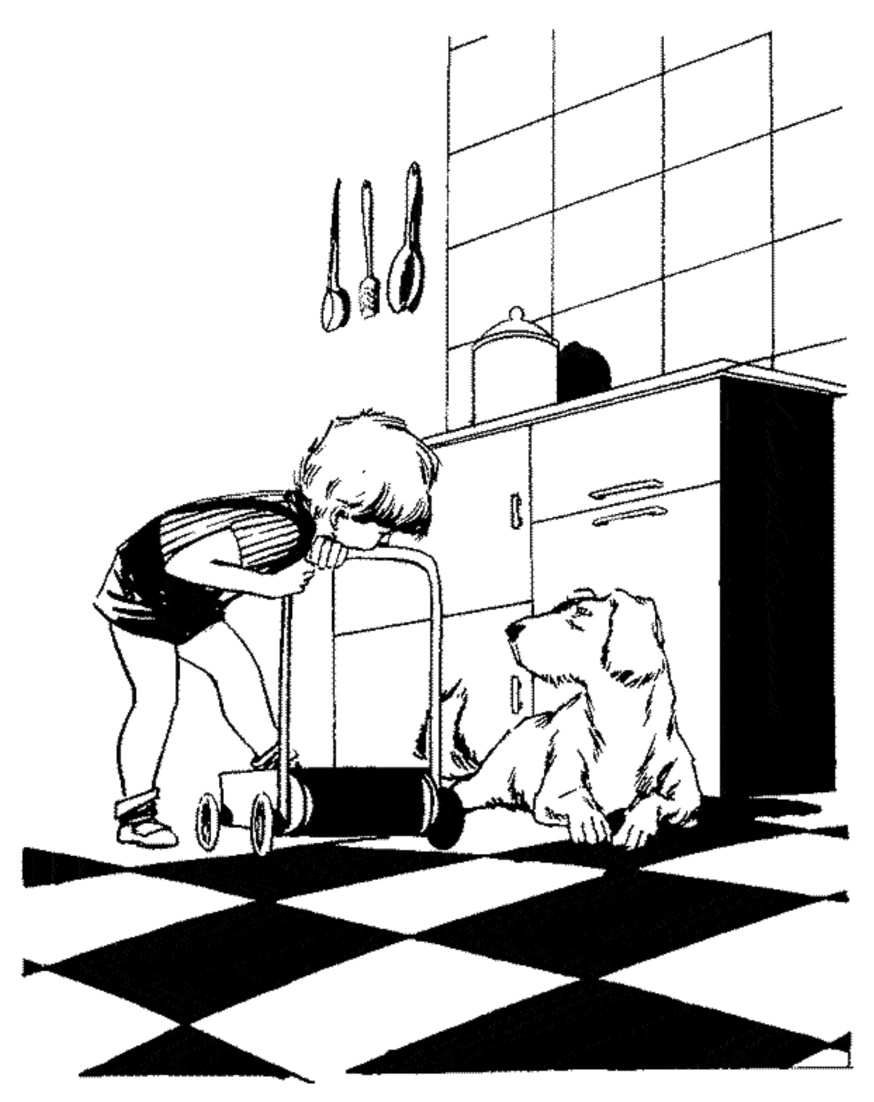
De repente, a la sala llegó un estridente grito de Sue. La pequeñita, en pijama, salió corriendo de la habitación.

—¡Una araña! —chillaba, estremecida—. ¡Una araña gordísima me persigue!

—Yo la mataré —se ofreció el valeroso Ricky, encaminándose al dormitorio.

Pero Sharon le hizo detenerse, diciendo:

—¡Espera! ¡No vayas! No mates a la araña, porque es una vieja amiga nuestra.



Ricky se volvió en redondo hacia su prima, con una expresión de infinita incredulidad pintada en su carita.

—¿Una amiga? —preguntó.

—Sí. ¿Has encontrado a la araña en el armario, Sue?

—Sí —contestó la chiquitina, temblando.

Sharon explicó que aquélla era una araña ama de llaves; la llamaban así porque mantenía a otros insectos desagradables lejos de la casa.

—A los seres humanos no les hace nada —declaró Sharon.

Todos los niños Hollister sintieron inmediatos deseos de ver a la araña ama de llaves y se encaminaron de puntillas al dormitorio. La araña de los Davis tenía el cuerpo pequeño y negro y las patas muy delgadas y largas. Al oír que alguien se acercaba, el insecto fue a esconderse detrás de unos zapatos.

—Siento mucho haberla asustado, señora Ama de Llaves —se disculpó Sue, volviendo a bostezar al sentirse tranquila.

En seguida se metió en la cama y a los pocos momentos dormía profundamente.

Los tres chicos se levantaron temprano, al día siguiente, desayunaron antes que las niñas, y subieron al «Insecto» de tío Walt, quien había estado buscando en el cuarto de servicio, de donde sacó tres cañas de pescar.

—Tened, chicos —dijo, dando a cada uno una caña, a través de las ventanillas del coche—. ¡A ver si hoy pescáis algo verdaderamente grande! ¡Algo así como el cono del proyectil que la Base Aérea está buscando!

—Lo intentaremos —aseguró Pete, con una sonrisa.

A los pocos minutos, tío Walt dejó a los niños ante la casa de la señorita Mott y volvió a marcharse. La artista, que estaba esperándoles, les enseñó cómo funcionaba la motora, que se mecía sobre el agua en el embarcadero.

—Creo que ahora abundan las truchas —dijo la señorita Mott, mientras Pete entraba en la motora para hacerse cargo del timón.

—Estamos dispuestos a encontrar un pez muy gordo —informó Randy, haciendo un guiño a sus primos.

—Espero que podáis capturarlo —les deseó ella.

En cuanto Randy y Ricky estuvieron sentados en la motora, la señorita Mott soltó la amarra. Despidiéndose con alegres sacudidas de las manos, los tres muchachitos se alejaron por el río Banana.

Randy informó de que la isla Merrit estaba a la derecha, en tanto que Cabo Cañaveral se encontraba a la izquierda. Mientras el sol iba ascendiendo en el cielo, los niños pudieron distinguir las torres de control que habían visto desde la playa la tarde anterior.

Mientras la motora se deslizaba por el agua, los chicos colocaron las cañas de pescar y miraron atentamente al fondo por si descubrían algún indicio del cono desaparecido.

De repente Randy gritó:

—¡Oh! ¡He pescado algo!

La caña se dobló enormemente, mientras el chico enrollaba el hilo, al final del cual apareció una gruesa trucha.

Unos minutos después otra trucha picaba en el anzuelo de Ricky y por fin Pete obtuvo un tercer pez.

—¡Canastos! ¡Es estupendo! —exclamó Ricky—. Vamos a conseguir un montón de pescado para cenar esta noche.

—Yo preferiría pescar el cono —bromeó Pete—, en lugar de tanta comida. ¡Vamos! Hay que seguir buscando.

Mientras iba soltando el hilo de su caña. Ricky escudriñaba las aguas transparentes. En la distancia, cerca de la orilla de Cabo Cañaveral, vio una delgada varilla que sobresalía hasta la superficie. Un instante después descubrió algo como un satélite redondo que se encontraba en el fondo del río. La varilla era su antena.

—¡Mirad! ¡Allí está! —anunció Ricky.

—¡Zambomba! ¡Puede que así sea! —dijo Pete, moviendo el timón para llevar la motora en aquella dirección.

Un instante después a Ricky estuvo a punto de escapársele la caña de las manos.

—¡Carambita! —gritó el pecoso—. ¡Aquí abajo debe de haber una ballena!

Intentó enrollar el hilo, pero lo que quiera que fuese que había picado el anzuelo tiró hacia abajo con más fuerza que nunca. Y de pronto, a un metro y medio de la motora, en la superficie apareció un objeto grande y oscuro.

—¡Es una tortura gigante! —exclamó Pete, sin aliento.

—¿Qué haremos? —preguntó Ricky con desespero, aferrándose a la caña.

—¡No hay que dejarla escapar! —opinó Randy—. ¡Has pescado una tortuga abuelo!

Pero Ricky, lleno de angustia, repuso:

—Es la tortuga la que me ha pescado a mí. ¡Socorro!

Pete se levantó y fue a coger la caña. Entre los dos hermanos intentaron atraer la tortuga hasta la motora. Pero el gigantesco animal marino no tenía intención de dejarse transformar en sopa de

tortuga. Nadaba en una dirección, cambiaba bruscamente de rumbo, volvía a nadar hacia donde lo hiciera antes… De repente, la tortuga dio un tirón de la caña y Ricky, que estaba muy al borde de la embarcación, cayó de cabeza por la borda.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡La tortuga va a atraparme!

—¡Se ha ido! Mirad. ¡Y se ha roto la caña!

Ricky chapoteó hasta llegar a la embarcación, moviendo las piernas a toda velocidad como si estuviera perseguido por cien tortugas gigantes. De un fuerte tirón, Pete subió a su hermano a la motora. Chorreando agua, el pequeño preguntó:

—¿Todavía está la antena en el agua, Pete?

—Sí. Estoy llevando la embarcación hacia allí.

—¡Ojalá sea el cono del proyectil! —dijo Randy en un susurro—. Papá estará orgulloso de nosotros, si lo encontramos.

Entre tanto Ricky se iba quitando la camisa y el pantalón, para quedar en bañador. Se puso los lentes y las aletas.

—Aprovechando que estoy ya mojado, voy a echarme un momento al agua a ver… ¡A ver qué saco!

Cuando se aproximaron a la parte en que se encontraba la antena, el pecoso respiró profundamente y se lanzó al agua. Pete y Randy se estremecieron de nerviosismo mientras veían al pequeño desaparecer bajo las aguas. ¿Encontraría el cono desaparecido? Y si lo hacía, ¿cómo iba a poder levantarlo del fondo?

Los segundos que transcurrieron les parecieron minutos a los muchachitos que esperaban en la motora. Por fin, vieron la cabeza de Ricky saltando como un tapón fuera del agua. El pequeño se quitó los lentes y arrugó las cejas, malhumorado.

—No es más que una antena de televisión hundida en la arena —informó, antes de trepar a la motora.

Pete y Randy dieron un suspiro de desencanto.

—La habrá arrastrado el viento desde alguna casa campestre.

En su nerviosismo, ninguno de los tres niños se había fijado en las oscuras nubes que iban agolpándose en el oeste. El viento empezó a soplar con más fuerza y las nubes ocultaron el sol, mientras la embarcación de los chicos se encaminaba a Cabo Cañaveral.

—Parece que va a haber tormenta —advirtió de pronto Randy—.

Y por aquí las tormentas son muy fuertes. Anda, Pete, pon en marcha el motor para volver a casa.

Pete quiso poner el motor en marcha, pero nada se movió. Probó varias veces y siguió sin conseguir nada. Entre tanto, iba aumentando el viento que levantaba altas crestas en la superficie del río Banana, empujando la embarcación hacia Cabo Cañaveral.

—No está permitido acercarse demasiado a esa orilla —advirtió Randy—. Sólo los empleados, los hombres de los proyectiles, pueden entrar en Cabo Cañaveral.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Pete, mientras la embarcación seguía encaminándose, cada vez más de prisa, a la playa.

Randy propuso que probasen a remar. En el fondo de la barca había dos remos que Randy y Pete encajaron en los escálamos, para empuñar uno cada uno. Pero ni remando con todas sus fuerzas pudieron los muchachos superar la fuerza del viento y las olas.

Pete se puso en pie y a través de las brumas pudo ver la Base que se elevaba a muy poca distancia de ellos.

—¡Hay un gran cohete en la torre más cercana a nosotros! —exclamó.

Todos se volvieron a contemplar el blanco proyectil y el penacho de humo blanco que se elevaba desde lo alto de la torre.

—Mirad el LOX —advirtió Randy—. Están preparando el proyectil para lanzarlo al espacio.

—¿Qué es eso de LOX? —indagó Ricky.

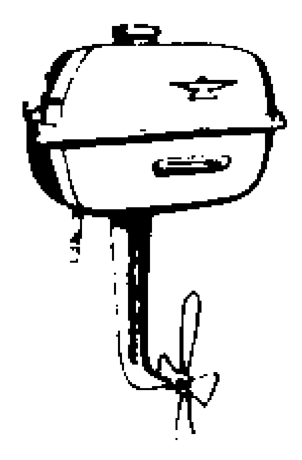
Randy les informó de que LOX era la abreviatura que daban en la base al oxígeno líquido. Parte de ese oxígeno se evaporaba durante la operación de introducirlo en el proyectil.

Mientras la barca se aproximaba a la arena, los dos pequeños empezaron a sentirse muy alarmados; por el contrario, Pete procuraba parecer sereno.

Pero la batalla estaba perdida. ¡No había manera de alejarse de aquella orilla! Cinco minutos más tarde, la quilla de la embarcación rozaba la arena.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡Estamos en Cabo Cañaveral! ¡En terreno vedado!

UN COHETE SUBTERRÁNEO



—¡Si es terreno vedado, debemos irnos en seguida! —decidió Ricky.

Pero Pete repuso:

—Sólo podremos navegar a la deriva. Lo que hay que hacer es pedir ayuda.

—Bueno. Si tú lo crees…

Ricky se quitó los zapatos y calcetines, enrolló hasta el muslo sus pantalones y saltó a la aguas vadosas de Cabo Cañaveral.

Mientras Pete y Randy iban a la parte posterior de la barca, Ricky arrastró la embarcación hacia la arena. Pete y Ricky salieron entonces y entre los tres empujaron la barca hasta una zona en donde no podía ser arrastrada por las aguas.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Randy, mirando las altas torres.

—Pueden creer que somos espías. ¡Y el FBI nos detendrá! —pronosticó, lúgubre, Ricky.

Al oír a su hermano, Pete sonrió.

—De todos modos, pareja de espías enanos —dijo el chico, embromando a los dos pequeños—, no creo que nos arresten, pero

sí nos echarán con malos modos.

Había menguado el viento y entre las nubes empezaron a aparecer claros que dejaron a la vista el sol. Por encima de las altas hierbas, Pete vio varios coches avanzando por una carretera, cercana al lugar en que ellos se encontraban.

—Yendo por aquí encontraremos quien nos ayude —resolvió el mayor de los chicos, encaminándose a la carretera.

En aquel mismo instante zumbó sobre sus cabezas un helicóptero y los tres chicos miraron al aparato de un solo motor que planeaba sobre ellos.

—¡Nos han descubierto! —dijo trágicamente Ricky.

—Es un aparato que está de guardia para descubrir a los intrusos —añadió Randy con apuro.

Desde el momento en que pusieron los pies en la arena, Pete había estado preguntándose qué medidas de seguridad se emplearían en Cabo Cañaveral. Imaginó que todo aquel terreno estaría bordeado por una alta cerca metálica o por una larga fila de soldados. Pero, en vista de que no había ni una cosa ni la otra, Pete estuvo de acuerdo en que el helicóptero era el encargado de evitar que se introdujeran espías.

Ricky y Randy decidieron tenderse en el suelo tan largos cuanto eran. En cambio, Pete se irguió sobre las puntas de sus pies y empezó a agitar las manos. El piloto no dio muestras de verle, pues el aparato se alejó rápidamente.



Pete se inclinó para obligar a Randy y Ricky a levantarse.

—Poneos de pie o creerán de verdad que sois unos espías.

—Si pudiera encontrar a papá —dijo Randy, mientras caminaba tristón, hacia la carretera—, él nos ayudaría a salir de este lío.

Cuando más caminaban, más torres y altas grúas veían.

—¡Carambola! ¡Es igual que en las fotografías! —comentó Randy.

—¿Qué fotografías? —quiso saber Ricky.

Randy explicó que su padre le había enseñado fotografías de Cabo Cañaveral, tomadas desde el aire.

—Desde esas torres de ahí —añadió el niño, señalando al noroeste— fue lanzado el primer proyectil Titán. Y por ahí están los complejos Atlas.

—¿Qué es un complejo? —inquirió Pete, mientras seguía caminando.

Randy se sentía muy importante al conocer tantas cosas sobre los proyectiles. Informó a sus primos de que complejo significaba la zona entera de lanzamiento de un solo proyectil.

—Eso incluye la torre, el fortín y el equipo complementario de lanzamiento.

—Sí, me parece complejo —bromeó Pete—. Pero lo que no veo es eso del fortín.

Randy repuso que los fortines no eran edificios grandes e importantes.

—¿Veis aquellos montículos en el suelo?

—¿Aquellas cosas que parecen iglúes? —preguntó Ricky.

—Sí. Aquéllos son los fortines. Dentro están todos los instrumentos. Papá dice que ahí tienen cámaras de televisión por donde se ve todo lo que pasa durante el lanzamiento.

Pete recordó que había leído algo sobre aquellos fortines. Tenían la techumbre muy sólida, de hormigón y arena, para proteger a los hombres que dirigían el lanzamiento, del intenso calor que se produce cuando son disparados los cohetes.

—Bueno. Ya tenemos ahí la carretera —dijo Pete, guiando a los pequeños fuera de la zona cubierta de hierba—. A ver si ahora llega pronto un coche.

Pero no aparecía ninguno. A medio kilómetro de distancia la

carretera llegaba a una alta plataforma de madera que parecía estar construida sobre varias docenas de postes de teléfono. Había una escalera que llevaba a la parte alta y varias personas subían por ella.

—Vamos allí y pediremos ayuda —decidió Pete.

Los tres echaron a correr. Al llegar allí encontraron varios coches, al pie de la plataforma, pero todos estaban vacíos. De arriba llegaban voces.

Ricky empezó a subir las escaleras. Estaban los chicos a medio camino cuando sonó una voz profunda que parecía hablar a través de un altavoz.

—¡Menos diez!…

—¡Zambomba! ¡Otro lanzamiento! —exclamó Pete.

Cuando llegaron arriba vieron un grupo de hombres y mujeres. Unos tomaban notas rápidamente, mientras otros observaban con sus gemelos. De pronto, Randy exclamó:

—¡Mira, Pete! ¡Ahí está el señor Willard!

—Todos llevan insignias en la solapa —observó el mayor de los chicos—. Debe de ser una plataforma reservada a los periodistas.

—¡Señor Willard! —llamó Randy, corriendo hacia el simpático reportero.

El señor Willard se volvió y quedó mirando a los chicos con incredulidad.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Todo ha sido una equivocación —se apresuró a disculparse Ricky—. No somos espías… Palabra que no lo somos.



Y sin perder un momento, explicó al periodista cómo se les había embarrancado la embarcación en el río Banana.

—De modo que buscabais el cono de proyectil y tropezasteis con una tortuga gigante —dijo el señor Willard, riendo a carcajadas—. Pero ¿quién va a creerse esta historia?

—¡Pero si es la verdad! —protestó Ricky.

El señor Willard palmeó la espalda de Ricky.

—Yo os creo, muchachos, y me parece que obráis con mucho patriotismo al intentar localizar el cono desaparecido.

El periodista dijo a los chicos que podían ser dos las cosas sucedidas al cono del proyectil:

—Hay quien piensa que el cono estalló en mil pedazos, mientras otros opinan que ha caído al fondo del mar.

—Entonces, tendríamos que tomar una embarcación más grande y salir al centro del océano a buscar —reflexionó Ricky.

—Pero ¿cómo vamos a hacer eso sin tener un equipo de submarinista de los mejores? —objetó su primo.

Antes de que Ricky hubiera podido contestar, el señor Willard les interrumpió, diciendo:

—Aquí está el hombre que buscáis.

Y acompañó a los tres hasta un hombre uniformado que se encontraba cerca de la baranda.

—Kelly —dijo el periodista, sonriendo—, estos tres marcianos han llegado en paracaídas a Cabo Cañaveral. Se hacen pasar por niños terrícolas. ¿Qué hacemos con ellos?

—Supongo que se les puede lanzar al espacio en el proyectil —repuso el otro.

—¡Cuánto me gustaría volar en un «Thuzzy»! —dijo Ricky.

—¿Has dicho «Thuzzy»? —preguntó el señor Kelly—. Pero si ése es el nombre que da Walt Davis a los proyectiles…

—¡Walt Davis es mi padre! —hizo saber Randy, lleno de orgullo, dando un paso al frente. Y a continuación explicó al señor Kelly que se había estropeado el motor de la barca en la que habían salido a buscar el cono del proyectil desaparecido.

Un altavoz conectado en la barandilla de madera crujió y una voz profunda anunció:

—Se reanuda la cuenta.

El señor Willard y el guarda se situaron a un lado y sostuvieron una conversación en murmullos.

—No creo que tenga importancia que les dejemos presenciar el lanzamiento —dijo el guarda, quitándose los gemelos que llevaba colgando del cuello.

Pete los enfocó en el elevado proyectil de donde se escapaba, humeante, el LOX. El señor Kelly le dijo:

—No es ése.

Extrañado, el chico preguntó:

—Entonces, ¿dónde está, señor Kelly?

El guarda explicó que los científicos estaban a punto de lanzar un cohete submarino.

—Estamos probando un avanzado proyectil que puede llegar a ser utilizado en submarinos. Los primeros se llamaron Polaris. Mira, mira allí.

Pete enfocó los gemelos sobre algo que parecía un pequeño edificio.

—¡Zambomba! Se mueve el techo.

El chico cedió luego los gemelos a cada uno de los pequeños, que miraron con gran interés.

El señor Willard les explicó que había en el suelo un orificio tan grande como una casa de cinco pisos. Dentro se hallaba una máquina gigantesca que podía simular la acción de un barco en el agua.

—Cabecea, se desvía y se ladea. El proyectil va a ser lanzado desde el interior de este artefacto.

—Pero ¿no arderá todo? —inquirió el mayor de los tres chicos.

—No, Pete. ¿Sabes cómo funcionan las escopetas de aire?

—Sí, claro. El aire se acumula en un espacio muy pequeño y, cuando se deja en libertad, ese aire lanza fuera la bala.

—Exacto —asintió el señor Willard—. Y ése es el sistema que va a emplearse para lanzar el proyectil submarino.

—Menos diez… nueve… ocho… siete… seis… —anunciaban por el altavoz.

Los espectadores estaban tensos de emoción. ¿Saldría todo bien o el proyectil se quemaría?

Dos de los reporteros que habían presenciado muchas veces lanzamientos de proyectiles dejaron sus gemelos a Ricky y a Randy. Los tres chicos miraron con suma atención hacia el lugar de lanzamiento.

—¡Cinco!… ¡Cuatro!… ¡Tres!… ¡Dos!… ¡Uno!… ¡Cero!

De repente un proyectil largo y blanco surgió por los aires. Cuando estuvo a mucha altura del edificio surgió una llamarada por su cola y un ruido ensordecedor pareció estremecer los cielos. Nadie se movió. Nadie dijo una palabra. Todos miraban con ansiedad el proyectil, con la forma de un inmenso lápiz que tronaba sobre la

zona de lanzamientos del Atlántico. Y hasta que el proyectil no hubo desaparecido de vista nadie habló.

—¡Gran hazaña! —declaró el señor Willard.

—¡Ha sido estupendo! —concordó Ricky, devolviendo los gemelos.

—Ahora que ya lo habéis visto, muchachos —dijo el señor Kelly —, os acompañaré a vuestra barca.

—¡Pero si el motor no funciona! —objetó Ricky.

—Tengo la impresión de que todo lo que os ocurre es que os falta gasolina —repuso el guardián.

Poniendo cara de infinito asombro, Pete declaró:

—No había pensado en eso.

Después de dar las gracias al señor Willard, los chicos se marcharon con el guardia de seguridad. En el coche del señor Kelly fueron hasta un hangar cercano donde el hombre adquirió una lata de dieciséis litros de gasolina.

Luego, mientras avanzaban por la carretera, Pete hizo preguntas sobre las medidas de seguridad que se tomaban en Cabo Cañaveral.

El guardián le explicó que los complejos de lanzamiento estaban protegidos por altas vallas metálicas, porque resultaba imposible tener patrullas de vigilancia en todos los alrededores, especialmente en la playa. Luego añadió:

—Últimamente hemos tenido problemas con merodeadores y han sido detenidos algunos.

—¿Alguno de ellos se llamaba Ferguson? —inquirió Pete.

—No. ¿Por qué?

El muchachito habló al señor Kelly del pescador de cangrejos y dio la descripción de Alec Ferguson.

—Está bien. Si por casualidad tropezase con él, me encargaré de hacerle algunas preguntas. Ya hemos llegado, mocitos. Aparcaremos para ver qué ocurre con vuestra embarcación.

Cuando llegaron a la orilla del agua el hombre saltó a la barca y abrió el depósito de combustible.

—Está seco, como me suponía —dijo, sonriendo.



Pete estaba un poco avergonzado, mientras ayudaba al señor Kelly a llenar el depósito.

—Muchas gracias —dijo—. Quisiera pagarle la gasolina.

—Os la regalo, con mucho gusto. Ya podéis marcharos. ¡Y que ahora tengáis más suerte en vuestra búsqueda!

Unos segundos después el motor estaba en funcionamiento. Mientras Pete, Ricky y Randy decían adiós al amable guardián de la base, la embarcación se deslizaba, sobre las aguas otra vez en calma, en dirección a la casa de la señorita Mott.

Al llegar amarraron la motora, dieron las gracias a la señorita Mott y telefonearon a la madre de Randy, que poco después acudía a recogerles. Los chicos penetraron en la casa como una tromba, deseosos de que todo el mundo se enterase de su aventura.

Quedaron sorprendidos al encontrar a tío Walt ya en la salita. Pete dijo, inmediatamente:

—Otro fracaso, tío. No hemos encontrado el cono.

—No tiene importancia —sonrió el señor Davis—. ¡La pieza metálica que encontrasteis el otro día ha puesto en claro algo muy importante!

EL JUEGO DE LA SERPIENTE



—¿De verdad? —preguntó Pete, desbordante de alegría—. ¿Qué es lo que se ha puesto en claro?

—La tensión y contracción que ha soportado el metal, demuestran por qué explotó el proyectil —explicó tío Walt—. El laboratorio ha entregado el informe esta mañana.

—¡Zambomba! ¡Qué bien! Me alegro de que hayamos podido ayudar al gobierno.

—El Centro de Pruebas de Proyectiles os está muy agradecido —continuó diciendo tío Walt—. Claro que el gran misterio queda todavía sin resolver. No sabemos qué ha sucedido con el cono del proyectil. La carga equivalente a tres millones de dólares debe de estar bajo las aguas. No me cabe duda.

—¿No crees que se habrá destrozado, papá? —preguntó Randy.

—No. Hay quien cree eso. Pero yo mismo ajusté el cono, y sé que quedaba bien aislado de los compartimientos de LOX.

—Entonces, aprovecharemos tu corazonada y seguiremos buscando —decidió Pete—. Oye, tío Walt, cuando estábamos buscando el cono por el río Banana, el viento encalló nuestra

embarcación en Cabo Cañaveral.

—¡Cómo!

—Es verdad. Pero no ha pasado nada —informó Ricky, intentando hablar con indiferencia—. Hemos visto el lanzamiento del proyectil submarino.

Con una risilla, Randy declaró:

—No te creas que ha sido tan fácil, papá.

Entre los tres contaron su interesante aventura. Cuando concluyeron, todos los demás estaban atónitos.

—Habéis tenido desgracia y suerte, al mismo tiempo —dijo la señora Hollister—. Es una lástima que no hayáis encontrado el cono del proyectil, pero me alegro de que hayáis podido presenciar ese lanzamiento.

—Pues yo «quería» que hubieseis atrapado la tortuga abuelo —declaró Sue—. Así podría montarme en su concha.

La ocurrencia de Sue hizo reír a todos. Luego tía Carol anunció:

—Yo también tengo noticias. ¿Queréis saberlas?

Pam miró a su tía con sorpresa.

—¿Vas a contar algo que hayamos hecho nosotras? —preguntó.

—No. Me he enterado por otra esposa de un empleado de la base. Pero he preferido no decir nada hasta que estuviéramos todos.

—¿Qué es, mamá? —preguntó, ya inquieta, Sharon.

—¿Os gustaría ver un submarino atómico?

—¡Claro que sí! —contestaron todos los niños a un tiempo.

Tía Carol les hizo saber que al día siguiente llegaba uno de tales submarinos a Cabo Cañaveral.

—Se concede permiso para que pase la gente a verlo, aunque no se puede entrar en la nave.

Por un momento, Ricky se mostró desencantado.

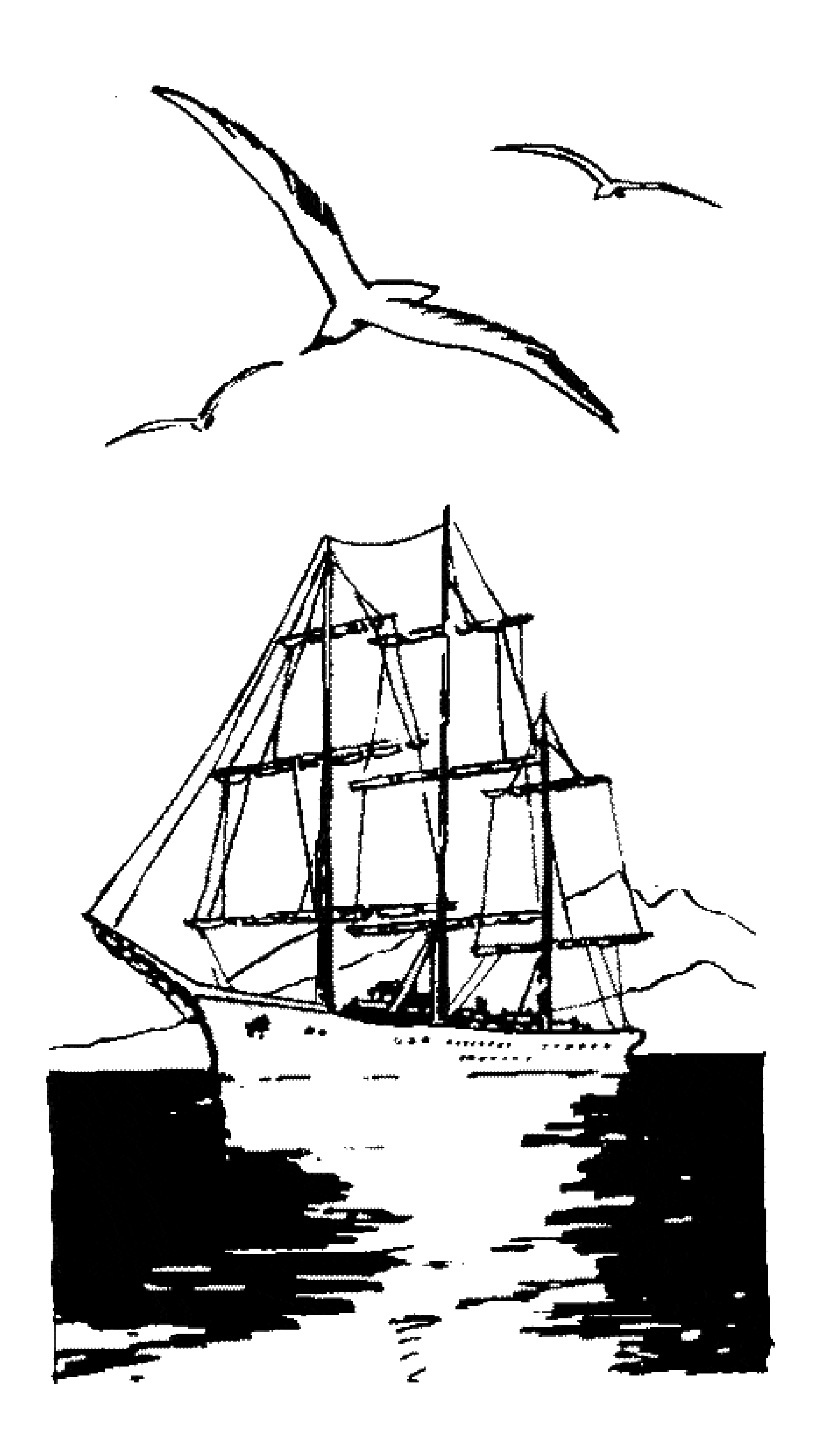
Y declaró que él sabía muy bien imaginarse que iba en un submarino y cruzaba el Polo Norte.

—Será una agradable excursión —declaró tío Walt, que inmediatamente hizo un guiño y añadió—: Pero no olvidéis, jóvenes detectives, que vuestro trabajo aquí aún no ha concluido.

—No te preocupes, tío Walt, que seguiremos investigando —prometió Pete. Y se volvió a Pam para decir, a media voz—: Puede que el Puerto Cañaveral sea un buen sitio para buscar pistas.

—¡Ojalá consigamos resolver el misterio de la ciudad de los proyectiles! —repuso Pam, con emoción.

Al día siguiente, con gran sorpresa, los Hollister descubrieron que el Puerto Cañaveral era un pequeño refugio costero, abierto al pie del Cabo, a poca distancia de la carretera que llevaba a la zona de lanzamientos. Al bajar de la furgoneta, lo primero en que se fijaron los niños fue en una larga fila de barcos pesqueros amarrados en un muelle.



—Yo creo que son barcos de los que pescan mariscos —comentó Holly con Pam.

La embarcación se parecía a las que los niños habían visto en la playa de Cocoa, que tenían mástiles con aparejos. En las cubiertas había bastidores de madera parecidos a puertas y en la popa altas pilas de redes.

Junto a las barcas marisqueras había varias embarcaciones más pequeñas sobre cuya cubierta se extendía un tejadillo. En las cuatro esquinas del tejadillo tenían grandes carretes de metal, montados sobre postes.

Pete se adelantó a los demás, buscando con la vista el submarino atómico, y a los pocos minutos se acercó a un pescador, no más alto que él mismo, que llevaba botas, un tosco jersey y una gorra.

—¿Puede usted decirme en qué parte está el submarino atómico? —preguntó.

—No ha llegado todavía, hijo —repuso el hombre.

—¿Éstos son barcos langostineros? —inquirió el chico.

—Sí. Aquéllos se dedican a la pesca del salmonete.

El pescador dijo que se llamaba Corto y se ofreció para contar a Pete cómo iba la pesca en Cabo Cañaveral.

—Muchas gracias —dijo Pete—. Pero voy a llamar a los demás. Quiero que le oigan a usted también ellos.

—Está bien —asintió Corto, que al ver a las dos madres y el resto de los niños que acudían a rodearle, comentó—: No imaginé que fuera a tener tanto auditorio.

Empezó por explicar que los barcos langostineros trabajaban de manera muy especial.

—¿Veis aquellas puertas? —preguntó, señalando una de las embarcaciones.

—¡Ah! Claro —intervino muy seria, Sue—. Esas puertas son para que los pececitos puedan entrar y salir.

—Esas puertas —dijo Corto, conteniendo la risa—, se abren de modo distinto a las puertas corrientes.

Y siguió explicando que unidas ambas a la parte posterior del barco por largas cuerdas, eran descendidas al agua en sentido horizontal. Entre ellas se extendía una cadena y detrás de la cadena una gran red camaronera.

—Cuando las puertas y la cadena descienden horizontales sobre el océano, molestan a los langostinos que empiezan a dar saltos y van a parar a la red.

El pescador continuó diciendo que los langostinos de Cabo Cañaveral tenían fama de muy sabrosos.

—¡Están deliciosos! —afirmó Sharon, a quien la boca se le hacía ya agua.

—Y los salmonetes también —añadió tía Carol.

—Ésa es la pesca que a mí me gusta —se apresuró a declarar Corto—. Los langostinos no son para mí. Hay que estar siempre remendando redes.

Según Corto, la pesca que a él le gustaba era un verdadero deporte. Se colocaba el cebo en los anzuelos y se echaban a buena profundidad en el océano.

—Este pez se encuentra en los lugares profundos.

Y allí es donde lo pescamos.

Corto dijo que los niños podían entrar en los dos tipos de embarcaciones, para echar una ojeada. La tormenta del día anterior había removido las aguas para que la pesca pudiera ser provechosa aquella mañana.

—Mañana temprano volveremos a salir —informó el hombre.

Mientras la señora Hollister y tía Carol buscaban con la vista indicios de la llegada del submarino atómico, todos los niños, excepto Pete y Pam, saltaron al interior de las embarcaciones. Los dos hermanos mayores continuaron al lado de Corto, haciéndole preguntas en voz baja.

—¿Conoce usted a todos los pescadores de Cabo Cañaveral? —indagó Pete.

—Más o menos… —repuso el hombre.

—¿Ha oído hablar de un hombre que se llama Ferguson? —preguntó Pam.

Corto miró primero a la niña, luego a Pete y al final respondió con lentitud:

—No puedo decir que le conozca bien. Es un elemento raro.

—¿Qué quiere usted decir?

—Veréis, ni él ni sus ayudantes hablan nunca con nadie. No son amables. Puede que sea porque proceden del Golfo.

—¿Del Golfo de Méjico? —preguntó Pam.

—Sí. De allí llegaron hace unos meses. Nunca he visto a nadie que pesque langostinos como ellos lo hacen. A todas las horas del día y de la noche se hacen a la mar.

A los dos hermanos empezó a latirles con fuerza el corazón. ¡Otra cosa extraña de Alec Ferguson!… ¿Por qué habría traído su barco marisquero desde el Golfo de Méjico? ¿Y por qué serían los de su barco tan poco amables como él?

Corto miró cara a cara a Pete.

—¿Por qué estáis interesados por este hombre? —preguntó.

Pete creyó que era mejor no revelar demasiadas cosas y por eso contestó:

—A Alec Ferguson no le gustan los niños. Nos echó con muy malos modos de su cabaña. Con él estaba un hombre de la base de lanzamientos. ¿Sabe usted quién es?

Corto dijo que Ferguson era muy amable con uno de los hombres de su tripulación. Tal vez fuera ése el hombre que vieron los Hollister, aunque no se trataba de ningún empleado de la base.

—No creo que viva con Alec, pero podía haber ido a visitarle —reflexionó.

En aquel momento Pete y Pam oyeron la voz de su madre. Miraron los dos y vieron que su madre les hacía señas con la mano, señalando a la entrada del puerto.

—Debe de estar llegando el submarino —dijo Pete.

Acababa de volverse para avisar a los demás niños, cuando oyó a Holly y Randy prorrumpir en gritos terroríficos.

—¡Dios mío! —exclamó Pam, asustadísima—. ¿Qué les habrá pasado?

Los gritos llegaban de una de las embarcaciones marisqueras. Pete y Pam corrieron a la cubierta, en el momento en que Ricky prorrumpía en alegres risas.

—¡Ja, ja! ¡He pescado dos langostinos de los más gordos!

—Pero ¡si son Holly y Randy! Eres muy travieso, Ricky —reprendió Pam.

Los dos primos estaban enredados en las tupidas redes del barco.

—Ha sido Ricky —acusó Holly, luchando por quedar libre.

—¡Ya verás cuando le atrape! —exclamó Randy, amenazador.

Pete y Pam levantaron la red y los dos pequeños quedaron libres. Habían quedado completamente despeinados y tenían el mismo aspecto que si hubieran estado dándose puntapiés en la cara.

Ricky corrió por la pasarela, perseguido por Randy y Holly. Cuando llegaron junto a sus madres, los dos «langostinos» se habían calmado lo suficiente como para no desear hacer daño al travieso pecoso.

—Pensábamos tirarte al agua —declaró Holly—, pero por lo menos te gastaremos alguna jugarreta. Ve con cuidado.

Mientras la señora Hollister y tía Carol sacaban sus pañuelos para limpiar la cara a Holly y a Randy, se empezó a acumular gente en el muelle para presenciar la llegada del submarino atómico, que se elevaba en la distancia como una gigantesca ballena, y fue a detenerse a un lado del canal.

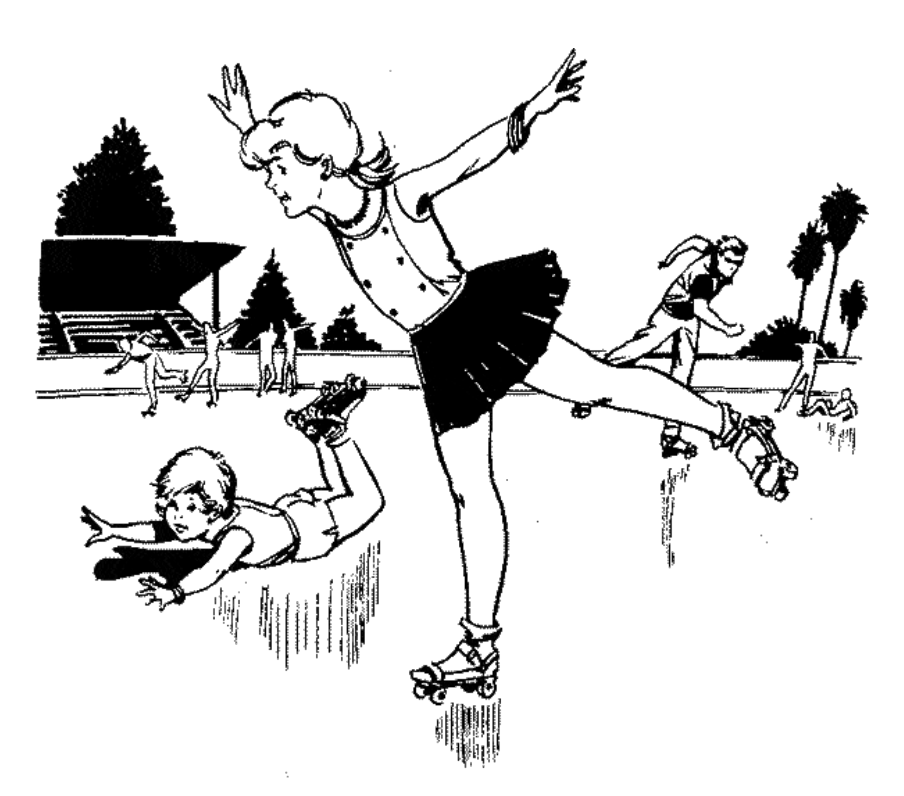
—¿Verdad que es estupendo? —dijo Pete, al ver abrirse la escotilla, por donde salieron varios oficiales.

La señora Hollister tomó de la mano a Ricky, diciendo:

—Si te dejo, serás capaz de meterte en el submarino.

Holly arrugó la naricilla, mirando burlona a Ricky. La niña no estaba muy dispuesta a olvidar la travesura de su hermano.

Después que hubieron contemplado largamente el resplandeciente submarino gris, la multitud se alejó corriendo, porque empezaba a caer gruesas gotas de lluvia.



Cuando el pescador iba a refugiarse en un barco pesquero, Pete se detuvo a despedirse de Corto.

—¿Os gustaría salir mañana conmigo de pesca? —preguntó Corto.

—¿Podríamos ir toda la familia?

—No. Sólo tengo cabida para dos. ¿Por qué no venís tu hermana mayor y tú?

Pete se apresuró a ir junto a su madre, para pedirle permiso. La señora Hollister accedió, siempre que sus hijos hubieran de regresar en el mismo día. El pescador dijo que sería así.

—¡Hasta la vista, Corto! —dijo Pete, mientras la furgoneta se alejaba.

Ricky contemplaba la lluvia que resbalaba por las ventanillas.

—¡Canastos! —exclamó, cruzando los brazos y hundiéndose malhumorado en el asiento—. ¿Qué vamos a hacer en un día de lluvia?

—Yo sé un juego. ¿Por qué no vamos a patinar?

—Buena idea —dijo la madre.

Tía Carol dijo a los Hollister dónde había una buena pista de patinaje. Los laterales estaban al descubierto, pero había un amplio tejado que lo protegía de la lluvia.

—Abundan estas pistas de patinaje en Florida —explicó.

En el cruce con Merrit Island, tía Carol detuvo la furgoneta a un lado de la carretera, ante la extensa pista de patines. Grandes y mayores salieron del vehículo.

Todos los niños alquilaron patines y hasta a Sue se le permitió pasar a la pista. Había en ella otros niños que muy pronto compartieron sus juegos con los recién llegados. Cuando empezaron a aburrirse, Holly propuso:

—¿Por qué no jugamos a la serpiente?

—¡Sí, sí! —aceptó con entusiasmo Ricky—. ¿Quién va a ser la cola?

—Tú —decidió Holly, mientras hacía un guiño a su primo Randy.

Los Hollister y los Davis se enlazaron de la mano con otros patinadores. Ricky quedó al final, asido de la mano de Holly. Pete, que abría la marcha, se detuvo en seco y los demás chicos que iban agarrados detrás describieron una amplia circunferencia.

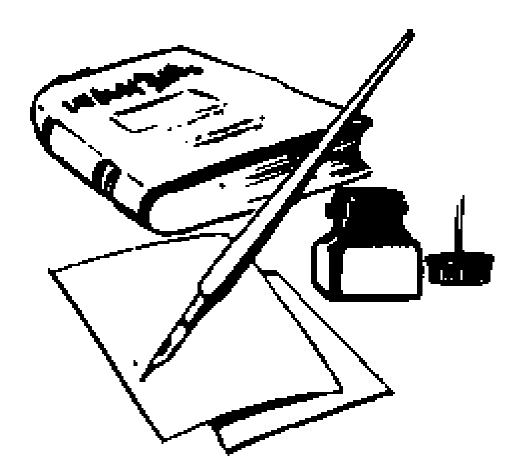
Al final de todos, Ricky avanzaban cada vez con mayor rapidez.

—¡Eh! ¡Socorro! ¡Esperad! —gritó el pequeño—. ¡Holly, agárrame fuerte!

Pero Holly tenía otros planes. Soltó la mano de Ricky y el pequeño se vio lanzado al centro de la pista.

—¡Socorro! —volvió a gritar el pecoso.

UN DESCONOCIDO SOSPECHOSO



Ricky voló sobre sus patines hasta el borde de la pista, se elevó por los aires y fue a aterrizar en un cubo de agua.

—¡Dios mío! —se lamentó la señora Hollister, corriendo a su lado.

—¡Ha sido Holly! —acusó Ricky, lleno de indignación.

—¡Vaya! ¿Y no fuiste tú el gran hombre que enredó a los dos niños en la red, hace poco rato? —repuso la madre.

Las palabras de la madre hicieron reír al pequeño, en medio de su enfado. Aunque la parte posterior de sus pantalones había quedado empapada en agua, nadie se fijó en aquello y, al poco, el pecoso volvía a encontrarse en plena pista.

—Pero no se jugará más a la serpiente —decidió tía Carol.

Era casi la hora de irse cuando Pete miró hacia la carretera y vio a Marshall Holt montado en bicicleta. El chico iba protegido por un amplio impermeable con capucha. Al pasar junto a la pista, Marsh saludó con la mano, al tiempo que decía:

—¡Eh, Pete! Precisamente iba ahora a tu casa a verte para algo interesante.

Pensando que podría tratarse de algo de verdadero interés, Pete se agachó para desabrocharse los patines.

—¿Es importante? —preguntó a voces.

—Yo creo que es muy importante.

Marsh detuvo su bicicleta junto a la pista y tanto los Hollister como los Davis se acercaron a él.

—He estado haciendo de detective y he encontrado pistas muy buenas —afirmó el chico.

Pam preguntó:

—¿A qué te refieres?

Marsh repuso que aquella mañana había llegado sigilosamente hasta la choza de Ferguson.

—Me escondí entre los arbustos y nadie pudo verme —continuó—. ¿Y sabéis una cosa? ¡Oí hablar a dos hombres!

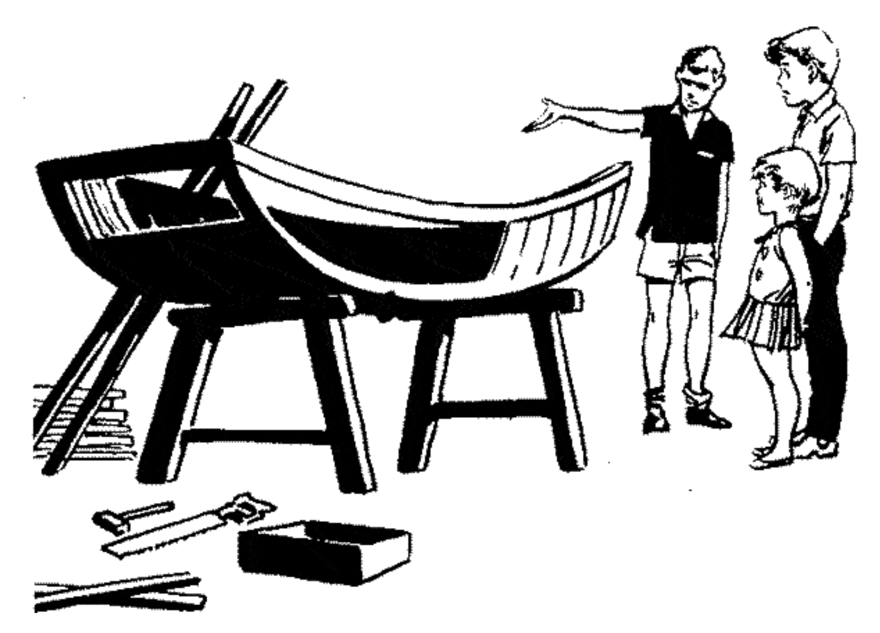
—¿Qué decían? —se interesó Randy.

—Las palabras que oí fueron «cuenta», «hora T» y «secreto militar».

—¡Zambomba! ¡A lo mejor esos hombres eran espías! —exclamó Pete.

El muchachito recordaba que el guarda de seguridad de la base había hablado de merodeadores. Acaso los hombres de que Marsh hablaba fuesen peligrosos.

—Fue divertido hacer de detective —sonrió Marsh, rebosante de orgullo—. Pero pasé un susto…



—Has hecho un buen trabajo, Marsh —felicitó Pete a su nuevo amigo.

—¿Tú crees que convendría que fuésemos juntos a investigar por la cabaña, Pete?

—Me gustaría mucho.

—Entonces, ¿por qué no vienes a mi casa a pasar la noche? Te enseñaré una chalana que estoy construyendo.

—¡Estupendo! A mí también me divierte mucho construir embarcaciones en miniatura. Esta noche podemos trabajar juntos en tu chalana. Antes podríamos investigar cerca de la cabaña.

La señora Hollister, sonriendo, dio su consentimiento, pero advirtió:

—No os metáis en conflictos.

—Tendremos cuidado, mamá —prometió Pete.

Mientras los Hollister y sus primos salían de la pista concluyó el chaparrón y el sol reverberó en los charcos de agua. Marsh propuso que Pete y él se marcharan en la bicicleta.

—De acuerdo —aceptó Pete.

Marsh cedió el sillín a su amigo y él se mantuvo en pie sobre los pedales, mientras conducía. Los dos chicos se encaminaron a la playa de Cocoa y el resto de la familia marchó a casa de los Davis.

Pete no había visto hasta entonces la casa de los Holt. Marsh embocó una calle adyacente al centro comercial de la playa de Cocoa y pedaleó a lo largo de un caminillo que llevaba a la entrada de una casa estilo ranchero, bordeada de lechos de flores.

—¡Mamá, viene Pete conmigo! —anunció Marsh, alegremente.

En la salita, la señora Holt saludó a los dos chicos.

—Me alegra que hayas venido, Pete —afirmó la señora—. Marsh no suele tener amigos de su edad.

La señora mostró al invitado cuál era su habitación, y añadió:

—En la cómoda encontrarás un pijama, y un cepillo de dientes sin estrenar.

—Muchas gracias —dijo Pete.

—Marsh está muy interesado en hacer de detective —dijo la señora Holt—. ¿De verdad creéis que vive gente sospechosa en la cabaña del pescador?

—Yo sí lo creo —contestó Pete—, pero hasta ahora no tenemos ninguna prueba de que sean personas peligrosas.

—Vayamos a vigilar después de comer —resolvió Marsh.

—Está bien. Pero ahora me gustaría ver tu chalana.

Marsh condujo a Pete al aparcadero situado junto a su casa. En la parte posterior de aquella especie de garaje al aire libre y, apoyada en dos caballetes, había una chalana a medio construir.

—¡Caramba! ¡Está muy bien! —declaró Pete admirando la pequeña embarcación.

—Cabrán dos personas y me servirá para salir de pesca por el río —dijo Marsh, muy orgulloso—. ¿Querrás ayudarme a ajustar unos tornillos?



—Claro que sí. Pero después que hayamos hecho nuestro trabajo de detectives.

—¡La comida está preparada, muchachos! —les anunció la señora Holt.

Después de comer una sopa humeante, bocadillos y buñuelos de crema caseros, los dos amigos pedalearon camino de la playa.

Cuando llegaron al lugar conveniente, bajaron de la bicicleta, que dejaron apoyada en una palmera del camino y, a pie, se dirigieron a la cabaña de Alec Ferguson. Cuando, por encima de una duna baja, apareció la techumbre de la casucha, Marsh preguntó:

—¿Qué haremos ahora, Pete?

—Fingiremos que estamos buscando conchas entre la arena.

Los dos chicos caminaron lentamente, agachándose a recoger caracolas que examinaban con aparente interés. De este modo, Pete fue aproximándose cada vez más a la cabaña. De repente, la puerta se abrió y por ella apareció un hombre.

Era alto y encorvado como un alga y echó a andar hacia una duna cercana. Llevaba pantalones toscos, color caqui y camisa azul, remangada, dejando a la vista unos brazos musculosos. La mandíbula saliente y el espeso y negro cabello que le caía sobre la frente le daban un aspecto inquietante.

—¿Es Alec Ferguson?

—No. Pero no le mires, Marsh.

El desconocido no parecía haberse dado cuenta de la presencia de los dos chicos. Al llegar a lo alto de la duna sacó de su bolsillo un catalejo y se lo acercó a su ojo derecho.

Los dos chicos quedaron atónitos al ver actuar así al hombre. Si por allí había espías, aquel hombre parecía ser uno. Luego su catalejo enfocó el océano. Un momento después los cristales de aumento se movían en dirección a los dos amigos.

—¡Carambola! —exclamó Marsh, con inquietud—. Nos ha visto.

Pete sintió un nudo en la garganta, mientras se sonrojaba hasta la raíz de los cabellos. ¡Se habían olvidado de seguir actuando como detectives! Allí quietos, mirando al hombre, sin duda resultaban sospechosos.

—Vamos. Hay que aparentar que estamos haciendo algo —decidió.

De repente Marsh dio a Pete un fuerte empujón que le hizo caer en la arena.

—¿Cómo?… ¡Ah! Ya entiendo. Has tenido una buena idea.

Pete se puso en pie rápidamente y agarrando a Marsh por la cintura le arrastró al suelo. Los dos chicos rodaron sobre la arena, unas veces acercándose a la cabaña, otras alejándose. Cuando al fin

suspendieron su fingida lucha y miraron atrás, el desconocido ya no estaba.

—Espero que haya creído que nos peleábamos —dijo Marsh, mientras sacudía la arena de sus pantalones.

—Has tenido una rápida ocurrencia. Vamos a ver dónde ha ido ese hombre.



Pete corrió hacia un lateral de la cabaña de Ferguson a tiempo de ver un coche que se alejaba por el camino que llevaba a la carretera principal.

—Se ha ido —se lamentó Pete, agachándose a observar las

huellas—. El coche debió de estar aparcado aquí… ¿Se habrá marchado Ferguson con ese otro hombre?

En silencio, los dos chicos escucharon y observaron, pero no se advertía el menor indicio de actividad en la cabaña.

—Con lo que hemos visto, tenemos sospechas, pero ninguna prueba —se lamentó Marsh, suspirando.

—Vamos a seguir buscando.

—¿Dónde?

—Aquí. Es el sitio en donde ese hombre ha subido al coche.

La sólida superficie del caminillo y las hierbas que lo bordeaban no permitían ver más que unas ligeras huellas de neumático.

—Si por aquí hay alguna pista, yo no la veo —declaró Marsh, desanimado.

—¿Qué será esto? —preguntó Pete, dirigiéndose a un lado del camino e inclinándose a recoger un trocito de papel blanco, cuidadosamente doblado.

—¿Será una carta? —preguntó Marsh, emocionado.

Pete lo desdobló… ¡El papel estaba en blanco!

—¡Qué birria! —gruñó Marsh—. ¡Vaya pista!

—A lo mejor lo es —repuso Pete—. Huele.

Cuando Pete acercó el papel a la nariz de Marsh, éste dijo:

—Huele a cebolla. ¿Qué pasa?

Pete explicó:

—Puede ser tinta invisible.

En el despacho del oficial Cal, en Shoreham, Pete se había enterado una vez de que el jugo de cebolla puede utilizarse para efectuar la escritura invisible. Aplicando calor aparecen con claridad las palabras en el papel.

—¡Vamos a llevarla a casa y lo comprobamos! —apremió Marsh.

Con Pete sentado en el sillín, el chico pedaleó a toda prisa y muy pronto llegaron a la entrada de la casa de los Holt.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre? —exclamó la señora Holt, al verles aparecer con tanta premura.

—Necesitaríamos unas cerillas —dijo Pete, explicando luego a la señora lo que habían encontrado.

Cuando ella les dio cerillas, Pete encendió una y la colocó con todo cuidado junto al papel, para calentarlo. Poco a poco fueron

apareciendo las siguientes palabras:

«Creo que estás sobre la pista que nos interesa. Sigue intentando… Mañana puede ser el día».

—Tenías razón, Pete. Pero ¿qué quiere decir?

—Estos hombres están intentando hacer algo en secreto. No sé qué será, pero, seguramente, algo ilegal.

—Vamos a volver para averiguarlo —resolvió Marsh.

Los chicos volvieron a dejar la bicicleta en el mismo sitio de antes, pero esta vez, en lugar de ir por la playa, se aproximaron a la cabaña de Ferguson desde la carretera.

Pete y Marsh se movían como ágiles gatos entre las palmeras y robles retorcidos, teniendo la precaución de quedar ocultos para cualquiera que pudiera estar en la casa.

Por fin Pete anunció:

—Mira. El coche vuelve a estar allí.

—¿Hay alguien dentro?

—No —repuso Pete que en seguida añadió—: ¡Escucha!

En la distancia, una voz sonora ordenó:

—Fuera de ahí.

Marsh se encogió de angustia y Pete quedó atónito.

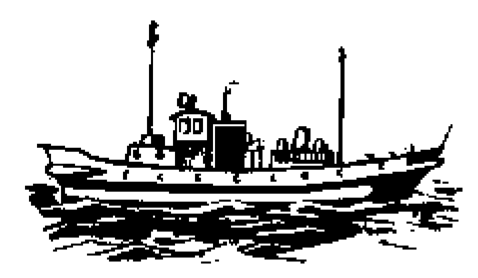
—¿Cómo pueden saber que estamos aquí? —preguntó, en un susurro—. ¿Crees que tendrán algún sistema de alarma conectado por aquí?

De repente los dos chicos notaron una fuerte mano que les aferraba por el cuello, al tiempo que una helada voz decía:

—¡Ya os tengo!

La sorpresa les paralizó.

LA PISTA DE UN IMPOSTOR



Al volver la cabeza, Pete vio al hombre de cabello negro que antes había estado contemplando el mar con los catalejos.

—Pensé que volveríais y os he estado esperando —dijo ásperamente el hombre.

—¿Quién es usted? —preguntó Pete, intentando librarse de la mano de hierro que le atenazaba.

—¡Seré yo quien haga las preguntas, chicos entrometidos! —anunció el hombre, obligando a los muchachos a volverse de cara a él.

—¡Suélteme! —gritó Marsh—. Se lo diré a mi padre.

—¡Eso! ¡Puedes decirle que te has internado en una propiedad privada y que el señor Turk te ha dado una lección!

—No estábamos haciendo nada malo —declaró Pete—. Hay algo misterioso en la cabaña de Alec Ferguson y estábamos intentando averiguar…

—Averiguar ¿qué?

—Quién es el hombre de la base de proyectiles que vive aquí.

—Sí —concordó Marsh—. ¿Usted es de la base? El señor Turk echó hacia atrás la cabeza para reír a carcajadas. Luego soltó a los chicos y su voz sonó menos áspera al decir:

—¿De modo que era eso? ¿Estáis buscando a un empleado de la base? Pues no hay ninguno por aquí.

El señor Turk siguió diciendo que había muchos ladrones que

robaban en las casas de campo próximas a la playa, y que temió que los chicos estuvieran planeando algo malo.

—Nunca hemos pensado en robar nada —protestó Pete.

—Os he visto merodeando por este lugar —dijo el hombre—. ¿Qué estabais haciendo?

Pete explicó que su hermana había encontrado huellas de una monita desaparecida, que llevaban hasta la cabaña.

—Luego encontramos por aquí a «Lady Rhesus» —concluyó Pete, sin dar más explicaciones.

—¿Y por qué no os largasteis, después de encontrarla?

Pete tuvo intención de explicarlo todo. El señor Turk podía ser totalmente inocente. Pero también podía estar fingiendo.

—¿No querría usted contestar a unas preguntas? —se decidió a interrogar Pete.

—Desde luego —sonrió el señor Turk.

—¿Dónde está su amigo, el señor Ferguson?

—En su barco marisquero, pescando.

—¡Oh! —exclamó Marsh—. ¿Eso era lo que estaba usted mirando con los catalejos?

—No. Estaba mirando las marsopas. Por su modo de saltar en el agua sé si mañana será un buen día para pescar.



—¿Por qué hoy no ha salido usted de pesca? —preguntó Pete.

—Hoy es mi día libre.

La expresión ceñuda había desaparecido del rostro del hombre, que ya hablaba más amablemente:

—Bueno, amigos —siguió diciendo—. Veo que todo ha sido un error. ¿Qué os parece si nos hacemos amigos? —preguntó, sacando la cartera—. Sois mis invitados y os doy para un helado de vainilla.

Sacó de la cartera un billete de dólar y en aquel momento le resbaló al suelo un papel. Al devolvérselo al señor Turk, Pete vio un diagrama rectangular dibujado en la superficie blanca.

—Gracias —dijo el hombre, apresurándose a dejar el dinero en las manos de Marsh.

—No podemos aceptar ese dólar, señor Turk —dijo Pete.

Marsh dijo que estaba de acuerdo con su amigo, y el señor Turk repuso:

—Está bien. Como queráis. Pero acordaos de no volver a husmear por aquí.

Después de despedirse, los chicos se alejaron por el camino que llevaba a la carretera. Cuando llegaron junto a la bicicleta, Marsh preguntó:

—¿Qué piensas de ese hombre?

—No es lo que parece.

—Eso creo yo. Ha querido sobornarnos con el dólar.

—Y hay otra cosa. El dibujo del papel que se le cayó al suelo parecía un plano del edificio de los laboratorios que he visto en casa de mis primos los Davis.

—¡Carambita! ¿Y por qué no lo has dicho delante de él?

—Habría hecho que ese hombre sospechase todavía más de nosotros. Dejaremos que el señor Turk crea que no nos hemos fijado, pero iré a contárselo a tío Walt.

Durante el trayecto a casa, Marsh siguió hablando sobre la cabaña misteriosa, preguntándose más que nunca quién sería el que estuvo dentro, hablando de proyectiles con Alec Ferguson.

—Por ahora no sabemos toda la verdad —declaró Pete que interiormente se prometió averiguarlo todo antes de marchar de Cabo Cañaveral.

Cuando llegaron a casa de los Holt, Marsh corrió a la mesita del teléfono, cogió un lápiz y escribió un número. Luego, con cara risueña, se lo mostró a Pete.

—¿Qué es?

—La matrícula del coche que estaba detrás de la cabaña de Ferguson.

—¡Bien hecho, Marsh!

—Me entretuve en aprendérmela de memoria mientras tú hacías preguntas.

A la hora de la cena, el chico mostró el número a su padre y le explicó las aventuras de aquella tarde.

—Hum —murmuró, pensativo, el señor Holt—. Este coche, por el número de la serie, tiene que ser alquilado. Tal vez yo pueda averiguar algo sobre ese señor Turk.

Después de hacer varias llamadas telefónicas, el padre de Marsh localizó la agencia que había alquilado el coche en cuestión. Por fortuna, el propietario de la agencia era un viejo amigo del señor Holt y estuvo dispuesto a explicar todo cuanto sabía del señor Turk. Cuando concluyó la conversación telefónica, el señor Holt se volvió a los chicos.

—No he podido averiguar gran cosa sobre esa persona. Lleva aquí poco tiempo. La dirección que ha dado como su casa es de Nueva Orleans. Como referencias ha citado un banco de aquella ciudad.

—¿Qué banco? —preguntó Pete.

—El de la Dixie Trust Company.

—¿Podremos telefonear al banco, mañana por la mañana? —preguntó Pete—. Yo pagaré la conferencia.

El señor Holt dijo que él pagaría gustoso la conferencia, puesto que con ello podrían hacerse más averiguaciones sobre el hombre sospechoso.

—¡Y si el banco no da buenas referencias de él, podréis tener la seguridad de estar sobre la buena pista, chicos!

Pete y Marsh descansaron de su agotador día de trabajo detectivesco trabajando en la chalana hasta la hora de acostarse. Los dos muchachitos estuvieron ajustando tornillos hasta que las manos les quedaron doloridas, pero adelantaron mucho. A las nueve y media el fondo de la embarcación había quedado perfectamente ajustado en su sitio.

—¡Caramba! ¡Éste sí ha sido un día completo! —comentó Marsh.

—Lo mismo opino, marinero —rió Pete.

A pesar de haber tenido un día tan ajetreado, Pete se durmió sin pesadillas y a la mañana siguiente despertó temprano. Mientras desayunaban, mirando al reloj de pared, Pete comentó:

—Marsh, ¿es que no van a moverse nunca las manecillas de las ocho en punto?

—No falta más que media hora para que nos enteremos de algo sobre el señor Turk —repuso su amigo, queriendo tranquilizarle.

Por fin llegó la hora de que Pete pudiera llamar a Nueva Orleans. En cuanto oyó la pregunta un empleado del banco buscó la ficha del señor Turk. Un momento después a oídos de Pete llegaba la voz del hombre, diciendo:

—Lo siento, pero aquí no tenemos registrado a ningún señor Turk.

—Gracias —dijo Pete, antes de colgar. Y luego exclamó—: ¡Zambomba, Marsh! ¡Ese hombre es un impostor!

—¡Hay que llamar en seguida a la policía!

—Espera un momento —pidió Pete—. ¿Te acuerdas del señor Jeep? Es policía retirado y comisario especial. Podemos llamarle.

Tuvieron la suerte de encontrar al hombre en casa.

—Has sido constante en tus indagaciones sobre la cabaña y sus ocupantes —dijo el señor Jeep a Pete—. Y tal vez hayas puesto en claro un gran enigma. Déjalo todo de mi cuenta.

—De todos modos, tendría que hacerlo, porque Pam y yo estamos invitados a ir de pesca esta mañana.

El señor Jeep dijo a Pete que ante todo iría a informar a la compañía de alquiler de coches que, sin duda, no había pedido referencias de aquel hombre. Luego, haría algunas indagaciones discretas por su cuenta.

Poco después la señora Holt y Marsh acompañaban a Pete, en coche, a Puerto Cañaveral. Mientras el vehículo se aproximaba a los muelles, Marsh dijo:

—Me gustaría mucho ir contigo. Nunca he salido de pesca al océano.

—A lo mejor Corto te lleva alguna vez —repuso Pete—. Menos mal, ahí viene la furgoneta de los Davis.

Tía Carol saludó con la mano, mientras iba a aparcar junto al

coche de los Holt. Junto a ella iba Pam, vestida con un jersey de algodón y pantalones playeros. En la parte posterior iba Ricky, con «Proye» sentada en sus rodillas.

Cuando todos salieron de los vehículos, Pete presentó a las dos señoras, a Pam y a Ricky.

—Mis dos sobrinos mayores van a tener un buen día de pesca —comentó tía Carol.

—Pero yo ¿qué haré? —preguntó, enfurruñado, Ricky, mientras «Proye» saltaba al suelo.

—Ya encontraremos alguna aventura —sonrió tía Carol.

Pete localizó en seguida el «Zafiro», que era la embarcación de Corto, pero el pescador aún no había llegado. Amarrado no lejos del «Zafiro» había un barco langostinero, que se balanceaba suavemente en el agua. Cuatro hombres aparecían muy atareados en la cubierta. Casi al momento, Pete reconoció a dos de ellos. Eran Ferguson y Turk.

—Pam, Ricky —llamó Pete a media voz—, venid aquí.

Se ocultaron tras el coche de la señora Holt y Pete les habló de lo que sospechaba.

—A lo mejor nos queda tiempo para averiguar algo más sobre esos hombres —concluyó.

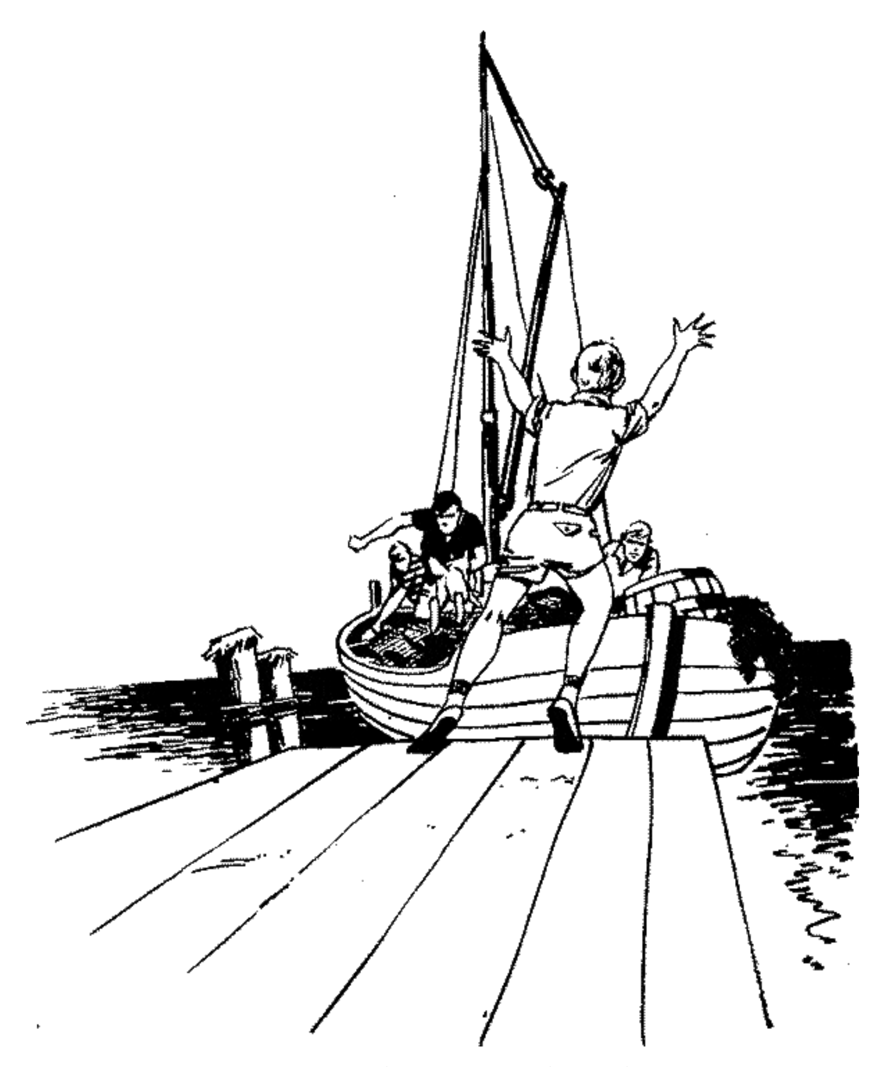
Como los hombres del barco pesquero no conocían a Ricky, se decidió que sería el pecoso el encargado de investigar.

—Acércate al barco y actúa como si fueras sólo un chico curioso —le instruyó Pam—. Pero escucha todo lo que digan.

Ricky era despejado y haría bien el trabajo.

—¡Allá voy! —dijo con entusiasmo.

Con un silbido, llamó a «Proye», que estaba saboreando una cabeza de pescado al borde del agua.



Juntos, niño y perra se dirigieron a la embarcación pesquera. Pronto Ricky estuvo lo bastante cerca para poder leer en la popa el nombre de «Golfo de las Tormentas».

La señora Holt y tía Carol seguían charlando junto a la furgoneta, ignorantes de los planes de los chicos. Pete, Pam y Marsh se encaminaron a la embarcación de Corto, sin apartar los ojos del pecoso.

—¡Qué bien lo está haciendo! —se admiró Marsh, al ver cómo Ricky, empinándose sobre los talones, asomaba la nariz por la borda del «Golfo de las Tormentas» y contemplaba la pila de redes.

Ferguson y Turk estaban hablando junto a la escotilla. Turk miró una vez hacia Ricky y frunció el ceño, pero no dijo nada. En aquel momento, Pam, que había estado vigilando con toda atención, contuvo el aliento y exclamó en voz baja:

—¡Oh, mirad!

«Proye» acababa de saltar a la embarcación y se balanceaba en el borde de la baranda, apoyada en sus cortas y anchas patas. Ricky dio un silbido y ordenó:

—Ven aquí, «Proye».

Pero el animal no obedeció. Por el contrario, de un gran salto, fue a aterrizar, como una gran ristra de salchichas, sobre el montón de redes.

—¡Eh! ¡Largo! —gritó Ferguson.

—¡Saca de aquí a ese animal, antes de que yo le eche a puntapiés! —ordenó Turk a uno de los hombres de la tripulación.

El hombre corrió hacia la popa y apresó a «Proye». La perra dio un ladrido y, aterrada, quiso desprenderse de las redes en las que se había enganchado, pero cada vez quedaba más apresada en las redes camaroneras.

—¡No hagan daño a la perra! —gritó Ricky, saltando a bordo de la embarcación.

—¡Echa también de aquí al crío! —ordenó Turk al empleado.

Enfurecido, Ferguson se adelantó, dispuesto a alcanzar al niño, pero dio un traspié y cayó sobre la cubierta, con gran estrépito. Huyendo del hombre, Ricky llegó a las escaleras de la escotilla.

Por un momento el pequeño quedó mirando el resplandeciente conjunto de aparatos electrónicos con indicadores; incluso uno con una pantalla parecida a la de un televisor, instalados abajo. Pero en seguida los ojos del pecoso volvieron a fijarse en Alec Ferguson, que se había levantado y corría hacia él. Ricky se apartó de un salto en el momento preciso, y corrió hacia «Proye» que aullaba y ladraba, mientras dos marineros intentaban desenredarla.

—¡Le están haciendo daño! —protestó el pecoso.

—¡Desembarazaos de ese crío! —ordenó Turk.

El pobrecillo Ricky no sabía qué hacer. Pero era preciso salvar a «Proye». Al mismo tiempo tenía que librarse él mismo de la furia de los hombres que tripulaban el «Golfo de las Tormentas», antes de

que la embarcación se pusiera en marcha.

Por entonces, tía Carol, la señora Holt y los demás niños, atraídos por el alboroto, habían llegado corriendo hasta la embarcación langostinera.

—¡Dejen en paz a ese niño y al perro! —ordenó tía Carol.

—¡Ven aquí, Ricky! —gritó Pam, angustiada.

Su hermano dio la vuelta alrededor de la escotilla y saltó al muelle mientras Ferguson se apresuraba a soltar amarras. Con un gran rugido del motor, la hélice del «Golfo de las Tormentas» se puso en movimiento, levantando grandes montañas de espuma, y la embarcación empezó a alejarse del puerto.

«Proye» seguía agarrada en las redes.

—¡Paren! —chilló con desespero Pam—. ¡Devuélvannos nuestra perra!

UNA CURIOSA ADVERTENCIA



A pesar de los gritos de los niños, el «Golfo de las Tormentas» prosiguió su camino, fuera del Puerto Cañaveral. Los dos marineros siguieron tirando de «Proye» hasta que sacaron al animal del enredijo.

Luego entregaron el animal a Turk. Y éste… ¡de un fuerte manotazo lanzó a la pobre perrita al agua!

—¡Oooh! —exclamó Pam, condolida.

Por unos momentos, «Proye» desapareció de la vista. Luego volvió a emerger, nadando furiosamente hacia el puerto.

—¡Está demasiado lejos! ¡Pobre «Proye»! ¡No va a poder llegar! —murmuró Pam, con lágrimas en los ojos.

—¡Mi pobre perrita! —se lamentó tía Carol.

En aquel momento llegó Corto al muelle y se aproximó a Pete, preguntando:

—¿Qué ha sucedido?

Pete señaló al pequeño bulto marrón que se advertía en las aguas, nadando con desespero.

—Ven. Yo tengo una barca de remos —dijo Corto.

Corrió al «Zafiro», seguido de Pam y Pete. En la parte posterior de la embarcación pesquera había una barquita con cabida para dos personas.

—¡Saltad! —ordenó el marinero, inclinándose por la borda para

mantener firme la barquita.

Pete y Pam obedecieron y en cuanto estuvieron en la barca cogieron los remos, en tanto que Corto desataba la cuerda que la unía al «Zafiro».

Todos los demás presenciaron las maniobras muy emocionados.

—¡De prisa! ¡Más de prisa! —animó Ricky a sus hermanos, mientras oía el chapoteo de los remos.

Hasta entonces, la perrita había estado batallando por mantener la cabeza sobre las aguas. Finalmente pareció aturdirse y empezó a nadar en círculo.

Pete y Pam remaron enérgicamente y pronto llegaron junto a la perrita de sus primos. Pete se inclinó por la borda y agarró a «Proye» por el collar para meterla en la barca. La perrita aullaba y se estremecía. Al acariciarla, Pam notó los fuertes latidos del corazón del pobre animal.

—¡Pobrecita! —se compadeció Pam que con la perrita en brazos fue a sentarse en la parte posterior de la barca, mientras Pete se hacía cargo de los remos.

A los pocos minutos la barca volvía a estar amarrada tras la embarcación pesquera y «Proye» se encontraba a salvo en el muelle.

¡Con qué alegría recibieron todos a la perra! El animal parecía sentirse dichoso, con tantas muestras de cariño, y ladraba sin cesar, dando saltos alrededor de tía Carol, que declaró:



—¡Esos hombres se acordarán de mí, cuando vuelva a verles!

—Será mejor que nos pongamos ya en marcha, si queremos conseguir alguna pesca —dijo Corto—. ¿Está preparada mi

tripulación?

—Sí, patrón —repuso Pete, con un marcial saludo.

—Yo también estoy dispuesta —sonrió Pam.

—Ahí llega el resto de mi tripulación —anunció Corto, mientras tres hombres, vestidos con toscas ropas y calzados con botas, bajaban de un viejo coche.

—Adiós y buena suerte —les deseó tía Carol.

Marsh se despidió de Pete con una afectuosa palmada, diciéndole:

—A ver si pescas un pez bien gordo.

—Preferiría encontrar el cono del proyectil —declaró Pete, con una sonrisa.

Él y Pam subieron a bordo del «Zafiro» y muy pronto la embarcación pesquera levantaba oleadas de espuma, en su avance por las aguas del Atlántico. Marsh, Ricky y las dos señoras estuvieron despidiéndoles con la mano hasta que la embarcación estuvo muy lejos. Entonces subieron a sus coches y volvieron a casa.

«Proye» se había recobrado totalmente del susto que pasara en el agua, cuando tía Carol detuvo la furgoneta a la entrada de su casa.

«Blanco» estaba descansando a la sombra del coche y «Proye» no tardó en hacerse amiga del hermoso perro blanco. Los dos animales empezaron a correr por el jardín, mientras Ricky y su tía entraban en la casa.

—Tenemos compañía —anunció la señora Hollister cuando los recién llegados entraron en la salita.

El señor Jeep, que estaba sentado en una cómoda butaca, se puso en pie para saludarles.

—¡Hemos tenido una gran aventura! —dijo saber Ricky, que a continuación contó todo lo sucedido en el Puerto Cañaveral.

—¡Nunca habría pensado que pudiera haber personas tan crueles! —declaró la señora Hollister, estremecida.

—Crueles es el calificativo que merecen —concordó el señor Jeep.

Entonces el ex policía contó que, después de haber consultado con el jefe de policía, había recibido el encargo de investigar en la cabaña del pescador.

—Me había imaginado que esas gentes eran inofensivas, pero

ahora creo que sus niños han desenmascarado a verdaderos delincuentes.

—¡Canastos! —exclamó Ricky.

El señor Jeep explicó que había ido a casa de los Davis con la esperanza de poder hablar con Pete y Pam antes de que los dos hermanos salieran de pesca.



—Pero creo que tengo ya información suficiente. De modo que iré a echar un vistazo a la cabaña ahora mismo.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó Ricky, suplicante.

—¿Y yo? —se apresuró a inquirir Holly.

Sue saltó a las rodillas del señor Jeep y mirándole a la cara, preguntó:

—¿Me llevarás contigo?

Randy y Sharon se pusieron tristones, pero no dijeron ni una palabra. Su madre, que comprendió lo que estaban pensando, dijo:

—Sé que os gustaría ir también con el señor Jeep, pero los dos tenéis una hora de clase de música.

—Ya lo sé, mamá —repuso Randy, obediente.

Sharon no dijo nada; se limitó a inclinar la cabeza, comprensivamente.

El señor Jeep miró a la señora Hollister, como pidiendo consejo, y con una sonrisa, comentó:

—Me consta que estos jóvenes detectives pueden serme muy útiles, pero temo que este trabajo resulte peligroso.

—¡Tendremos mucho cuidado! —prometió Ricky—. ¿Verdad que sí, Holly?

—Está bien —accedió la madre—. Ricky y Holly pueden ir con usted, señor Jeep. Pero Sue debe quedarse en casa.

En el mismo momento a la chiquitina empezó a temblarle violentamente la barbilla. Por fin estalló en lágrimas, mientras declaraba:

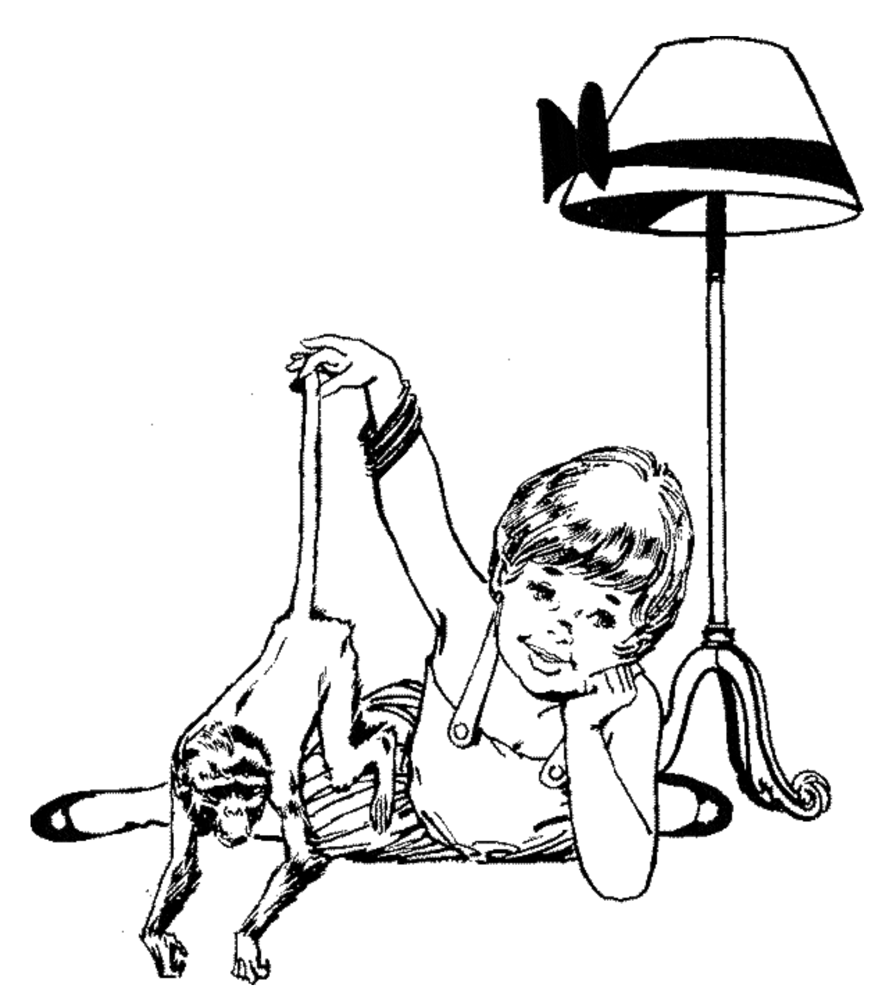
—¡Los «probecitos»… detectives… pequeños… nunca pueden divertirse! ¡Yo «tamién» quiero ir!

En aquel instante llamaron a la puerta y al poco entraba la señorita Mott, con «Lady Rhesus» sentada en su hombro.

—¡Dios mío! ¿Qué terrible cosa ha sucedido? —preguntó la artista viendo las lágrimas de Sue.

La mona saltó del hombro de su dueña y después de dar una carrerita por el suelo, saltó a los brazos de Sue. La señora Hollister explicó a qué se debía el llanto de la pequeña.

—Sue —dijo la señorita Mott, sonriendo—, estoy segura de que tú te divertirás mucho más trabajando como niñera de una mona.



La chiquitina dejó de llorar al instante y, abriendo enormemente los ojos, preguntó:

—¿Eso que dices es como ser niñera de un bebé?

—Exactamente lo mismo —repuso la señorita. Mott—. Tengo que salir unos días de la ciudad, para acudir a una exhibición de arte y he pensado que tal vez a vosotros, los pequeños, os gustase cuidar de «Lady Rhesus».

Sue bajó en seguida de las rodillas del señor Jeep. Con la mona aferrada a su hombro, la pequeña corrió a abrazar a la mujer.

—¡Seré una niñera de mona, señorita Mott! —declaró.

Tía Carol intervino, diciendo:

—Podrás ser la dueña absoluta de la mona espacial durante unas

cuantas horas.

Ahora que Sue ya quedaba satisfecha, Ricky y Holly se despidieron de su madre con un beso y salieron en compañía del señor Jeep. El vehículo del ex policía marchó hacia la playa de Cocoa, se internó en la arena y fue a detenerse muy cerca de la cabaña de Alec Ferguson.

—Ahora, niños, os quedaréis detrás de mí hasta que yo compruebe si hay algún peligro —dijo el señor Jeep, que luego echó a andar entre las dunas hacia la cabaña del pescador. Llamó sonoramente a la puerta y al momento una voz gritó:

—¡Fuera! ¡Lárguese!

El señor Jeep dijo que era un representante de la ley y añadió:

—Necesito hablar con usted.

No obtuvo respuesta.

—¿Qué va a hacer ahora, señor Jeep? —preguntó Ricky, que permanecía a un lado, asiendo de la mano a Holly.

—Sea quien sea, tengo que entrar y hablar con él —declaró el hombre con determinación.

Mientras los dos hermanos esperaban, con los ojos redondos de inquietud, el señor Jeep fue a la ventana. Pero la encontró cerrada. El hombre fue a su coche y volvió con un destornillador. No hizo más que forcejear un par de ves y la ventana quedó abierta. Pero en el mismo momento en el interior de la cabaña sonó un prolongado zumbido.

—¿Es… una alarma contra robo? —preguntó Ricky.

—Eso pienso —repuso el señor Jeep, que ya estaba saltando al interior.

—¡No hay nadie aquí! —anunció al cabo de un momento, asomando la cabeza por la ventana.

En aquel instante volvió a sonar la voz, diciendo:

—Contamos. Tiempo.

A aquellas palabras siguieron unos prolongados silbidos. El señor Jeep giró sobre sus talones, buscando muy sorprendido, la procedencia de la voz. Los niños se acercaron corriendo a la ventana y Holly, poniéndose de puntillas, miró al interior. ¡No se veía a nadie!

—¡Seré idiota! —exclamó entonces el policía—. Mirad esto.

El hombre cruzó la estancia para ir a detenerse ante una jaula que pendía de una barra de hierro y quedaba medio oculta en las sombras. En el interior de la jaula había un pájaro negro.

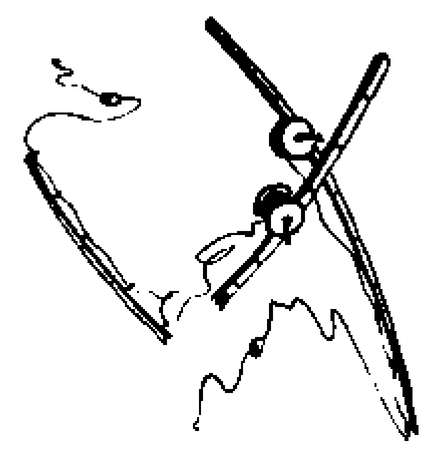
Al ver aproximarse al señor Jeep, el pájaro abrió el pico y dijo:

—¡Fuera! ¡Lárguese! ¡Contamos! ¡Acaba con ese pájaro!

Holly y Ricky quedaron con la boca abierta.

—¡Es un pájaro que habla! —exclamó Holly.

UNA EXTRAÑA CAPTURA



Atónitos, Holly y Ricky siguieron mirando por la ventana, al extraño y negro pájaro hablador.

—¿Es un cuervo? —preguntó Ricky.

—No. Es un estornino tropical —replicó el señor Jeep—. Mi abuela tenía uno. Se reconoce que es un estornino de este tipo por esa señal blanca de la cabeza.

En seguida, el hombre buscó por toda la estancia para averiguar la causa del extraño zumbido. Al fin vio un conmutador cerca de la puerta.

—Debe de ser esto —dijo—. Una alarma contra robo. ¿Por qué tendrá esto el señor Ferguson?

En cuanto el señor Jeep movió el interruptor, cesó el zumbido. El señor Jeep volvió a saltar por la ventana y se reunió con los niños, comentando con desaliento:

—No puedo arrestar a un pájaro porque no me deje entrar en su casa.

También aturdidos, Ricky y Holly murmuraron a un tiempo:

—¡Y nosotros que nos creíamos que era un hombre el que

hablaba!

Holly sacudía tan nerviosamente la cabeza que sus trencitas saltaban sin cesar a su espalda. Los niños volvieron al coche con el señor Jeep que, mientras se sentaba al volante, comentó:

—Todavía no acabo de convencerme de que estas gentes no estén complicadas en algún asunto poco honrado.

—Es verdad —asintió Holly—. Me acuerdo de la pluma negra que «Lady Rhesus» llevaba en la mano cuando la encontramos. ¡Seguro que era de este pájaro!

—¿Ves cómo la mona estuvo en la cabaña del pescador? —exclamó Ricky—. Y no fue honrado que se quedase con ella.

—Os llevaré a casa e iré a informar al jefe de policía —dijo el señor Jeep—. El próximo movimiento lo habrá de hacer la autoridad.

—Por favor, háblenos de los estorninos tropicales —pidió Holly, mientras embocaban la carretera en dirección a Cocoa.

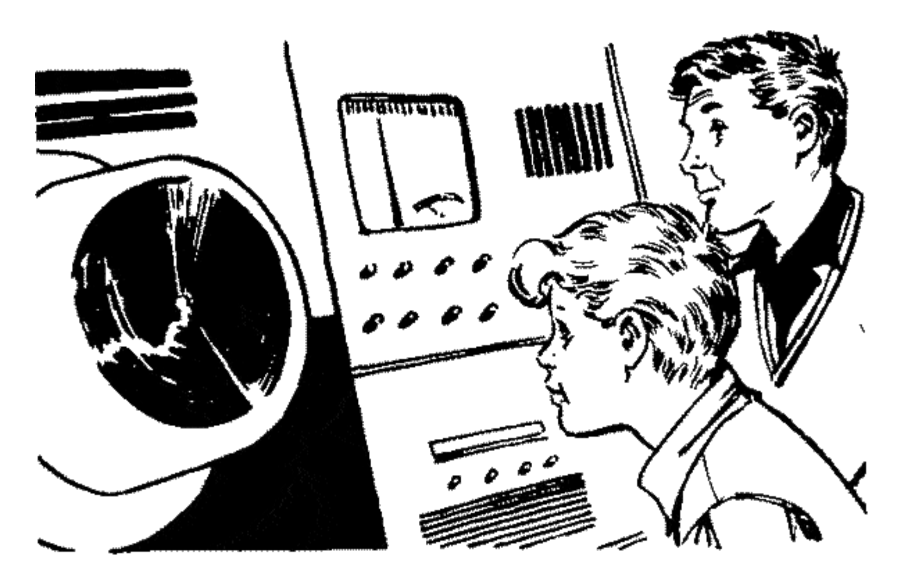
El señor Jeep explicó que aquellos pájaros se encontraban en la India y algunas regiones del Asia meridional. Los antiguos, aprovechando que aquel ave tenía la facultad de imitar la voz humana, les enseñaban a hablar y les tenían en casa como animales domésticos.

—Pero nunca había oído a uno de estos pájaros con una voz tan profunda —admitió el hombre.

Aunque el misterio de la voz extraña había quedado resuelto, todos concordaron en que la manera de actuar del pescador de langostinos era muy rara.

Cuando llegaron a casa de los Davis, el señor Jeep dejó a los dos hermanos y se dirigió a la playa de Cocoa. Ricky y Holly se turnaron, muy nerviosos, en dar explicaciones a su madre y su tía sobre el estornino exótico.

—Encuentro muy misterioso que hayan enseñado a un pájaro a hablar de proyectiles —declaró la señora Hollister.



En aquel mismo momento, Pete y Pam estaban hablando con Corto en la embarcación pesquera. Habían dejado muy lejos Puerto Cañaveral y avanzaban sobre las olas del océano, no lejos de las costas de Florida.

—¿Cómo sabe usted dónde tiene que pescar? —preguntó Pete—. ¿Puede encontrar en cualquier parte la clase de pesca que busca?

Corto explicó que la pesca moderna se efectuaba valiéndose de medios científicos.

—Venid al camarote y allí veréis el sondeador —dijo.

Pete y Pam bajaron con el hombre un corto tramo de escaleras hasta una pequeña habitación. Estaba llena de toda clase de instrumentos y cartas marinas. En un extremo había un instrumento con una superficie de cristal, de forma circular.

—Es un sondeador sónico de profundidad —informó Corto—. Gracias a esto sabemos la profundidad de las aguas sobre las que navegamos. Mirad aquí.

Un pequeño punto de luz se movía en torno a una escala graduada, que marcaba las profundidades del océano.

—Ahora estamos sobre veinte metros de profundidad —dijo Pete —. Es bastante.

Los niños recordaron que la pesca que Corto deseaba se encontraba en hoyos muy profundos.

—Cuando el sondeador de profundidades nos indique dónde hay

una depresión, allí nos detendremos a pescar.

El pescador siguió diciendo que en algunos grandes barcos de pesca había sondeadores de profundidad que mostraban, incluso, la presencia de los peces nadando abajo.

De repente el punto luminoso se desvió.

—Estamos en una hondonada —dijo Pete—. ¿Vamos a detenernos aquí?

—Sí. Lo haremos.

Corto llamó al timonel. La embarcación se detuvo y giró con lentitud, para quedar precisamente sobre la hondonada.

Las cañas colocadas en cuatro extremos tenían ya puesto el cebo conveniente y los plomos hicieron descender el anzuelo con gran rapidez. Cada uno de los pescadores sostenía la caña con la mano poco tensa. La caña de Corto sufrió una sacudida. Con toda rapidez, el patrón de la embarcación empezó a enrollar el hilo. Al mismo tiempo, otros tres hombres notaron que en sus anzuelos también habían picado.

Pronto de las cañas empezaron a caer sobre cubierta gruesos salmonetes que saltaban y se retorcían hasta que se les libraba de los anzuelos.

Pete estaba a punto de pedir que le dejasen probar suerte, cuando en el horizonte vio otra embarcación, que pronto reconoció como un barco langostinero.

—¿Tú crees que será el de Ferguson? —preguntó Pete a su hermana.

Corto, que les oyó, dijo:

—En el camarote hay unos gemelos. Id a buscarlos y podréis ver quiénes son.

Pete corrió en busca de los gemelos. Al regresar apoyó los codos sobre la borda y enfocó con los gemelos sobre la embarcación que seguía avanzado hacia ellos.

—¿Qué ves? —preguntó Pam.

—Desde luego es un barco langostinero, pero no puedo ver a los tripulantes.

—Déjame que mire yo —pidió Pam.

—Ten —repuso Pete, entregándole los gemelos.

Pam observó la embarcación que seguía aproximándose,

mientras Corto y sus hombres seguían depositando salmonetes sobre la cubierta.

—Oye, Pete —llamó Corto—, échanos una mano y ve recogiendo el pescado en este cajón, mientras nos encaminamos a otra hondonada.

Corto abrió un gran cajón rectangular, cuyo fondo estaba cubierto de hielo. Pete se puso a la tarea de ir echando los resbaladizos peces al interior.

Su hermana continuaba observando la embarcación langostinera y al cabo de un rato informó:

—¡Pete, es el «Golfo de las Tormentas»! Y ahora puedo ver a los marineros.

—¿Qué están haciendo?

—Alec Ferguson tiene unos prismáticos y mira hacia aquí.

—¡Oooh! ¿Pensará que le estamos siguiendo?

Todos los salmonetes capturados se encontraban ya en el fondo del cajón. Pete se secó las manos en una toalla colgada cerca de la escotilla y volvió a coger los gemelos.

—Ahora el que nos mira es Turk —dijo el chico.

Observó que el «Golfo de las Tormentas» había virado ligeramente, avanzando en sentido paralelo al «Zafiro». Inmediatamente fue a informar a Corto, que estaba consultando la profundidad de la próxima hondonada.

—Me gustaría saber qué hace por aquí esa gente —comentó el pescador—. Esta zona es demasiado profunda para que puedan encontrar langostinos.

Pete, que no apartaba los ojos del sondeador de profundidades, anunció de pronto:

—Corto, estamos sobre un promontorio del fondo.

—Qué raro…

Inmediatamente llamó Corto al timonel y le ordenó que diera la vuelta. Las olas se estrellaron contra la proa, mientras el «Zafiro» cambiaba de rumbo. Corto continuó observando el instrumento. Y de nuevo el punto luminoso ascendió.

—¿Por qué ocurrirá esto? —preguntó Pete.

—Puede que debajo de nosotros se encuentre el casco de algún viejo barco naufragado.

—¿Podría ser una parte del proyectil que se destruyó? —inquirió Pam.

Corto dijo que no lo creía probable. Las embarcaciones del gobierno habían sondeado todos aquellos alrededores, después de ocurrir el incidente.

—Han dragado el fondo y han hecho descender a varios buzos para que buscasen entre las arenas.

—Pero pudieron pasar de largo, sin verlo.

—Otra hondonada —dijo Corto—. Me alegro de que tu observación nos haya hecho virar, Pete.

De nuevo se echaron al fondo las redes. Y una vez más los peces picaron repetidamente.

—¿No podríamos pescar también Pam y yo? —preguntó Pete.

—Claro que sí —contestó Corto—. En el camarote encontraréis un par de cañas.

Los dos hermanos se apresuraron a buscar las deseadas cañas y a colocar el cebo en los anzuelos. Luego, de pie junto a la borda, echaron los anzuelos al agua.

Pete fue quien primero consiguió un pez, que luchó furiosamente por libertarse. Pam acudió en ayuda de su hermano y le ayudó a capturar el pez.

—¡Es una buena pieza! —declaró el chico, acudiendo a enseñársela a Corto.

Entre tanto, Pam volvió a coger su caña, que había soltado para ayudar a Pete. De repente el hilo se puso tenso y la caña empezó a combarse con el peso de la pieza capturada.

—¡Pete, he atrapado un pez muy gordo!

Pam intentó enrollar el hilo, pero el peso que se había cogido al anzuelo era excesivo para sus delicadas muñecas.

—Voy a ayudarte —se ofreció Pete.

Pero ni entre los dos consiguieron nada; por el contrario, el hilo estaba cada vez más tenso.

—¡Zambomba! —exclamó el chico—. ¡Has debido de pescar un monstruo!

—¡Puede que sea otra tortuga como la que alcanzó Ricky cuando ibais en la barca!

—¡Pues ésta no se escapará! —pronosticó Pete, y redobló sus

fuerzas, para sacar la presa de Pam.

¡Crass! La caña se rompió por la mitad.

Antes de que Pete se hubiera repuesto de su sorpresa, Corto saltó a su lado y logró coger el trozo de caña unido al hilo; éste había quedado flojo y Corto pudo tirar de ello sin dificultad, para entregársela a Pete.

—¡Oh! —murmuró Pam, con desencanto—. El monstruo se ha escapado.

—¿Qué cree que podía ser, Corto?

—Probablemente un tiburón o un salmón gigante.

—Siento mucho que se haya roto la caña —dijo Pete.

Y Pam añadió:



—Pero le pagaremos lo que cueste otra.

—No os preocupéis por eso —les dijo Corto amablemente—. La caña era vieja y probablemente estaba reseca. No se ha perdido gran cosa.

Corto volvió a tomar su caña y Pete empezó a recoger el hilo de la caña rota. Estaba muy enredado, y enganchado en el anzuelo encontró un muelle de alambre. Una expresión de perplejidad se dibujó en la cara de los dos hermanos.

—Resulta que no era un pez lo que había picado —dijo Pam que

preguntó, muy excitada—: ¡Pete! ¿Crees que sería el cono del proyectil?

—¡Chist! No grites tanto. No debemos permitir que nadie más que los hombres de la base se enteren de esto.

Pete sacó su pañuelo para envolver con ello el muelle y guardarlo en su bolsillo. A los dos hermanos les latía apresuradamente el corazón. ¡Cuánto deseaban correr junto a tío Walt para darle aquella pista!

Pam se inclinó para decir a su hermano, al oído:

—Tendríamos que volver. Si de verdad fuese él cono del proyectil… Estoy nerviosa, Pete.

Los dos habían estado tan ocupados hasta aquel instante que se habían olvidado de la otra embarcación. Pam aspiró profundamente el aire marino, mientras contemplaba el agua. Lo que vio le hizo ahogar un grito.

—¡Pete, la embarcación de Ferguson viene hacia aquí!

—Debe de estar describiendo círculos alrededor de nosotros.

Haciéndose sombra con las manos a los ojos, Pete contempló el «Golfo de las Tormentas» que avanzaba sobre las olas de un azul verdoso. Ahora, los hombres de cubierta resultaban perfectamente visibles. Uno de ellos tenía un catalejo ante los ojos.

Al ver aquello, Pam sintió miedo. ¿Habrían visto los hombres del barco langostinero el muelle que Pete había envuelto y guardado en su bolsillo?

De ser así, ¿pensarían también en el cono del proyectil y lo encontrarían?…

Mientras los Hollister observaban, el «Golfo de las Tormentas» seguía avanzando hacia el «Zafiro». Pam empezó a sentirse aterrada.

—¡Pete, van a embestir esta embarcación!

UN ESPÍA



De repente el barco langostinero varió de rumbo y giró en torno al «Zafiro». Corto se sintió preocupado.

—¡Apártense de aquí! —gritó, moviendo repetidamente los brazos—. Necesitamos pescar.

Pero el «Golfo de las Tormentas» siguió dando vueltas y más vueltas en torno a la embarcación más pequeña.

—Intenta obligarnos a marchar —dijo Pete, hablando con Pam.

—Puede que sea lo mejor —repuso la niña—. Cuanto antes demos el muelle a tío Walt, mejor.

Los Hollister dijeron a Corto que les convendría regresar pronto a Puerto Cañaveral y el hombre accedió de buena gana, diciendo que, después de todo, la actitud del «Golfo de las Tormentas» no les permitiría seguir pescando.

—Además, ya llevamos una buena pesca.

Poco después el «Zafiro» regresaba al muelle, dejando en la lejanía al «Golfo de las Tormentas». En cuanto llegaron al puerto, Pete y Pam dieron las gracias al pescador y corrieron a una cabina telefónica, situada en un extremo del muelle. Pete marcó el número

de casa de los Davis, donde la señora Hollister se mostró muy sorprendida de que los niños regresaran tan pronto, y les contó todo lo relativo al estornino exótico.



—¡Zambomba! ¡Pues escucha esto!

Pete relató cuánto había ocurrido durante su excursión por el

mar y pidió el número telefónico de tío Walt en Cabo Cañaveral.

Cuando su madre se lo hubo dado, el chico colgó y llamó a la oficina de su tío, en la base de lanzamientos.

—El señor Davis está muy ocupado —contestó un secretario—. No se puede hablar con él, al menos en una hora.

Cuando Pete habló con Pam de esto y del incidente del estornino exótico, la niña se puso nerviosa. No había tiempo que perder. Pero, sin tío Walt, no podían entrar en el laboratorio de la Fuerza Aérea Patrick para entregar el muelle.

—Tendremos que esperar —dijo Pete, empezando a pasear inquieto.

—Pero ¿y si el barco de Alec Ferguson llega y nos detienen? —dijo Pam.

Sin embargo, el barco langostinero no era más que un punto en el horizonte.

Transcurrieron diez minutos. Los niños oyeron un fuerte ruido y un fogonazo iluminó el cielo.

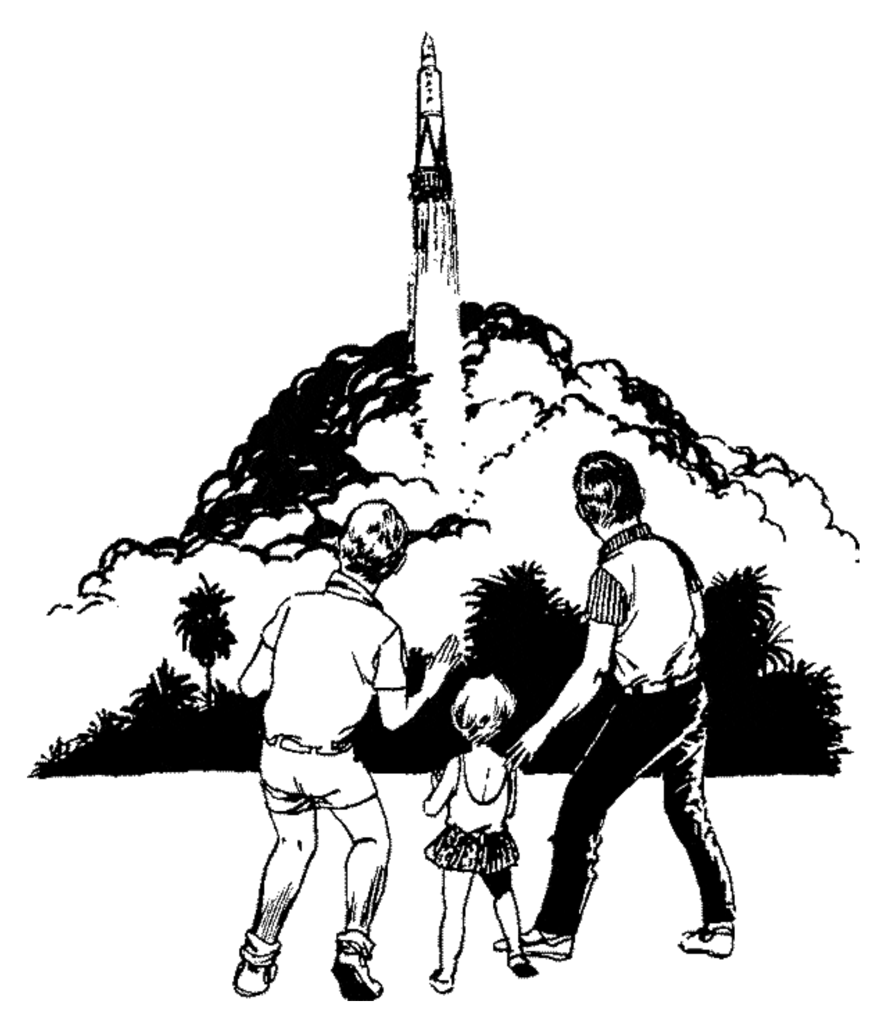
—¡Proyectil! ¡Proyectil! —gritó Pam.

Un largo cohete se elevó por el espacio, con una llamarada color naranja, a modo de cola, con la que parecía estar diciendo adiós a la tierra por última vez.

Tanto Pete como Pam tuvieron el cuello levantado al máximo, hasta que el proyectil desapareció de la vista. Entonces Pete, sonriendo, comentó:

—«Thuzzy» vuelve a navegar por el espacio. No me extraña que no pudiéramos comunicar con tío Walt. Debía de estar ocupado en su «pájaro».

Pam volvió a entrar en la cabina telefónica, y esta vez pudo comunicar con su tío.



—Hola, Pam —saludó el señor Davis alegremente—. ¿Habéis visto el proyectil?

—Sí. Pete y yo estábamos en Puerto Cañaveral.

—Entonces, desde allí habréis tenido un buen espectáculo. «Thuzzenelda» puede que no regrese a la tierra en un millón de años, si regresa. —Tras una breve pausa tío Walt preguntó—: ¿Qué querías, hijita?

Pam cuchicheó por el teléfono:

—Creo que hemos encontrado otra pista.

—¿Dónde?

—En el océano.

A continuación, Pam le explicó brevemente cómo habían obtenido el muelle de alambre y tío Walt dijo:

—Esperadme en donde estáis. Voy a ir a buscaros.

Quince minutos más tarde, el empleado de la base llegaba en su «Insecto», cubierto todavía con el duro casquete usado por las personas que trabajan en los puentes de control de lanzamiento.

—Déjame ver ese muelle, Pete —pidió el tío, abriéndole la puerta para que el chico pudiese acercarse.

Pete le entregó el pañuelo, que el tío Walt abrió con precaución. Después de observar unos momentos el muelle, el señor Davis declaró:

—Pam, has conseguido un pez de tres millones de dólares. Voy a llevar esto inmediatamente al laboratorio. Subid al coche.

Mientras avanzaban en dirección sur, por la carretera principal, tío Walt iba adelantando a cuantos coches podía, con objeto de ganar tiempo. Cuando llegaban a la playa de Cocoa, Pete miró por la ventanilla. Un coche blanco y rojo iba tras ellos, manteniéndose continuamente a poca distancia del «Insecto», que seguía abriéndose paso velozmente entre el tráfico.

—Tío Walt, ¿ese coche nos sigue adrede? —preguntó Pete.

—No lo creo —respondió su tío, después de observarlo durante unos segundos.

—¿Es de la policía?

—No. Parece un reportero. Probablemente se dirige a toda prisa a Patrick, para obtener las últimas informaciones sobre el «pájaro» que acabamos de lanzar.

Mientras Pete y Pam miraban atrás, el conductor de aquel coche sonreía, y una vez incluso saludó alegremente a Pam que, muy aturdida y sonrojada, miró nuevamente hacia delante.

A una milla al norte de la entrada a la Base Patrick de las Fuerzas Aéreas, los coches fueron deteniéndose hasta quedar todos inmóviles. Tío Walt asomó la cabeza por la ventanilla para ver qué sucedía.

—Una reparación en la carretera. ¡Mira que ocurrir esto cuando tenemos tantísima prisa!…

Mientras la hilera de coches iba prolongándose, Pete vio una apisonadora que iba alisando una masa oscura recién extendida

sobre una amplia extensión de la carretera. Tanto el tráfico que llegaba del norte como el del sur era regulado por un policía, situado en un trecho arenoso, inmediato a la carretera central, quien obligaba a los vehículos a avanzar de uno en uno. Viendo a su tío asir nervioso el volante, Pete se ofreció a adelantarse a pie, para decir al oficial la mucha prisa que tenían.

—De acuerdo, Pete. Inténtalo.

El muchacho salió del coche y corrió a lo largo de la hilera de coches, hasta que llegó al oficial que llevaba el uniforme de policía militar. Pete le dijo que su tío se dirigía a la base para solucionar un asunto urgente.

—Está bien, hijo. Me encargaré de que tu tío llegue inmediatamente.

El oficial hizo sonar un silbato y detuvo las dos hileras de tráfico. Luego hizo señas a tío Walt para que avanzase entre las dos filas de vehículos. El coche que iba detrás se apresuró a seguir al señor Davis.

—Gracias —dijo tío Walt, saludando al oficial mientras se detenía a recoger a Pete.

Imaginando que los dos coches iban juntos, el policía hizo un saludo y los dejó pasar.

—Ese hombre tiene la frescura de seguirnos —dijo Pam, molesta.

—Los reporteros suelen hacerlo —repuso tío Walt, riendo y sin dar importancia al hecho.

Poco después el «Insecto» cruzaba la puerta principal y el coche que le seguía desapareció en una calle lateral de la Base. El señor Davis encontró un trecho donde aparcar detrás del edificio del laboratorio y salió del coche.

—Esperadme aquí —dijo a los dos hermanos y con un guiño, añadió—: y no juguéis con el claxon.

—No lo haremos —prometió Pete y siguió con la vista a su tío que, un momento después, desapareció en el interior de los laboratorios.

Mientras esperaban, Pete y Pam hablaron de la sorpresa que habían tenido cuando fueron con el señor Jeep a investigar en la cabaña de Ferguson. ¿Dónde habría aprendido el estornino exótico

aquel lenguaje sobre proyectiles?

—A lo mejor el pájaro pertenece a un empleado de la base y Ferguson lo usa para asustar a los niños y evitar que se acerquen a su casa —sugirió Pam.

—Pero ¿y lo de «Lady Rhesus»? —reflexionó Pete—. Alec Ferguson debió de quedarse con la mona por alguna razón.

La nota con escritura invisible era lo más extraño de todo, dijeron los dos hermanos. Si iba a suceder algo aquel mismo día, ¿qué cosa podía ser? Pete comentó si la extraña actitud del «Golfo de las Tormentas» no tendría algo que ver con la misteriosa nota.

—Puede que nunca lleguemos a enterarnos de la verdad —suspiró Pam—. Pero deseo que, al menos tío Walt, tenga suerte con lo que averigüe en el laboratorio.

Pam miró entonces por la ventanilla al coche que estaba a su lado y ahogó una exclamación.

—¡Pete, mira!

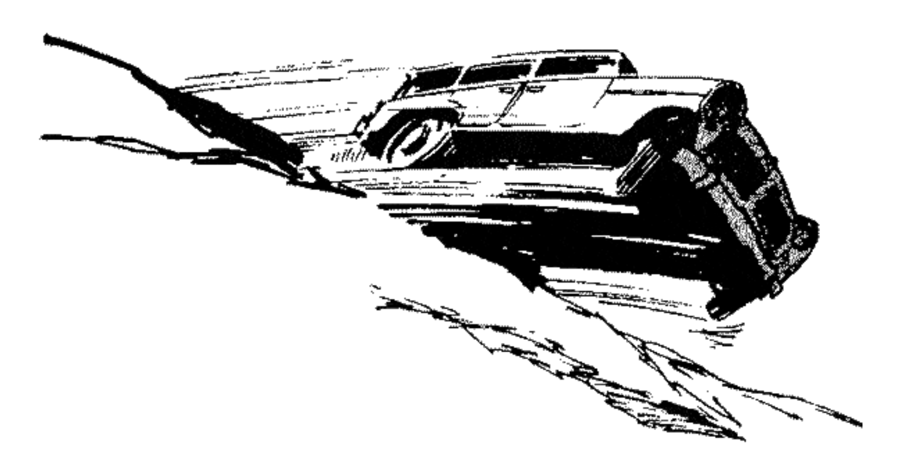
—¿Qué pasa?

—Ése es el hombre que nos siguió.

Al oír a la niña, el desconocido, que había estado medio agazapado junto a la rueda posterior derecha del «Insecto», se levantó de un salto y mientras acariciaba la insignia de su solapa, se aproximó, sonriente:

—Hola. Lamento haberos asustado. —Metió la cabeza por la ventanilla para explicar—: Me pareció que teníais el neumático flojo y me he agachado a comprobarlo.

—¿Se está deshinchando? —preguntó Pete.



—No. No. Está bien. —El hombre carraspeó, antes de añadir—: Me llamo Bittley. Soy del «Record», de San Luis. Periodista, ya sabéis…

—Lo hemos visto por su insignia. ¿Nos ha seguido usted desde el Puerto Cañaveral? —preguntó Pete.

—Pues, sí. Os he seguido —repuso sin rodeos el hombre.

Pete empezó a sentirse incómodo bajo la mirada del desconocido. Los ojos entornados del hombre iban de Pete a Pam y de Pam a Pete, repetidamente.

—¿Está usted buscando al señor Davis? —preguntó Pam al hombre, que no parecía deseoso de marcharse.

—Estaba buscándoos a vosotros —repuso el señor Bittley con una nerviosa carcajada—. Habladme del pez que habéis estado a punto de capturar. Será un buen artículo para mi periódico.

Algo en la actitud del hombre hacía que Pete sintiera sospechas. Intentó cambiar de tema.

—¿Por qué no informa usted sobre el lanzamiento del proyectil, señor Bittley? —preguntó.

—Eso es ya una rutina. No tiene gran importancia. Habladme de ese pez. ¿Estaba muy cerca de la superficie cuando se os escapó?

El hombre dirigía la pregunta a Pam, mirándola fijamente.

—¿Cómo se ha enterado usted? —se extrañó la niña.

—Corto me lo han contado, al poco de separarse de vosotros. ¿Qué era lo que os quedó enganchado en el anzuelo?

—Se lo he dado a tío Walt… —murmuró Pam que al momento

se mordía los labios, temiendo haber dicho demasiado.

—¿Y él lo ha llevado al laboratorio?

—No le diremos nada más —dijo Pete, indignado.

Sabía que Corto no podía haber dicho nada sobre el muelle porque no lo había visto. No cabía duda de que el hombre estaba mintiendo y podía ocurrir que estuviera relacionado con Ferguson, Turk y los demás hombres de la barca pesquera. ¿Qué convendría más, despedir de una vez al señor Bittley o entretenerle, hablando, hasta que llegase tío Walt?

Antes de que Pete tomase una decisión, tío Walt salió a toda prisa de los laboratorios. Al verle, el señor Bittley echó a correr y desapareció entre los coches de un aparcamiento situado al otro lado de la calle.

Con una amplia sonrisa, el señor Davis entró en el coche, acomodándose tras el volante.

—¡Niños, lo habéis descubierto! —exclamó.

—¿El cono del proyectil? —preguntó Pete, casi a gritos.

—Sí. Las Fuerzas Aéreas inician la búsqueda inmediatamente y nosotros vamos a ayudar.

Pete y Pam quedaron tan emocionados que apenas podían hablar. Pero, mientras el «Insecto» se ponía en marcha, Pete habló a su tío del curioso señor Bittley.

—¡También él sabe que se trata del cono del proyectil! ¿Qué haremos?

El señor Davis repuso que había tiempo para buscar a Bittley que sin duda era un impostor, y no un periodista.

—Pero estoy seguro de que la policía le detendrá más tarde —dijo—. Tenemos que ir a toda prisa a Puerto Cañaveral.

Tío Walt condujo hacia la salida principal. Los tres pasajeros oyeron un fuerte estallido.

El «Insecto» patinó sobre la superficie arenosa y se volcó sobre un lateral.

JÓVENES HÉROES



En el interior del vehículo quedaron Pete y Pam convertidos en un revoltijo de piernas y brazos.

—¡Pete, tío Walt! ¿Estáis bien? —preguntó Pam, mientras luchaba por levantarse.

El señor Davis, con una pequeña brecha en la frente, abrió la puerta al tiempo que respondía:

—Estoy bien. ¿Y vosotros?

—Sólo un poco enredados —repuso Pete—. Seguro que el culpable de esto ha sido el señor Bittley.

Tío Walt no tardó en salir y ayudó a sus sobrinos a que le imitaran. Por entonces varios vehículos, incluido un coche de la policía militar, se habían detenido a prestar ayuda.

Un sargento llegó con un botiquín de urgencia para curar y vendar en un momento a tío Walt.

—Ha sido todo muy rápido —comentó el sargento—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Sabotaje. Miren la rueda derecha posterior —dijo Pete.

Entre el policía, tío Walt y varios de los hombres que se habían detenido a mirar, levantaron al «Insecto» sobre las cuatro ruedas. El oficial se inclinó a examinar la rueda.

—Tienes razón. Hay una profunda brecha. Eso ha causado un reventón al virar hacia la carretera.

Pam habló con el oficial sobre el señor Bittley.

—Estoy segura de que ha hecho esto para que no llegásemos a Puerto Cañaveral.

Tío Walt se llevó al policía aparte y le puso al corriente de la situación.

—Entonces, no hay tiempo para cambiar el neumático —concordó el oficial—. Vengan conmigo.

Tío Walt, Pete y Pam subieron al coche de la policía militar. Haciendo sonar la sirena, para despejar el camino, el vehículo oficial corrió en dirección norte, a través de la playa de Cocoa.

Durante el trayecto, el sargento dio por radio la descripción del señor Bittley, para que tanto la policía local como la militar buscase al hombre.

Cuando el oficial frenó en Puerto Cañaveral, en el muelle reinaba una actividad enorme. Dos lanchones avanzaban por el mar abierto y un gran helicóptero planeaba a poca distancia del agua, mientras un grupo de oficiales uniformados estaban junto al «Zafiro», hablando con Corto.

Un hombre alto, de anchos hombros, con los galones de capitán, se separó del grupo para acudir al encuentro del señor Davis y los Hollister.



—El grupo Operación Rescate está ya bajo el agua, señor Davis —dijo—. He enviado dos lanchones al lugar en que estos niños encontraron el muelle.

El hombre tendió entonces la mano a Pam y a Pete, diciendo:

—Soy el capitán Nolan. Os felicito por vuestro gran hallazgo, hijos.

Después de estrechar la mano al elegante capitán, los dos niños le informaron de sus sospechas sobre el barco langostinero y su tripulación.

—Las sospechas eran bien fundadas —declaró el capitán—. Y vuestras investigaciones detectivescas, excelentes. Ya hemos detenido a Bittley.

—¡Estupendo! —exclamó Pete—. ¿Dónde le encontraron?

—Nuestros hombres le encontraron cuando acababa de entrar en la cabaña de Ferguson. Vuestro amigo el señor Jeep nos dio las necesarias orientaciones para buscarle. Pero esto no es todo.

El capitán explicó que Bittley había sido descubierto en una estancia secreta, situada bajo la cabaña, enviando, con un potente aparato, un mensaje por radio al «Golfo de las Tormentas».

—Como imaginasteis, Bittley era un impostor. Admite que él hizo el corte en el neumático, pero todavía no lo ha declarado todo.

Mientras el capitán hablaba, el helicóptero aterrizó en el muelle, no lejos del grupo. Cuando los dos motores quedaron parados, del aparato descendió un simpático teniente.

—Estamos preparados, capitán —anunció, con un saludo—. Hay espacio para todos, incluyendo al señor Davis y los Hollister.

—Gracias, teniente —dijo el capitán, que en seguida llamó a Corto—. Venga usted también. Necesitamos toda la ayuda posible.

Entusiasmados, los dos hermanos Hollister se sonrieron tímidamente y subieron al helicóptero, después de tío Walt y de Corto.

—¡Zambomba, Pam! ¿Verdad que es estupendo?

—Dios quiera que encontremos ese cono, antes de que lo hagan Ferguson y Turk —respondió la niña.

El helicóptero se elevó del suelo, como un gigantesco proyectil avanzando hacia los cielos, y un momento después se movía horizontalmente por encima de las aguas. Muy pronto, puerto Cañaveral no pareció otra cosa que el diminuto dibujo de una tarjeta postal.

—Estaremos sobre el lugar dentro de pocos minutos —dijo el capitán Nolan que iba sentado en el asiento inmediato a los de Pete y Pam, aunque al otro lado del pasillo—. Nuestros lanchones están allí ahora y esperamos informes de un momento a otro.

El capitán se levantó entonces y abrió la puerta de la cabina para hablar con el piloto. Entre tanto, Pam miraba por la ventanilla.

—¡Mira, Pete! —gritó, haciéndose oír por encima del fragor de los motores—. Ya veo los lanchones.

Las dos embarcaciones se movían en círculo en medio del oleaje del lugar en que Pam había capturado el muelle.

El capitán Nolan volvió a su asiento con el ceño fruncido.

—Corto, ¿está usted seguro de que éste es el lugar?

El pescador repuso que según él podía recordar, aquélla era la zona en que el sondeador de profundidades había señalado la existencia de una hondonada.

—Mis hombres no pueden localizar nada. Les he dicho que se muevan en círculos más amplios.

El oficial volvió junto al piloto, para regresar al poco, muy preocupado.

—Algo va mal. Nuestros buceadores no pueden ver otra cosa más que peces.

—Puede que el barco pesquero lo haya encontrado —sugirió Pete.

El capitán se frotó, pensativo, la barbilla.

—¿Habéis visto si llevaban equipos submarinos en el «Golfo de las Tormentas»? —preguntó a los niños.

Ninguno de los dos lo había visto; Pam dijo:

—¿No puede ser que hayan capturado el cono del proyectil con sus redes?

—¡Ésa podría ser la respuesta! —exclamó el capitán—. Hay que encontrar a ese «Golfo de las Tormentas».

El capitán volvió a la cabina para hablar por radio, dando órdenes a sus embarcaciones de que buscasen en dirección norte, mientras el helicóptero volaba hacia el sur. Todos escudriñaban desde el aparato las aguas azulosas. Muy pronto se vio una embarcación langostinera. ¡Pero no era el «Golfo de las Tormentas»!

—A lo mejor ha marchado a alguna parte del sur de Puerto Cañaveral —dijo Pete.

Considerando que existía una probabilidad de que así fuese, el capitán Nolan ordenó al piloto que volase sobre la línea costera.

Muchas bahías y caletas aparecieron a la vista. Bajo el ruido del helicóptero, la gente que iba en barcas de vela u otras embarcaciones miraba hacia arriba con asombro.

Por fin el piloto hizo señas al capitán, indicando algo que se hallaba en frente. En una caleta medio oculta por abundantes palmeras se veía surgir el mástil de una embarcación langostinera. Cuando el helicóptero se aproximó, Pete y Pam pudieron ver a los cuatro hombres situados en cubierta.

—¡Uno es Ferguson, y otro es Turk! —anunció Pete.

—Es cierto —concordó Corto—. Se dirigen a aquel pequeño puerto.

Maniobrando con cuidado por encima de las copas de los árboles, el piloto llevó a tierra el aparato en el momento en que el «Golfo de las Tormentas» acababa de detenerse y Ferguson saltaba a tierra.

El capitán Nolan bajó del helicóptero, seguido de todos los demás.

—¡Alto! —ordenó—. Quedan detenidos. ¡Todos ustedes!

—¿Por qué? —preguntó Ferguson, furioso—. ¿Sólo porque a estos Hollister no les somos simpáticos?

—¿Dónde está el cono del proyectil? —preguntó severamente el oficial.

—Nosotros no lo tenemos —contestó Turk—. Busque en la embarcación, si quiere. Podemos probar que estos entrometidos están equivocados con respecto a nosotros.

Mientras el piloto vigilaba a la tripulación del barco, el capitán Nolan, tío Walt, Pete, Pam y Corto entraron a registrar el «Golfo de las Tormentas», En el camarote encontraron un potente emisor-transmisor de radio y un sondeador de profundidades más moderno de los que Corto había visto nunca en las embarcaciones langostineras.

Una gran cantidad de langostinos había sido recogida en la cámara provista de hielo, pero no había la menor huella del cono del proyectil.

—Miremos bajo las redes —propuso el capitán.

Corto removió la gran pila de redes, pero nada encontró.

—¿Qué les decía yo? —gritó Ferguson, triunfal.

—¡Un momento! —pidió Pete—. ¿Qué es eso?

El muchachito señalaba un delgado y fuerte cable atado en un lateral de la embarcación y que desaparecía en el agua, por el lado opuesto de la borda.

Ante el descubrimiento de Pete, los cuatro pescadores palidecieron. Turk se dispuso a echar a correr, pero el piloto le agarró por el cuello.

—¿Qué ocultan ustedes bajo la embarcación? —preguntó.

Los cuatro hombres se miraron unos a otros, pero no pronunciaron ni una palabra.

—Yo bajaré a mirar, señor —se ofreció Pete, apresurándose a quitarse la ropa, hasta quedar en bañador.

Se zambulló en el agua y nadó veloz tajo el «Golfo de las Tormentas». Un momento después asomaba la cabeza para anunciar:

—¡Aquí está! ¡Es el cono del proyectil!

—Buen trabajo, Pete —aplaudió el capitán Nolan que se volvió a los cuatro pescadores para decir—: Ahora ya pueden hablar, porque su caso es desesperado.

Tío Walt estrechó la mano de Pete y palmeó la espalda de Pam.

—Nunca volveréis a conseguir mejor pesca que ésta —dijo—. ¿Verdad, Corto?

Sonriendo y casi saltando de alegría, el pescador repuso:

—Ni en mil años podrán hacer una cosa así.

Mientras el capitán Nolan vigilaba a los cuatro detenidos, el piloto fue a pedir ayuda por radio y pronto llegaron los dos lanchones. Una vez esposados, los cuatro marineros fueron llevados al helicóptero, en tanto que la tripulación de los lanchones quedaba guardando la preciada carga que se encontraba bajo el «Golfo de las Tormentas».

—Esperaremos a los peritos de Cabo Cañaveral para que se lleven el cono —dijo tío Walt, antes de ir a dar instrucciones por radio.

Durante el regreso al puerto, el capitán Nolan interrogó a Ferguson, Turk y sus hombres. Ninguno de los jefes quiso hablar, pero los otros dos hombres, que se llamaban Cooper y Alec dieron una enorme cantidad de información que iba a proporcionar a todos una sentencia máxima.

De este modo se puso en claro que Ferguson y Turk no eran, en realidad, pescadores langostineros, sino dos taimados aventureros que habían alquilado el «Golfo de las Tormentas» contratando a los otros dos hombres sólo con la idea de buscar restos de proyectiles.

—Dale Ferguson nos convenció de que nunca nos descubrirían —se lamentó Cooper.



—¿Quién es Dale? —preguntó Pete.

—El que se hace llamar Bittley. Es hermano de Alec.

Cooper y Alec dijeron también que el cono del proyectil iba a ser vendido al mejor postor en un país extranjero.

—Turk creía que la participación de cada uno iba a merecer una fortuna como pago.

—Gracias a la familia Hollister sus planes no han salido bien —dijo tío Walt.

Cooper añadió, de mala gana, que el estornino exótico y el mono que Turk había encontrado no habían servido más que para traerles desgracia.

—¿De quién aprendió el pájaro a hablar de proyectiles? —quiso saber Pete.

—De Ferguson y Turk —repuso Allen, señalando a los jefes—. Ellos saben mucho de proyectiles; estuvieron un tiempo trabajando en las zonas de lanzamiento de la costa occidental.

—Pero ¿por qué se apoderaron de la mona? —preguntó Pam.

—¡Ja, ja, ja! Aquello fue una gran broma que gastaron esos «grandes jefes» —dijo Cooper, señalando a Ferguson—. Quería ofrecer la mona a los laboratorios de Patrick para introducirse de ese modo en la base y obtener información sobre el cono perdido. Dale se introdujo allí como periodista y pudo hacer un esquema de

los edificios.

—Ése fue el esquema que se le cayó a Turk de la cartera —recordó Pete.

—Cuando vosotros empezasteis a sospechar, Ferguson, aquella noche, soltó la mona en la playa —concluyó Cooper.



De regreso a Cabo Cañaveral, los detenidos fueron llevados a la cárcel. Pete, Pam y su tío regresaron a casa.

—¡Hurra por los héroes! —gritó tía Carol al verles entrar.

Pete estaba sonrojado, oyendo a Ricky, Randy, Holly, Sharon y Sue hacer preguntas sobre lo ocurrido.

—No somos ningunos héroes —dijo, modestamente—. Todo lo que hemos hecho ha sido ayudar a resolver el misterio.

—Es cierto —concordó la señora Hollister—. Marsh Holt, e incluso «Lady Rhesus», os han ayudado.

Sue corrió a su habitación para volver con la monita sentada en su hombro. «Lady» llevaba un traje de hombre espacial.

—Mami se lo ha hecho —informó la niña, con los ojitos chispeantes.

En aquel momento sonó el teléfono. Tío Walt fue a responder y al momento dijo:

—Es para ti, Pete.

El chico tomó el auricular.

—Diga… Hola, Marsh… ¿Cómo? ¿Cuándo te has enterado? Está bien. Adiós. Adiós.

Pete se acercó al aparato de televisión y lo encendió. Acababa de dar principio un noticiario y el locutor, que parecía estar mirando directamente a los niños, decía:

—Los hermanos Hollister y los hermanos Davis, con ayuda de su amigo Marshall Holt, han resuelto el misterio de la ciudad de los proyectiles.

—¡Huuuy! —gritó Holly, estremecida.

—Chist —ordenó Pam, tirando de una trencita a su hermana.

El locutor prosiguió:

—Como recompensa a su gran labor detectivesca, mañana, un grupo de las Fuerzas Aéreas acompañará a los niños a hacer una especial visita a Cabo Cañaveral.

—¡Canastos!

—¡Zambomba!

—También el Presidente de los Estados Unidos hará una visita a la base mañana y estrechará personalmente la mano a cada uno de los niños.

Al instante, la Sala de los Davis quedó invadida por gritos de alegría y emoción. Cuando todos se hubieron tranquilizado un poco, Sue pidió:

—¿«Queréis» escucharme a mí ahora?

La pequeña tenía en el hombro a «Lady Rhesus» y en el regazo a «Proye».

—Te escuchamos —dijo Pete, sonriendo cariñosamente a su hermanita.

Sacudiendo repetidamente la cabeza, Sue les recordó:

—Ya os había «decido» yo que veríamos al Presidente.

Notas

[1] Actualmente Cabo Kennedy. < <